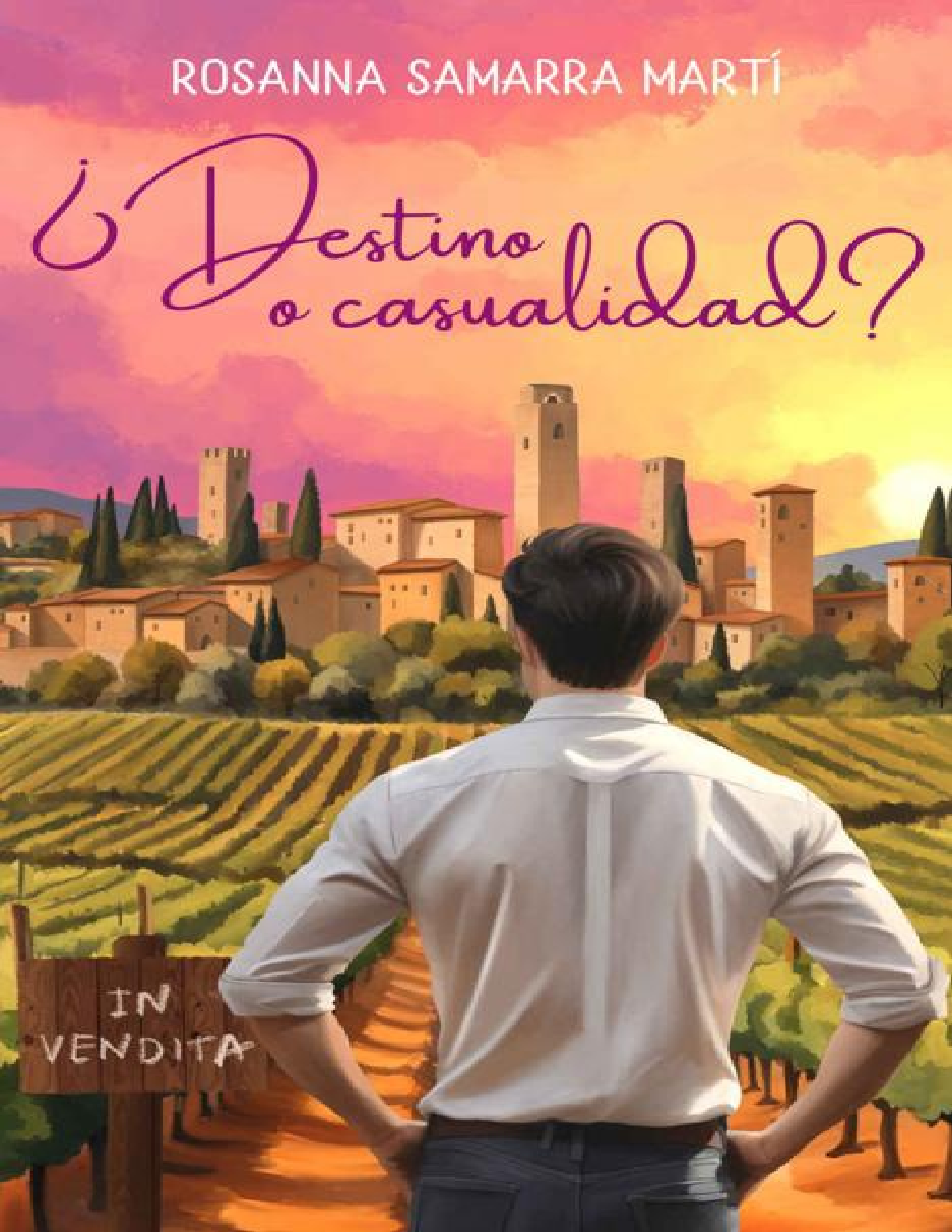
ROSANNA SAMARRA MARTÍ

# ¿Destino o casualidad?



ROSANNA SAMARRA MARTÍ

# ¿Destino o casualidad?



© Rosanna Samarra Martí, 2024

Corrección: Paola C. Álvarez
Ilustración de cubierta, diseño y maquetación :
Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para ti,*
*que tal vez no crees en las casualidades*
*ni en el destino.*

*Quizás esta historia no cambie lo que piensas,*

*pero espero que te invite a reflexionar*
*sobre las sorpresas que pueden aparecer en el camino*
*cuando menos las esperamos.*

Siempre creí que el destino no era más que una excusa, una manera de justificar lo que no entendemos. Pero todo cambió cuando llegué aquí, a este rincón de la Toscana, un lugar que nunca pensé llamar hogar. El letrero de «In vendita» frente a ese viñedo captó mi atención de una manera tan abrumadora que me lancé a comprarlo sin pensarlo dos veces. Fue una decisión directa, impulsiva, pero jamás me sentí tan seguro de hacer una cosa así. Lo hice… y desde ese momento, cada día me llevó hacia algo, o quizás, hacia alguien.

Lo que parecía una simple coincidencia, pronto lo sentí como una trampa del universo. A veces me pregunto: ¿qué es lo que realmente mueve los hilos de nuestras vidas? ¿Es el destino? ¿Es la casualidad? Quizás, al final, no sea más que una combinación de ambas y la verdadera pregunta no sea cuál es más poderosa, sino qué hacemos con lo que se nos presenta.

Esta es mi historia, la de alguien que se dejó arrastrar por emociones nuevas y desconocidas. Secretos, confesiones…, todo me tambaleó, pero me llevó a un lugar del que ya no quiero escapar.

Óliver

Mi hermana siempre ha sido más fuerte de lo que cualquiera podía imaginar. Yo lo sabía, incluso antes de que ella misma lo descubriera. Pero hay momentos en los que la vida nos enfrenta a pruebas tan brutales que nos obliga a encontrar nuevos caminos o, en su defecto, a quedarnos estancados en el mismo lugar. Eso es exactamente lo que le ocurrió a Siena. Sin embargo, el destino le tenía reservado algo aún mejor.

Colgar el letrero de venta del viñedo fue una de las mejores decisiones, lo que hizo que, por una casualidad del destino, nuestras vidas se entrelazaran de una manera que nunca esperábamos. No fue fácil. Fue como un torbellino que arrasó nuestra finca, que se llevó consigo secretos, amores y decisiones difíciles. Aunque no encaja en una definición, mis sentimientos fueron muy intensos. No estaba preparada para el impacto que este fenómeno tendría en Siena y en mí. Sin embargo, el tiempo y los años han transformado todo en algo más grande y mejor de lo que imaginamos.

Y hasta aquí puedo contarte. En estas páginas, encontrarás la historia de mi hermana, la misma que he escuchado contar tantas veces y que he decidido narrar desde mi perspectiva. Lo que vivimos nos cambió para siempre y con los años nos ha convertido en una versión más fuerte de nosotras mismas.

Carla

# LA TRAGEDIA

## *Carla*

Siena se sumergió en el silencio del jardín trasero mientras podaba los rosales y disfrutaba del olor que las flores desprendían. Le gustaba cuidar las rosas y las vides, decía que la relajaban y la ayudaban a despejar la mente. Sin embargo, una voz desconocida la sobresaltó. Esa mañana no esperaban visitas y, extrañada, dejó sus herramientas sobre la repisa de piedra de la ventana. Se quitó los guantes y se dirigió hacia el interior de la casa para investigar.

—Mamá, ¿con quién hablabas? —le preguntó, ojeando la estancia a la vez que la observaba quitar las cortinas del comedor—. Me ha parecido oír que había alguien contigo.

—Te lo habrás imaginado, hija. ¡¿Acaso no ves lo liada que estoy con todo este cortinaje e intentando no caerme de la maldita escalera?! —exclamó con un tono agitado e inusual y ni tan siquiera miró a Siena.

Guardó algo en el bolsillo de su pantalón y continuó enfrascada estirando los brazos para alcanzar los aros metálicos de la tela, ya que la altura del escalón no daba para más.

—Deja que lo haga yo, que soy más alta —le sugirió mi hermana al examinar el esfuerzo que hacía mamá.

—¡No hace falta! Ya puedo yo.

Su tono de voz sorprendió tanto a Siena que hizo que retrocediera unos pasos.

—¿Seguro que estás bien, mamá? —Su comportamiento le preocupaba.

Ella se aproximó hasta su lado tratando de averiguar con una mirada de curiosidad, pero lo que vio fue su rostro bañado de lágrimas e impregnado de rabia.

—Pero ¿por qué lloras? ¡¿Qué pasa?! —interrogó con exasperación—. ¡Cuéntamelo, por favor! —le suplicó una vez más con el corazón encogido.

Mamá arrojó un grito ahogado. Se negaba a compartir lo que tanto la angustiaba y Siena no soportaba tanto silencio ni entendía por qué.

—¡Dímelo, por favor! Quiero ayudarte —suplicó con tono desesperado y con los ojos vidriosos mientras sacudía la escalera para que contestase de una vez.

No reparó en que sus pies no estaban sobre una base sólida. Ella solo trataba de averiguar qué pasaba, pero mamá perdió el equilibrio y cayó, golpeando su cabeza contra la mesa de centro de mármol. Siena se quedó atónita y llena de incertidumbre. En ese instante, la atormentó una maldita pregunta: ¿qué había sucedido para que mamá se comportara de esa manera?

—¡¡Mamáááááá!! —Reaccionó al verla en el suelo y chilló entre lágrimas y gritos desesperados mientras se arrodillaba junto a ella.

No respondía.

El corazón dejó de latir.

Siena la abrazó, tratando de reanimarla en vano. Intentó levantarse, pero sus piernas le flaqueaban y perdió la fuerza. En medio de su dolor y con una mirada distraída, vislumbró una

cadena y un colgante que sobresalían del bolsillo de los pantalones de mamá. Y otra pregunta sin respuesta comenzó a obsesionarla: ¿de dónde lo había sacado?

—¿Por qué gritas tanto, hija? —interrogó la abuela, quien se apresuró al oír los gritos mientras se acercaba a casa con el abuelo—. ¡Dios mío! —exclamó, llevándose las manos a la boca.

—¡Llama a la ambulancia! ¡Rápido, Siena! —ordenó el abuelo, angustiado, apartando a las mujeres para tratar de reanimar a su hija.

Pero fue demasiado tarde.

—Es mi culpa —afirmó mi hermana con voz quebradiza y sin apartar la vista del cuerpo.

—No. Ha sido un accidente, cariño —contradijo el abuelo, negando con la cabeza y llorando con desconsuelo.

Sus ojos se posaron en su nieta, que permanecía inmóvil junto a la abuela con el rostro pálido, la mirada fija y la respiración suspendida.

Tres meses después, mi hermana seguía culpándose por la muerte de nuestra madre. Sin embargo, yo, con tan solo cinco años, me enfadaba sin entender por qué mamá se había ido al cielo sin llevarme con ella.

Su muerte dejó un hueco en nuestras vidas, pero quien más la padeció fue Siena.

# DOCE AÑOS DESPUÉS

# 1. INICIO DE VACACIONES POR LA TOSCANA

## *Óliver*

Recuerdo cómo el sonido agudo del claxon se prolongó durante varios segundos, suficiente para interrumpir el sueño de algunos vecinos, incluida mi madre. «Creo que ya son mayorcitos para saber que la gente está durmiendo a estas horas», dijo ella con tono de reprimenda desde el umbral. Yo sabía que no tenía nada que decir, que mis amigos eran así y que a los treinta y tantos años no iban a cambiar. Salí de la habitación con el equipaje y preparé el café para activarme como cada mañana. Cuando me dispuse a marchar, la voz de mi madre me detuvo.

—¡Italia, Óliver! ¿No podías elegir otro lugar para tus vacaciones?

—¿Otra vez con la misma canción, mamá? —pregunté, molesto—. Desde que te comenté dónde iba este año, no has dejado de incordiarme.

—Es solo que nunca me ha gustado ese país —dijo, frunciendo el ceño—. No entiendo qué le ves.

—Mamá, ¡es solo un viaje! No te preocupes tanto. Además, son mis vacaciones y decido yo dónde voy. Creo que no es tan complicado —respondí, rodando los ojos—. No vas a cambiar mi destino a última hora —añadí un poco irónico.

Ella suspiró, resignada, y se pasó una mano nerviosa por el cabello, como si quisiera decir algo más, pero se detuvo.

—Déjalo ya, por favor. No entiendo a qué viene todo este asunto ahora.

—Sí, tienes razón, pero es que… Bueno, cuídate —dijo al final, tratando de sonreír a la vez que acariciaba mi espalda.

—Lo haré, mamá. No te preocupes —respondí.

—Y vuelve pronto, que tienes obligaciones cuando empiece la vendimia —musitó tras cerrar la reja del jardín con la voz quebrada.

Ladeé la cabeza de un lado a otro sin darme la vuelta.

—¡Adiós, Nathalie! —exclamaron mis amigos al verla allí plantada.

Ella levantó la mano y la sacudió para devolverles el saludo. Subí al coche y aparqué las últimas palabras que había escuchado y que todavía resonaban en mi mente. En ese instante, comenzaba nuestra aventura.

Nos dirigimos al aeropuerto para emprender nuestro viaje hacia la Toscana, un destino sorprendente que mis amigos habían elegido por sus paisajes y viñedos. En el aeropuerto, entre risas y nervios, perdimos la noción del tiempo y olvidamos desayunar. Al llegar a Pisa, fuimos directos a una pizzería y luego aprovechamos para visitar la famosa torre inclinada y todo el conjunto compuesto por varios edificios religiosos.

Ya con el coche alquilado y el GPS en marcha, nos dirigimos a Volterra. Su belleza nos dejó sin aliento. Se trataba de una ciudad medieval rodeada de murallas en lo alto de una colina con una vista panorámica impresionante. Después de unas cervezas en la Piazza dei Priori y de la

diversión sobre si la figura que había en la cima de una construcción era un cerdo o un jabalí, continuamos explorando la ciudad, maravillados por sus edificios históricos y las historias que contaban. Las chicas no perdieron ocasión de adentrarse en todas las pequeñas tiendas que invitaban a ser visitadas. Y optamos por quedarnos a comer por allí mientras nos refugiábamos del calor.

Unas horas después, y a pesar de que el sol ardía con intensidad, el interior del coche pasó a ser un congelador en pocos minutos. Cuando los demás se sumieron en un profundo sueño tras el ligero paseo, como único superviviente, tuve que ajustar la temperatura. Conduje con tranquilidad y, para evitar que me venciera el sueño, sintonicé en la radio una canción animada para cantar a todo pulmón y mantenerme despierto.

—*Lasciatemi cantare, con la guitarra en mano…*

—Joder, Oli, ¡me has despertado! —se quejó mi amiga, incorporándose en su asiento.

—Lo siento, me he dejado llevar por la letra —me justifiqué.

De repente, Javi y la otra ocupante también abrieron los ojos. Él empezó a canturrear y ellas no tardaron en hacer lo mismo.

—¡Guau! Qué pasada —exclamé al ver las torres a lo lejos.

—Es alucinante. Llegando a Nueva York, chicas —se mofó mi amigo.

—¿Eso es San Gimignano? —preguntó una de ellas, que se inclinó entre los asientos delanteros con los ojos abiertos de par en par—. ¡Qué haces, loco! ¿Por qué frenas con esta brusquedad? —gritó cuando casi chocó con el salpicadero debido al frenazo.

—Óliver, no es por aquí —intervino Javi, que me miró extrañado—. Debes continuar por donde íbamos. Ese camino no lleva al pueblo. —Su brazo gesticuló de un lado a otro mostrándome la vía correcta.

—Un segundo, por favor. Tengo que comprobar algo —respondí, sin apartar los ojos del camino de tierra por el que me adentraba.

De repente, me detuve al leer de cerca el cartel que había vislumbrado antes y en el cual decía «In vendita». Mi corazón dio un vuelco. Sentí una sacudida inexplicable y, sin pensarlo dos veces, me bajé del coche y anuncié:

—*In vendita* —leí en voz alta—. Voy a comprarlo.

Me remangué las mangas de mi camisa blanca y puse los brazos en forma de jarra para observar mejor lo que se extendía ante mí.

—¡En serio! ¿Un viñedo aquí, en la Toscana? —soltaron, sorprendidas, las dos a la vez.

—¿A ti qué bicho te ha picado? —interrogó Javi, ladeando la cabeza sin entender nada.

Todos ellos me miraron incrédulos, pero yo sabía que ese viñedo era el comienzo de algo grande. Seguí adelante, decidido a convertir ese sueño en realidad.

—Sí, en serio. Algo me dice en mi interior que debo hacerlo —respondí con una sonrisa segura.

—Pero, Oli, ¿y nuestro viaje? —preguntó una de ellas, preocupada.

—Seguid sin mí. Esta es una oportunidad que no puedo dejar pasar —dije, sintiendo una mezcla de emoción y determinación.

Mis amigos se miraron entre ellos para intentar asimilar la situación. Me había apartado unos metros del vehículo y, a los pocos segundos, noté el brazo de Javi, que rodeaba mi cuello.

—Bueno, si esto es lo que quieres… —dijo, y aclaró la voz—. Yo te apoyo, tío, pero no creo que sea una buena idea.

—¡Ya! Esto es lo que pasa, que nadie cree en mí por ser quien soy. Os pensáis que todo lo tengo fácil por venir de familia adinerada, pero sabes bien que no es así —anuncié, apretando los labios.

—Está bien, Oli, haz lo que creas mejor. Y, claro que creo en ti, colega. Eres mi amigo y sé muy bien quién y cómo eres.

Agradecí en silencio las palabras reconfortantes que me dijo, y luego se sumaron las chicas.

—Gracias, chicos. Os mantendré informados y volveremos a vernos pronto, y quién sabe, quizás hasta podamos celebrar algunas fiestas en mi propio viñedo —respondí para tratar de aliviar la tensión con una broma.

Nos despedimos con abrazos y palabras de ánimo y, mientras ellos continuaban su viaje, yo me quedé allí, frente al viñedo, contemplando el comienzo de lo que sería una nueva aventura.

Tal vez tenían razón en cuanto a que mi idea era alocada, pero ¿y si era una señal del destino? La pregunta me atormentó. Yo, que nunca había creído en las señales, dudé de mis propias creencias, aunque la vida a veces es impredecible y podría ser una de esas ocasiones en las que se demuestra lo contrario.

Pues sí, qué equivocado estaba…

Me enfoqué en mi nueva aventura y seguí adelante, emocionado por la posibilidad de poseer mi propio viñedo en Italia y demostrar a mi familia que era capaz de llevarlo hacia adelante.

¿Quién sabía lo que me depararía ese lugar?

Seguí caminando hasta que di con la verja de hierro forjado cubierta de enredaderas y, por su olor dulce y penetrante, deduje que la flor era de jazmín. Lo supe porque no soporto su aroma. Abrí decidido y merodeé por las vides, alucinado con las hojas verdes tan brillantes y algunas uvas ya maduras colgando de los racimos.

Mientras observaba todo lo que estaba a mi alcance, me sorprendió lo bien cuidado que lo tenían y pensé que lo más probable era que cobraran una fortuna por ello. No me di cuenta de que había alguien cerca hasta que una jovencita me preguntó.

# 2. EL PRIMER DÍA QUE VIMOS A ÓLIVER

## *Carla*

Ese día, como una tarde de tantas, estaba aborrecida con los iPod en mis orejas para tratar de inspirarme y escribir la letra de una nueva canción. Me gustaba cantar e inventar canciones, por lo que las guardaba para que no se me olvidasen. Escuché un ruido y alcé la vista.

«¡Otro turista pesado!», pensé, y dibujé un mohín. Levanté el culo de mi banco de madera favorito de la finca y fui hacia él.

—¿Vienes por el letrero? —pregunté en italiano cuando me aproximé por detrás.

—¡Oh! Disculpa, vengo por el anuncio del cartel —afirmó, y giró sobre sí para quedarnos de frente. Señaló con el dedo hacia la entrada. Estaba claro que no me había entendido.

En su afable sonrisa y su mirada serena, percibí que no se trataba de un turista más. En realidad, parecía interesado en comprar el viñedo e intuí que él sería el nuevo dueño. Me transmitió confianza de primeras y sonreí con amabilidad.

—¿Otro turista curioso que no tiene idea de cómo administrar un viñedo? —Con su voz colocada y contoneándose de manera exagerada, mi hermana se unió a nosotros.

Por la expresión de su rostro, supe que el intruso se quedó prendado de ella. Reconozco que Siena cautiva a primera vista a todo ser del sexo opuesto. Era, y lo sigue siendo, guapa y seductora, aunque en aquel momento también era fría y arisca con todo el mundo, excepto conmigo, que me trataba con cariño. Supongo que porque era su hermana pequeña.

—Bueno, en realidad sí tengo alguna idea sobre cómo administrar un viñedo. —No se dejó intimidar por su actitud distante—. Soy enólogo, además, mi familia tiene bodegas en España y Francia. Y estoy muy interesado —declaró sin dejar de sonreír con las manos metidas en los bolsillos de las bermudas tejanas.

Mi hermana frunció el ceño mientras meditaba sus sinceras palabras.

—Mira, el viñedo es de mi prima, que colinda con el mío —le indicó con la cabeza el límite de nuestra finca—, pero, por motivos de visibilidad, solicitó colgar el letrero en nuestra propiedad. Si estás de verdad interesado, tendrás que hablarlo con ella. De este tema, yo me despreocupo.

La desconfianza se reflejó en los ojos de Siena. La llegada de un extraño cerca de nuestra finca amenazaba con alterar su paz.

—Alma salió esta mañana y aún no ha llegado —interrumpí—. No he visto pasar su coche. —Me encogí de hombros al comprobar que mi hermana arqueaba las cejas—. Puede esperar aquí, seguro que no tardará. —Volví a enchufar los auriculares y empecé a bailar separándome de ellos—. Por cierto, me llamo Carla y ella es Siena, mi hermana.

Le guiñé un ojo y volví a lo mío.

—Yo soy Óliver. Encantado —elevó la voz, pensando que con la música puesta no lo escucharía. Nos sonreímos y por casualidad los dos posamos los ojos en ella, a la espera de que aceptara si podía quedarse.

—Está bien. Puedes pasar. —Osciló e hizo un ademán con la mano, tan seria como una estatua de mármol.

El turista asintió agradecido.

Los seguí hasta el porche de la casa y tomamos asiento alrededor de la mesa de piedra.

—¿Limonada? —Óliver aceptó con la cabeza y Siena se incorporó con la jarra para llenar su vaso—. ¿Qué te ha traído a la Toscana? —cuestionó sin apartar la mirada del recipiente.

—Vacaciones, o lo que pretendían ser unas vacaciones. —Sonrió, nostálgico, y elevó y descendió las cejas con rapidez—. Mmm, está delicioso —calificó la bebida después de un largo trago. El pobre debía estar deshidratado.

—¿Has venido tú solo de vacaciones? —No pude resistirme a la pregunta, a la cual negó con la cabeza, y proseguí—: ¿Dónde están todos los demás?

Yo entendía pocas palabras españolas, pero ellos dos se comunicaban bastante bien. El turista intentaba esforzarse con el italiano, pero el resultado era un chapurreo total. En cambio, mi hermana se defendía con su vocabulario y podían conversar en español. Decía que se lo enseñó mamá.

—He venido con tres amigos, pero ellos han continuado con la ruta. —Un suspiro de lamento salió de su interior.

El ruido del motor de un coche nos interrumpió. Era mi prima, que iba directa a su finca. Él se levantó a la espera de su llegada, pero ella no se detuvo y siguió por el sendero.

—Ahí la tienes. —Siena se lo indicó levantando la barbilla—. Lo mejor será que te dirijas a su casa, no vaya a ser que vuelva a salir y te quedes sin negociar. —Percibí en su voz un tono molesto, pero le resté importancia—. Puedes cruzar el viñedo por la parte de atrás. Evitarás un gran recorrido. —En esa ocasión, su voz cobró más simpatía.

—Gracias por todo, Siena y Carla —nos miró alternando la vista—, ha sido un placer pasar este rato con vosotras. Espero que podamos llegar a ser buenos vecinos.

Levantó el brazo a modo de saludo y nos dedicó una dulce sonrisa mientras daba pasos hacia atrás sin dejar de observarnos.

—¡Mira por dónde pisas! —exclamó Siena con un aspaviento de mano—. Solo faltaría que al caerse rompiera alguna vid —regañó entre dientes—. Espero que sea el último turista que atienda.

—Yo también lo espero. De hecho, es el más guapo que nos ha visitado. Ojalá sea el definitivo —dije, y me quedé tan ancha mientras me recostaba en el respaldo y apoyaba las piernas sobre el asiento de la silla que acababa de quedarse vacía—. No me mires así y considéralo. —Le guiñé un ojo a sabiendas de que odiaba ese gesto.

—Que considere, ¿el qué? No me gusta que te fijes en hombres mayores que tú, Carla. Eres demasiado joven para eso.

—Me fijo por ti, hermanita, aunque sé que tú también lo has hecho.

—Pues no es necesario que pienses por mí. Ya soy mayor para hacerlo yo misma. —Estaba de pie, de espaldas a mí, con los brazos cruzados sobre su pecho y mirando hacia el horizonte.

—Por eso mismo, Siena. Porque sé que no eres feliz. Apenas sales de casa, estás demasiado pendiente de mí y te desvives por esta finca. ¿Acaso no te gustaría tener una pareja con quien

compartir tu vida y poder viajar? —Me acerqué a ella y me quedé a su lado.

—Se lo debo a mamá, Carla —musitó con un ligero movimiento de cabeza hasta que sus ojos alcanzaron los míos—. Me gusta todo esto —extendió los brazos hacia fuera e inspiró—, y me encanta tenerte conmigo. —Revolvió mi pelo con la mano—. Además, sí que salgo de vez en cuando y quedo con algún amigo, aunque no es tan guapo como ese turista. —Curvó los labios hacia un lado y se dirigió hacia las vides.

—¿El bodeguero? Ese tipo no es para ti ni para echar un polvo. ¡Buaj, qué asqueroso!

—¡Carla! ¿De dónde sacas estas bobadas?

—Os he oído más de una vez escondidos en el almacén. No soy tonta, hermanita.

Tan pancha, pasé por su lado y me dirigí hacia el viñedo de mi prima. Me miró con la frente arrugada y los ojos entrecerrados. Sonreí y aceleré el paso.

—¿A dónde vas si se puede saber? ¡Estás castigada! —amenazó con voz cargada de rabia.

—¡No te oigo! —Con los dedos índices de cada mano presioné los oídos para no escucharla—. ¡Voy a enterarme de si tendremos nuevo vecino! —exclamé mientras me alejaba de la finca.

Seguro que su cara de sorpresa no debió pasar desapercibida. Así quise imaginarla porque no me dio la gana girarme.

Observé una botella de vino y dos copas medio vacías sobre la mesa de madera que guardaba bajo la frondosa parra centenaria. Según Alma, esa parra era el mejor recuerdo que le quedaba de sus padres. Me lo contó en una de nuestras conversaciones. Aunque no manteníamos una relación estrecha, en las pocas ocasiones que nos veíamos, y a pesar de la diferencia de años entre las dos, me gustaba charlar con ella de vez en cuando. Era fácil hablar con mi prima de cualquier tema; incluso le conté cosas de mí que no me atrevía a compartir con Siena. Supongo que, al ser mi hermana, no me atrevía a contarle según qué temas.

Di una vuelta por la finca para ver si los encontraba, pero no había rastro de ellos, y opté por entrar en casa.

—Así que estas son las condiciones. —Escuché decir a mi prima tras el umbral.

—Pero no has dicho nada del precio. Este viñedo está descuidado, hay trabajo por hacer y… —contestó Óliver.

—No hay un precio fijo hasta que me asegure de que eres la persona perfecta para comprarlo —lo interrumpió antes de que continuase hablando. ¡Ains, muy típico de Alma!—. Este lugar vale mucho más que un número seguido de ceros. Guarda muchos recuerdos y sentimientos, por lo que debo asegurarme que quien lo compre no destruya el viñedo para construir —anunció con tono melancólico.

—Está bien. Acepto el trato, aunque no tengo intención de derrumbar nada. Si estoy aquí es por el viñedo.

Óliver extendió la mano para estrechar la de Alma.

—¿Ya tengo vecino nuevo? —pregunté, divertida, mientras sus manos sellaban el acuerdo—. Quería averiguar si había habido suerte con este turista —bromeé al ver las caras de sorpresa ante mi presencia inesperada.

—Pues va a ser que sí, Carla. Puedes decirle a tu hermana la noticia. Espero que no suponga un problema para ella.

—No te preocupes. Puedes estar tranquila —respondí con un mohín.

—Espero que no la líe —murmuró Alma.

Debió de pensar que no la oiría, pero yo estaba justo allí. Aunque lo dijo en italiano y el nuevo propietario no se enteró, a mí me molestó. A pesar de todo, Siena era mi hermana.

—Te muestro el resto de la casa y te dejo con tus cosas. —Óliver siguió sus pasos y subieron a la planta de arriba—. Si necesitas algo, me lo dices. ¡Ah! Por cierto, tengo una cena de compromiso, así que sírvete lo que quieras. Hay comida en la nevera y en la despensa.

—Oh, perfecto. Mañana haré la compra.

—¡Yo me voy! —elevé la voz para que supieran que me iba.

—Espera, Carla —ordenó Alma. Bajó las escaleras velozmente—. Siento lo de antes, no pretendía…

Hizo un ademán de abrazarme.

—Déjalo, no pasa nada.

# 3. LA NOTICIA

## *Óliver*

Dentro de mí brotaba una sensación de bienestar. Por primera vez en la vida, me sentí realizado. Sabía que había tomado la decisión correcta y necesitaba comunicarlo. Cogí el móvil y llamé a mi amigo.

—¡Qué pasa, Oli! —exclamó Javi al descolgar—. ¿Cómo va todo por ahí?

—¡He comprado el viñedo! —anuncié, tumbado sobre la cama.

—¡Vaya! Lo has hecho, tío —respondió él con alegría—. Me alegro mucho por ti, colega. Aunque te deseo toda la suerte del mundo, la vas a necesitar cuando tus padres se enteren. —Eso me recordó que tenía que informar a mi familia—. ¿Te ha salido cara la compra?

—Por ahora, gratis. —Esbocé una carcajada—. Creo que la dueña se lo cobrará en especie —añadí con cachondeo. Le detallé las condiciones y desmentí la insinuación.

—Qué venta más rara, tío. Así, sin conoceros, ¿vais a compartir la casa hasta que la chica se mude? A ver si resulta ser una asesina en serie —comentó bromeando—. Vigila no meterte en algún berenjenal sin salida. Cuídate y mantenme al tanto de todo.

—No seas tonto, Oli, y aprovecha la ocasión si la chica está bien —sugirieron mis amigas entre risas y elevando la voz para que las oyera.

—¿Por qué no os pasáis por aquí y os lo enseño?

—Lo siento, tío, pero hemos añadido Florencia como última visita y si retrocedemos, se nos echará el tiempo encima.

—¿Florencia sin mí? —pregunté en plan broma—. Venga, chicos, divertíos. Os mantendré informados. Un abrazo.

Tras colgar el teléfono, quise posponer llamar a mis padres, pero cuanto antes lo hiciese, mejor descansaría. No lo dudé y marqué su número.

—Hola, hijo, ¿cómo van las vacaciones?

—Bien, papá. He comprado un viñedo en la Toscana —solté sin meditarlo.

—¡¿Un viñedo?! ¡¿En la Toscana?! —Su voz se elevó y alejé el teléfono de la oreja.

—Sí, eso es lo que he dicho y ya he cerrado el trato —respondí, sereno.

—¡Estás loco! ¿En qué demonios estabas pensando, Óliver? ¿No te basta con todo lo que te hemos dado? ¿No has tenido suficiente?

Oí la voz de mi madre a lo lejos, exaltada y enojada.

Aunque sus palabras me afectaron un poco, no había lugar para ellas en mi mente. Dejé que los segundos transcurrieran antes de hablar. Inhalé un par de veces y retomé la conversación.

—Aunque esto sea un último capricho, como tú dices, no quiero tu dinero. Tampoco necesito tu consentimiento. Soy capaz de tomar mis propias decisiones —dije con voz firme.

—No hagas que vaya yo. Te necesito en la empresa y te lo exijo —advirtió mi padre con autoridad—. Disfruta de tu viaje y a la vuelta hablaremos.

—No voy a volver, papá, y no hay nada más que hablar. He decidido tener mi propio viñedo y encargarme por mí mismo, aunque tú no me creas capaz. Es una oportunidad y me irá bien estar solo un tiempo y reflexionar sobre mi vida —respondí sin titubear.

—¿Reflexionar? ¿Acaso no lo tienes todo y haces lo que te da la gana? —preguntó con sarcasmo.

—Es mi decisión, papá, lo quieras o no.

No hubo respuesta y tiré el móvil sobre la cama. Sin embargo, la llamada aún estaba activa y pude escuchar a mis padres discutir. Él no había colgado.

—¡A Italia! De tal palo tal astilla. ¿Cómo le has permitido hacer eso? —acusó mi madre.

—Por favor, Nat. No quiero discutir contigo. Ahora no —respondió mi padre con calma, tratando de evitar la confrontación.

—¡Claro! Nunca es un buen momento. Pero ¿sabes qué? Creo que tu hijo ha tomado una buena decisión. Al fin y al cabo, está soltero y no tiene una esposa esperándolo —añadió mi madre.

Sostuve el móvil entre las manos sin necesidad de acercarlo más porque los gritos de mis padres retumbaban en la habitación. Estaba acostumbrado a sus discusiones sin sentido, pero eso me dejó desconcertado.

—¿Qué quieres decir con eso, Nathalie? Pensé que habíamos zanjado este tema. ¿Por qué vuelves a echármelo en cara?

Finalmente, decidí poner fin y presioné el botón rojo. Ya no quería saber cómo continuaría la discusión.

Estaba exhausto y abrumado. Ni siquiera tenía ganas de comer, solo me apetecía descansar. Deshice la maleta y colgué la ropa en las perchas del armario de madera maciza oscura, igual que la cómoda que había junto a un balancín del mismo tono, que contrastaba con la tela *beige* del tapizado del asiento y respaldo.

Aparté los cojines verdes que decoraban las sábanas blancas con dibujos de hojas de olivo y me acosté. La almohada resultó demasiado blanda para mi gusto, así que la sacudí un par de veces. Al recostarme, me golpeé la cabeza contra las barras de forja del cabecero y me cagué en todo. Repasé cómo había sido el día: a primera hora de la mañana, estaba de vacaciones con mis amigos y, al caer la noche, estaba en una finca con viñedo que había comprado unas horas antes. Mientras miraba el techo, una inquietud creciente se apoderó de mí. Dudé si había hecho bien al aceptar las condiciones de la propietaria. ¿Era sensato compartir la casa con ella hasta que se mudase a Roma, y todo eso sin establecer un precio de venta hasta comprobar que yo era la persona adecuada para gestionar el viñedo? La incertidumbre me provocaba tener la mosca detrás de la oreja. Sin embargo, opté por dejarme llevar sin saber cuál sería el final, confiando en que el tiempo me mostraría si había tomado la decisión correcta.

Después de cinco minutos, logré quedarme dormido.

# 4. EL PRIMER DÍA EN UN NUEVO HOGAR

## *Óliver*

Los primeros rayos solares se impregnaron sobre mí. La noche anterior, olvidé cerrar los portones y la luminosidad traspasó la ventana hasta alcanzar mi rostro, que dormía plácidamente. Aquella mañana me desperté con una sensación cálida y reconfortante mientras la luz inundaba la habitación y me invitaba a comenzar un nuevo día. A pesar de que aún era temprano, ya había superado el cupo de horas de descanso y decidí levantarme. Opté por ponerme un pantalón corto de algodón gris, que aún no había tenido la oportunidad de estrenar en mis vacaciones, y lo combiné con una camiseta negra de manga corta. Dudé entre esa y la blanca, pero era demasiado clara para trabajar por la finca.

Esa vez, al observar cada detalle del interior de la casa, pude apreciar cómo la claridad del día abarcaba toda la estancia. Me apoyé sobre la barandilla de madera robusta que protegía las escaleras que llevaban hasta el comedor y, antes de poner el pie en el primer escalón para bajar, me di cuenta de que la perspectiva desde aquella altura era completamente diferente. Las paredes lucían una tonalidad tierra y unas delicadas láminas con girasoles pintados sobre ellas destacaban en el tabique.

Al bajar las escaleras, el aroma del café recién hecho inundó mis sentidos. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al darme cuenta de que alguien había madrugado más que yo. Sin embargo, al llegar a la cocina, no encontré a mi compañera por ninguna parte. Los armarios de madera rústica estaban llenos de platos, tazas y vasos de cerámica. Tomé una taza y, tras verter un poco de café humeante, la llené con un chorro de leche fría de la nevera. Vi unos bollos guardados en una caja de cartón sobre la encimera que llamaron mi atención; cogí uno y lo saboreé a la vez que apartaba la silla de la mesa para sentarme. Mientras disfrutaba de mi desayuno, me fijé en los detalles de la cocina. Los azulejos de cerámica de tonalidades terrosas y ocres y las cazuelas de hierro colgadas de las paredes eran un auténtico clásico de la tradición toscana. Me relajé y recosté la espalda mientras admiraba el paisaje a través de la ventana. Me di cuenta de que, sobre la repisa, había unos tiestos de plantas aromáticas de orégano y albahaca que añadían un toque de frescura. Imaginé que las habría comprado Alma por sus hojas tan verdes, que no tenían nada que ver con las de las vides de la finca.

Cuando acabé, cogí una manzana del frutero de la mesa y me dirigí hacia la puerta de la casa. Al salir, el sol calentó mi piel. El viñedo de mi vecina lucía en todo su esplendor, lleno de uvas maduras y vides exuberantes. A lo lejos, se divisaban las torres de San Gimignano, que se alzaban sobre un mar de viñedos y campos dorados por el sol.

La brisa mañanera acarició mi rostro mientras caminaba entre las vides de mi propiedad. ¡Mi propiedad! Qué bien sonaba. El sonido de los pájaros acompañaba mis pasos y el olor a tierra húmeda se mezcló con el aroma de las plantas que rodeaban el margen colindante. Sin darme cuenta, me adentré en tierra de Siena. Era un espectáculo impresionante ver cómo brillaban sus

cepas. Me acerqué a una de ellas, tomé una uva y la probé. El sabor dulce y la textura suave me dejaron sin palabras. Supe que estaba en el momento y lugar correctos, no cabía duda.

Continué caminando, maravillado por la belleza que me rodeaba. De repente, escuché unos pasos detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Alma con una sonrisa en el rostro y una cesta en la mano.

—¡Buenos días, madrugador! —dijo mientras se acercaba a mí—. ¿Cómo has dormido la primera noche en tu nueva casa?

—Caí como un saco de patatas, ni siquiera cené —respondí, pasándome la mano por el cabello.

No me di cuenta de lo hermosa que era esa mujer el día anterior. La belleza de Siena me deslumbró y no pude apreciar nada más, pero esa mañana, al observar a Alma con el cabello recogido en un moño bajo y unos mechones sueltos enmarcando su rostro, quedé cautivado. Sus largas piernas se veían debajo de su *short* vaquero azul oscuro y su blusa verde holgada, de escote pronunciado, insinuaba el inicio de unos pechos firmes.

—Eoo, ¿sigues dormido? —preguntó, y movió la mano delante de mis ojos con ironía.

—No, no. —Negué con la cabeza e hice un aspaviento—. Es todo tan nuevo que me siento abrumado, pero en el buen sentido, ¡eh! —enfaticé, y levanté los brazos hasta la altura del pecho.

—Tómatelo con calma. Es tu primer día en un nuevo lugar, en tu nuevo hogar. —Me dio una palmada en la espalda y se dirigió hacia la casa—. Tengo que hacer unos recados. Nos vemos a la hora de comer. —Levantó la mano para decirme adiós.

Seguí rondando por mi terreno cuando escuché a lo lejos una voz masculina. Me extrañó por el simple hecho de que desde que había llegado no había visto a ningún hombre por ninguna de las dos fincas. Solo a tres chicas preciosas.

—¡Hola, vecino! —Me sobresaltó de inmediato la voz de Carla—. ¿Qué haces ahí plantado? —preguntó, extrañada. Comprobó con sus pequeños ojos azabache lo que yo observaba mientras se iba acercando con pasos lentos.

—Pues nada. Acostumbrarme a mi nuevo hogar —suspiré, satisfecho, y metí las manos en los bolsillos de mi pantalón—. ¿Qué te lleva por aquí, jovencita? —le pregunté. Encogí los hombros y eché la vista al intruso con disimulo. La joven me pilló y tuve que preguntar—. ¿Es el novio de tu hermana el que está en su finca?

—¡Ese! —Arrugó la nariz y sacó la lengua como efecto de repelús—. Siena dice que solo es un amigo, pero yo sé que es algo más porque los he pillado besándose y… Pues eso, que son amigos. —Hizo un ademán para quitar importancia a ese asunto del que yo quería saber más. Me inquietó aquella explicación, pero no entendía por qué.

—Creo que toca ponerme manos a la obra. —Me rasqué la cabeza pensando por dónde empezar y proseguir con mis asuntos.

—Tienes trabajo, vecino —puntualizó Carla con una sonrisa, y elevó un par de veces las cejas.

—No hagas eso o te saldrán arrugas antes de lo previsto. —Ese gesto me resultó tan familiar que hasta me molestó verlo.

Me adelanté para ir a buscar un par de herramientas en la casa.

—¿En serio? —Me alcanzó, sin evitar tocarse el rostro, y sonreí para mis adentros ladeando la cabeza.

Había tantas cosas por hacer que no sabía cuál era el orden que seguir.

Alma todavía seguía allí con la puerta del coche entreabierta y con el móvil pegado en la oreja. Hablaba en italiano, por lo que supuse que la llamada le había impedido marcharse. No tardó en colgar y saludar cariñosamente a Carla. Estuvieron charlando un rato y la chiquilla le comentó que iba a pasar unos días con su padre, en la ciudad de Siena. Fue cuando me enteré de que solo las dos hermanas vivían bajo el mismo techo.

—Perdona, Alma, pero antes de que te marches, ¿no tendrás por casualidad un vehículo, aunque sea viejo? No tengo cómo desplazarme.

—Va a ser que no. Solo tengo mi coche y lo necesito —contestó a la vez que sacaba las llaves del bolso.

—Pensé que, quizá, había alguna moto en el almacén de ahí fuera. —Señalé con el dedo la dirección a la que me refería—. Como en las películas, que siempre sale una moto enfundada —solté con una risa tonta, sin darme cuenta de la tontería que acababa de decir.

—Muchas películas has visto tú —sonrió, y reaccionó enseguida—: Quizá tengas razón. Creo que algo hay. Vamos.

Fui tras ella con una sonrisa dibujada en mi rostro como un niño al que le van a comprar un regalo.

—¡Una bicicleta! —exclamé, aún sonriente—. Estás de broma, ¿no?

—¿No querías un vehículo? Pues aquí lo tienes.

No sabía si se estaba cachondeando de mí o me lo decía en serio. No conocía su humor, por lo que ambas cosas podían ser.

—Es pequeña y encima de color rosa. ¿A dónde voy a ir con eso? —Me pasé la mano por la cara porque no me estaba ayudando para nada.

Ella la soltó y la dejó caer. Me miró fijamente y estoy seguro de que se encontró con una cara tan cómica que estalló en una carcajada escandalosa.

—Tendrías que haberte visto la cara que has puesto —afirmó, y me señaló retorciéndose de risa.

Me uní a sus risas.

—Te propongo venir conmigo. Voy a San Gimignano y allí puedes comprar lo que te haga falta.

—¡Joder! Claro que voy. Me quedé con ganas de visitarlo. —Me alegró el día—. Voy a por la cartera y las gafas de sol.

Aparcamos el coche y me dirigí a cruzar la vía para contemplar la enorme muralla que rodeaba el pueblo. Alma me informó que existían varias puertas de entrada, pero nosotros optamos por la Puerta del Arco porque era por donde solía pasar con su familia. Detuve el paso al darme cuenta de que no me acompañaba. Se había entretenido a saludar a unos conocidos mientras cogía un par de cosas del maletero.

Retomó el paso y me deslumbró como un rayo de sol, aunque no me atreví a decírselo. No quería que malinterpretara el comentario. Ya me estaba costando adaptarme a estar rodeado de tanta belleza como para ir dejando rastro.

—¿Acaso no has visto nunca a una mujer con pamela y gafas de sol? —Se bajó un poco las lentes y centró su mirada en mí, esperando una respuesta.

—Sí, claro, pero no con tanto estilo —respondí para tratar de ocultar mi admiración.

Alma sonrió y continuó hablando.

—Está claro que soy de ciudad, pero aún conservo parte de mi esencia italiana. Lo del sombrero —se llevó la mano hacia él— lo heredé de mi tía Gretta, la madre de Carla y Siena. Ella siempre llevaba una pamela para trabajar en las viñas y otras, para su día a día. Me encantaba cómo le quedaba, sin tener en cuenta que era muy guapa. Le pedí una para mí y, desde entonces, la llevo cuando regreso a mi tierra.

—¿Qué le pasó a tu tía? —me apresuré a preguntar.

—Un accidente doméstico. Fue… Es una larga historia. —Hizo un ademán con la mano y cambió de tema al cruzar la Puerta del Arco.

Observé con asombro la imponente entrada que se erguía ante nosotros, que marcaba el acceso a la antigua ciudad amurallada. Mis ojos se perdieron en los detalles de la exquisita arquitectura medieval mientras caminaba sobre las piedras desgastadas por el tiempo, pisadas por innumerables personas a lo largo de los siglos. Levanté la vista para no perderme ni un solo detalle de las fachadas de piedra y las coloridas flores que asomaban por las ventanas. Me transmitió una sensación de tranquilidad y belleza a pesar de la multitud de turistas que llenaban la calle. Cada rincón por el que pasábamos parecía esconder historias y secretos por descubrir, sin mencionar las encantadoras tiendas de *souvenirs* que se alineaban a ambos lados de la vía.

Al llegar a la plaza de la Cisterna, Alma me interrumpió con un suave golpe en el brazo, sacándome de mis pensamientos.

—Impresionante, ¿verdad? —Buscó mi aprobación.

—Sin duda. Es… increíble. ¿Cómo pudieron construir estas imponentes torres de piedra?

Mis ojos se fijaron en las altas estructuras sin pestañear durante varios segundos. Estaba absorto y apenas escuchaba las explicaciones sobre esas majestuosidades, solo capté que en la actualidad se conservan trece o catorce de las cincuenta que alguna vez existieron.

—Demos un paseo antes de comenzar con nuestras compras y te enseño dónde encontrar productos frescos. ¡Vamos, muévete! —ordenó, e hizo un gesto con la mano para que la siguiera.

Llegamos a la siguiente plaza y nos sentamos un rato en las escaleras que llevaban a la catedral. Desde allí, observamos el constante ir y venir de la gente a pesar del sofocante calor tan agobiante.

Compramos fruta, verduras, un poco de pasta, pan, una docena de huevos y un vino tinto. Mi subconsciente anhelaba el jamón serrano, pero no vi ninguna pata colgando en la tienda.

—¿Por qué compras vino? —pregunté, extrañado—. ¿No guardas ninguna botella de tu propia cosecha?

—¿Acaso viste racimos en las vides? —respondió en tono burlón mientras seguíamos caminando—. Óliver, hace años que no brota ni una hoja en esos diminutos árboles.

—Entonces, ¿esperas que haga magia con tus parras? —inquirí, incómodo.

Ella se detuvo y dio un paso hacia adelante. Se quedó a escasos centímetros de mí, abrió los ojos y clavó sus pupilas en las mías.

—Insististe en comprarlo tal como lo viste —continuó, sin dejarme hablar—, pero confié en ti desde que te vi. Sé que serás capaz de hacer que vuelva a cobrar vida —concluyó con una sonrisa mientras su dedo índice amenazaba con presionar mi garganta.

Levanté las manos en señal de defensa y solo logré articular una sonrisa ladeada. El hecho de que confiara en mí fue un halago satisfactorio.

—Y así será, Alma. Trabajaré duro para lograrlo. Lo haré por mí mismo, para demostrar que tengo habilidades más allá de lo que creen.

Volvimos a unir nuestras manos y establecimos un nuevo pacto entre nosotros. Me gustaba esa chica, me encontraba cómodo a su lado.

Nos adentramos por estrechas callejuelas hasta llegar al último lugar que visitaríamos. Se trataba de una fachada antigua, pero lo que llamó mi atención fue la enredadera en forma de arco que adornaba la entrada, conservando su autenticidad. A cada lado de la pared, había dos macetas que albergaban dos vides cuidadosamente podadas para obtener un resultado armonioso. Las robustas puertas de madera oscura se encontraban abiertas de par en par y sobre ellas colgaba un letrero cuyo mensaje no pude descifrar. Sin embargo, bastó con adentrarme para percibir el aroma característico que emanaba del interior. Era una bodega, aunque no había barricas en el local. Al entrar, nos recibió una pequeña sala con una antigua mesa repleta de papeles. Observé que había varias botellas vacías dispersas por el suelo y corchos esparcidos sobre la superficie de la mesa. Ese lugar me dio una sensación desagradable.

Dos voces resonantes nos indicaron la proximidad de alguien. Eran dos hombres mayores y uno de ellos resultó ser el dueño de la supuesta bodega.

—¡Cuántos años sin verte, muchacha, y tan guapa como siempre! ¿Qué te trae por aquí? —preguntó el anciano tras inhalar una larga calada de su apestoso puro, sin quitar los ojos de mi compañera.

—Gracias, Leonardo —susurró ella, sonrojada por tantos halagos—. También me alegra verlo tan en forma —añadió con una sonrisa mientras observaba su prominente barriga.

—¿Cómo están los señores Tarugi? Hace tiempo que no sé nada de ellos.

—Ahí andan, pero bien, supongo…

Percibí incomodidad en su respuesta y me sorprendí aún más cuando susurró el «supongo». ¿Quiénes eran los Tarugi?

Después de un prolongado saludo, Alma me presentó como el nuevo propietario de su viñedo y mencionó la posibilidad de entablar negociaciones para la producción de vino en un futuro cercano.

No sé por qué, pero aquel señor corpulento no me cayó demasiado bien. No me inspiró confianza y menos cuando me miró de soslayo.

—Yo ya no me ocupo de los negocios, chico, ahora es mi hijo quien lo hace. Él se encarga de la bodega y de visitar los viñedos. Te lo presentaré cuando llegue; debe estar al caer.

Alma y yo decidimos esperar unos minutos hasta que hizo acto de presencia Stefano, el hijo del propietario.

—¡Vaya sorpresa verte por aquí, Alma! —exclamó mientras se abrazaban en un gesto amistoso.

Los tres comenzaron a hablar sobre la situación actual del viñedo y luego me incluyeron en la conversación, reconociéndome como el actual dueño. Sin embargo, cuando me di cuenta de quién era, una sensación de resignación se apoderó de mí. Era él, y su mera existencia me repugnó.

# 5. ODIO A STEFANO

## *Carla*

Óliver y Alma pasaron toda la mañana fuera de la finca, así que decidí ayudar a mi hermana en la revisión de los racimos antes de la cosecha. Cumplí con las órdenes que ella me dio, aunque me aseguré de tener música en mis oídos para no escuchar las tonterías de Stefano. Probablemente, aparecería por la finca en cualquier momento, como solía hacer a menudo. ¡Cuánto odiaba a ese tío!

Mientras me movía al son de las canciones, exploraba los racimos y me llevaba a la boca algunas uvas deliciosas, ignorando por completo las quejas de Siena. Era una pequeña manía que tenía desde niña y ella siempre me regañaba por ello. Sabía que no le gustaba, pero no podía evitar disfrutar de aquello. ¡No podía remediarlo!

Aquella mañana estábamos las dos solas, ya que el equipo de trabajadores aún no había comenzado. Empezarían en unos cuantos días, y me encantaba aprovechar esos ratitos a solas con mi hermana. Caminábamos entre las vides cuando de repente noté su mirada fija en mí. Me entristecí al darme cuenta de lo mucho que trabajaba en la finca. Sacrificaba su vida para sacar a flote el viñedo y ocuparse de mí. Me quité los cascos y la abracé de manera espontánea.

—Te quiero. Eres la mejor hermana del mundo —afirmé con sinceridad.

Ella revolvió mi coleta, esbozó una sonrisa en respuesta a mi gesto y asintió con la cabeza.

—Anda, venga, sigamos recorriendo este pasillo, aún nos quedan algunos por revisar —dijo Siena, y agitó la mano para que siguiera caminando—. ¿El nuevo vecino ha cambiado de opinión? No lo he visto por ningún lado.

—Oh, así que te interesa, ¿eh? —pregunté con una sonrisa burlona.

—No seas boba, Carla. Solo tengo curiosidad al no verlo merodeando por la finca —justificó su pregunta con desdén.

—Pues no. Está encantado con su compra y salió temprano con Alma para hacer algunos recados. Creo que fueron a San Gimignano.

—¡Vaya, parece que estás bien informada! —exclamó, medio sorprendida.

—Claro, fui a visitarlo antes de que se fueran. Me cae bien a pesar de apenas conocerlo. Se le ve un buen tío. Podrías intentar ser su amiga, ¿no crees? —sugerí con los brazos abiertos y mostrando las palmas de las manos.

—Tienes razón. Quizá lo intente —reconoció, distraída, acariciando su sien.

—Quién sabe, tal vez incluso podría convertirse en algo más que un vecino. ¡Nunca se sabe! —Encogí los hombros y me hice la inocente.

Después de recorrer toda la finca y quedarnos satisfechas con el resultado, nos dejamos caer exhaustas para tomar un descanso y refrescarnos con una jarra de limonada bien fría que habíamos guardado en la nevera.

El sol del mediodía nos dejó empapadas de sudor y el calor era insoportable. Decidimos tomar una ducha fría antes de ponernos a preparar la comida. En el fondo, esperaba que mi padre apareciera, como solía hacer otras veces, pero una vez más su memoria le falló. Aquellos días, el taller de motos solía estar abarrotado de trabajo y, por supuesto, su nueva novia absorbía gran parte de su tiempo libre. Siempre he estado más unida a mi padre que Siena. Quizás porque, cuando mamá murió, yo era demasiado pequeña para darme cuenta. Tanto él como ella se esforzaron para llevar una situación normal y que yo estuviera bien. En cambio, cuando crecí, comencé a entender que el ambiente no era normal y, por lo que mi hermana me ha ido contando a lo largo de los años, durante un tiempo no se soportaban. Siena se ofuscó y estuvo tres o cuatro meses sin hablar con nadie. Papá no soportaba verla así y le creó mucha ansiedad.

Recuerdo una vez, cuando tenía unos ocho años, que escuché una discusión fuerte entre Siena y papá. Ella le reprochaba que nunca estaba presente, que siempre encontraba una excusa para no estar en casa. Papá, que parecía afectado, le intentaba explicar que el trabajo y su nueva relación también eran importantes, pero Siena no quería escuchar. Esa noche, ella se encerró en su habitación y no salió hasta el día siguiente. Desde aquel momento, la tensión entre ellos solo aumentó. Papá intentó acercarse en varias ocasiones, pero cada intento parecía reabrir viejas heridas y Siena, con su carácter fuerte, no cedió, hasta que mi padre optó por irse a vivir al piso que tenemos en la ciudad.

Pero el tiempo pasó y mi hermana se acostumbró a estar sin la figura paterna. Yo iba y venía, quería a los dos y quería estar con ambos. Pero papá, cuando decidía dar un paso para reconciliarse con ella, se echaba atrás. Tenía miedo de reabrir la tormenta y no lo hacía. Y su hija, que aún era más tozuda, aguantaba la situación. Poco a poco, fueron saludos y un cómo estás; lo justo y lo formal. Aunque papá siempre preguntaba por ella, nunca hizo un esfuerzo real para solucionar la situación y sé que ella lo necesitaba. A pesar de todo, nuestra relación se mantenía sólida. Pasábamos más tiempo juntos en invierno, cuando me quedaba en su casa en la ciudad, donde también vivían mis amigos.

En aquel entonces, me sentí mal por mi hermana, que se quedaba sola en la finca. Pero esa vez, con la casa habitada, esa culpa disminuyó.

—Otra vez tú —resopló Siena, molesta—. Acordamos que no te dejarías ver por aquí durante toda la semana.

—He venido porque hace un rato vi a tu querida prima en mi bodega en compañía del nuevo propietario. Parece que se llevan de maravilla. ¿No crees que me merezco saberlo por tu parte? —preguntó con la voz más elevada de lo normal.

Estaba a punto de sacar los platos para comer cuando, al dirigirme al porche, escuché la voz de Stefano. Me detuve en el umbral. Aquel hombre acababa de llegar y parecía exigir explicaciones a mi hermana sobre algo que no le correspondía. Apreté los dientes para controlar mi rabia mientras sentía la necesidad de escuchar más.

—Sabías que yo quería comprarlo para tener un gran viñedo nuestro en el futuro —insistió, acercándose a ella—. Recuerda que nos casaremos y construiremos una familia juntos, con los

mejores vinos de la Toscana y parte de Italia. —Acarició su mejilla con delicadeza e intentó besarla en los labios.

—¡No me toques! —le exigió, y apartó su brazo con brusquedad.

Estuve a punto de intervenir para insultarlo y echarlo fuera, pero me contuve y me quedé junto a la puerta para observar de cerca el drama que protagonizaba aquel tipo despreciable.

—Eso no es lo que dices cuando…

—¡Basta! Conoces muy bien el tipo de relación que mantenemos. No mezcles las cosas. No me subestimes ni intentes jugar conmigo —le ordenó Siena con una mala leche que me dejó sin aliento—. Nunca dije de casarme contigo, Stefano. ¡No inventes!

—Te recuerdo que eres tú quien busca jugar conmigo, quien anhela que apague tu fuego y sacie tu sed. Tranquila, nena, sé que volverás a mí porque me necesitas. Nadie más que yo puedo complacerte de esa manera. —Le guiñó un ojo y, con una sonrisa torcida, se dirigió hacia su furgoneta.

—Lárgate, engreído. Y no vuelvas a aparecer por aquí a menos que sea por asuntos de trabajo.

Cuando me aseguré de que no había rastro de él, me acerqué a ella. Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos y, aunque las palabras se atascaron en mi garganta, logré preguntarle si iba a casarse con él.

Ella mantuvo la mirada firme y autoritaria, sin apartarla de un punto fijo en el horizonte.

—No, nunca lo haré —respondió con tono autoritario—. Olvida todo lo que has oído. Sus palabras estaban llenas de rencor y solo quería herirme.

—Pero te acuestas con él, Siena, y no te mereces a un asqueroso como él. Seguro que hay alguien mejor para ti, alguien que te quiera de verdad, no este… tipo.

Ella me tapó la boca con la palma de su mano e impidió que pronunciase la siguiente palabra.

—No debes entrometerte en mi vida, aunque seas mi hermana. Sé lo que hago y no tienes por qué recriminar nada. Pero te prometo que solo tendré con él una relación laboral. ¡Ojalá pudiera tener mi propia bodega!

—Termina lo que empezó mamá —dije, emocionada al recordar—. Ella tenía ese proyecto en marcha —señalé hacia el almacén—, pues cumple su sueño.

Siena cruzó los brazos sobre el pecho y resopló un par de veces, pero, finalmente, me miró y habló:

—Amo este lugar. La casa, el viñedo, cuidarlo… y tenerte a mi lado. Pero a veces también lo odio. —Sus ojos se humedecieron—. Perdóname, Carla, no sé por qué te cuento todo esto si solo tienes diecisiete años y tu vida tampoco ha sido fácil. —Sacudió la cabeza.

En todo aquel tiempo, fue la primera vez que se abrió así conmigo, que dejó ver un poco de su corazón herido. Parecía como si su coraza se estuviera resquebrajando.

—¿Por qué no retomas tus estudios? Dejaste la carrera de enóloga, podríamos irnos a Florencia juntas —sugerí sin más.

—Lo pensaré, pero antes debemos ocuparnos de la vendimia.

Nos abrazamos con fuerza, encontrando consuelo la una en la otra, listas para afrontar los desafíos del día a día.

Después de la visita inesperada de Stefano y nuestra intensa charla, retomamos la tarea de preparar la comida que habíamos dejado de lado. Nos sentamos una frente a la otra y le pedí a Siena que me hablase de mamá, quería conocer más cosas de ella y sobre las conversaciones que compartieron las dos cuando estaban juntas y yo aún no había nacido. Apenas recuerdo algo de ella, era demasiado pequeña y eso me entristece profundamente. La música se convirtió en mi refugio. En la letra de cada canción expresaba lo que sentía, y pretendía que fuese un homenaje a ella. La echaba de menos… Y sigo haciéndolo.

—Me encantaría tener algo que me recuerde a mamá, una joya. Tú llevas su anillo, ¿puedo coger una pulsera? —Pasé con suavidad mis dedos por mi muñeca.

—Eres demasiado joven para llevar sus joyas. —Fruncí el entrecejo tras su respuesta—. Todos los adornos de mamá eran de oro, no le gustaba la plata ni la bisutería. Decía que la chatarra se acumulaba en el taller de papá. —Siena dibujó una enorme sonrisa en su rostro, aunque yo seguía molesta—. Pero eso era nuestro secreto, lo susurraba al oído, para que nadie más lo supiese.

—¿Mamá usaba joyas mientras trabajaba? —pregunté, sorprendida, sin tener en cuenta mi enfado—. Me gustaría verlas.

—Tendré que buscarlas bien, ya que no recuerdo dónde las guardé. Pero una vez que acabe la vendimia, lo haremos juntas.

Asentí, aunque en el fondo sabía que el joyero de mamá permanecía en su cómoda. Siempre estuvo allí, guardado en un cajón, aunque hacía tiempo que no entraba en la habitación de mi madre. La curiosidad comenzó a despertar dentro de mí y no me cupo duda de que las buscaría por mi cuenta, sin importar la reacción que tuviese mi hermana.

—Por cierto, ¿cómo van tus canciones? —desvió el tema con una sonrisa mientras se acercaba a mí.

—No puedo considerarlas canciones si no tengo la música que las acompañe. Son más bien como fragmentos de versos que podrían formar parte de un recetario de poemas —respondí, restándole importancia a algo que anhelaba.

Siena posó la mano en mi muslo.

—Estoy segura de que algún día esas palabras cobrarán vida porque tu voz vibra cuando cantas. —Me miró con seguridad y sinceridad.

Mis ojos se abrieron como platos, sorprendida por sus palabras.

—¿Me has escuchado cantar? —pregunté, emocionada, y ella asintió con la cabeza y un brillo especial en sus ojos.

# 6. AGOSTO

## *Óliver*

Habían pasado dos semanas desde que se me ocurrió la descabellada idea de comprar un viñedo, pero cada día me sentía más orgulloso y seguro de la decisión que tomé. Mis padres no habían intentado comunicarse conmigo, pero sí lo hicieron mis amigos, quienes mostraban interés por mi nueva vida y se preocupaban por la situación.

Alma se había ido a pasar unos días a Siena, la ciudad donde tenía una casa heredada de sus padres y de la cual no tenía la intención de desprenderse. Fue allí para resolver algunos asuntos y dejar todo listo antes de mudarse a Roma, por lo que aproveché para darle una capa de pintura a algunas partes de la casa.

—¿Qué haces, vecino? —dijo la joven rubia, quien solía visitarme con frecuencia. Nos comunicábamos en nuestro peculiar lenguaje, cada vez me defendía mejor en italiano y ella, en español. Era una forma divertida de entendernos.

—Intento darle vida a esta vieja madera. —Me di la vuelta, sosteniendo un rodillo desgastado y manchado de pintura—. Necesita un poco de amor —añadí con una sonrisa.

—Este azul es bonito, aunque creo que en rosa quedaría mejor —sugirió, apartando el auricular de su oído, y me guiñó un ojo.

—O quizá el fucsia de tus labios —respondí para picarla un poco—. Por cierto, ¿por qué te maquillas para estar aquí en la finca? ¿No eres demasiado joven para eso? —pregunté de manera sutil.

Ella arrugó la nariz, divertida por mi falta de comprensión.

—No entiendes mucho sobre mujeres, ¿verdad? —bromeó.

—¡Espera, espera! —La detuve con un gesto—. ¿Quieres ayudarme?

Elevé el brazo y le mostré un pincel. Ella bufó divertida y avanzó hasta donde yo estaba.

—Con este *complimento no flirterai* —dijo con tono burlón.

—¿Qué debo filtrar? —pregunté, levantando las cejas, aunque sabía que mi expresión debía ser de chiste, porque ella rio a carcajadas.

—Déjalo —respondió Carla con un ademán mientras movía la cabeza de un lado a otro, sin apagar la sonrisa de su rostro.

Era increíble cómo esa chiquilla lograba sacar mi lado más despreocupado.

Mi casa lucía completamente renovada. La pintura azul en los marcos y en las puertas de las ventanas le daba un toque fresco y resaltaba su encanto. Agotado, decidí posponer la tarea de pintar las paredes de mi habitación para otra ocasión, aunque no estaban mal, me apetecía cambiar de color.

Mientras revolvía en el almacén, vi unas cajas precintadas, pertenencias personales de Alma que se llevaría consigo. Cogí unas telas blancas y una guirnalda de luces para darle un toque más

acogedor a la pequeña terraza. Eso de decorar no iba conmigo, pero quería darle un toque distintivo y personal a la misma vez. Continué buscando y encontré un par de cajas abiertas que llamaron mi atención. Una de ellas contenía álbumes de fotos y un sobre grande con el nombre de Gretta. Recordé que así se llamaba la tía de Alma y no pude resistir la tentación de echar un vistazo. Decidí tomarme la tarde para relajarme, tumbado en la cama, mientras ojeaba las fotos familiares.

Por lo general, no me interesaban mucho las relaciones familiares de los demás, pero en esa ocasión sentí la necesidad de conocer la historia de la finca. Ahora que era su propietario, quería descubrir quiénes eran los antiguos dueños y saber más sobre ellos. Observé con atención la felicidad que se reflejaba en las fotos de Alma junto a sus padres, ambos guapísimos. Luego, aparecieron unos señores mayores, supuse que serían los abuelos y, detrás de ellos, se leía un letrero que decía «Vigneti Tarugi». ¿Por qué me sonaba tanto este nombre?, me pregunté. No recordaba haber visto ese letrero cuando llegué a los viñedos.

Y ahí estaba Gretta. Su parecido con el de su hija Siena me impactó de inmediato. Era una mujer deslumbrante. También había otra instantánea de los cuatro juntos. Carla era una renacuaja, pero ya se podía ver su desparpajo y encanto. En cambio, los ojos rasgados de Siena irradiaban felicidad y su sonrisa pícara resaltaba sus pómulos pronunciados. Su rostro reflejaba pura alegría, lo contrario de cuando la conocí. Me chocó una foto en la que aparecía los Tarugi al completo. Los patriarcas posaban orgullosos junto a sus hijos, nietas y yerno, pero la madre de Alma no aparecía en la foto.

Cerré el álbum y cogí el sobre. Solo encontré dos fotografías, una de Siena y la otra de su madre. Las sostuve entre las manos buscando un significado, pero nada se me ocurrió. Lo volví a guardar en la caja y lo llevé a su origen.

Quité el polvo de la mesa bajo la parra y la cubrí con el mantel de lino blanco. Cuando me dispuse a extender las luces, la presencia de Siena en el límite de su finca, colindante con la mía, me desconcentró.

—Vaya, pues sí que eres detallista. Yo creí que te habías rendido. Llevaba días sin verte por aquí —dijo con voz seca, los brazos en jarra y una expresión de agotamiento en el rostro. Parecía haber pasado horas trabajando en el viñedo.

—Hola, vecina. Pues ya ves que no es así —respondí a la vez que levantaba los brazos en un gesto amistoso por mi parte—. Sigo aquí, y parece que nos encontraremos a menudo. —Mis labios se curvaron y le guiñé un ojo.

Ella pareció dudar por unos segundos, como si no estuviera segura de cómo interpretar mi respuesta.

—¿Te apetece algo fresco? —pregunté, acercándome a ella.

—No te molestes —me interrumpió, e hizo un ademán de seguir con su tarea—. Yo… debo continuar con lo mío y tú estás ocupado con lo tuyo. No es mi intención molestar.

—No molestas, Siena. —La detuve suavemente, agarrándola de un brazo cuando hizo la intención de marcharse—. Lo siento —me disculpé, sintiéndome un poco torpe—, solo pretendo ser amable.

Pareció sorprendida por mi gesto y sus ojos, de un profundo marrón con matices dorados, me atraparon por un instante. A pesar de su aparente frialdad, algo en ellos resultaba intrigante, casi hipnótico.

Una vez más, quedé prendado por su belleza y esa noche me resultó difícil conciliar el sueño. Su imagen no dejaba de rondar mi mente y me atormentaba, preguntándome qué habría detrás de esa actitud tan distante.

# 7. PROMESA ROTA

## *Carla*

Aquella mañana me desperté sudada y con una extraña sensación en mi cuerpo. Lo primero que cruzó por mi mente, al poner los pies en el suelo, fue dirigirme a la habitación de mi madre. Anhelaba una joya y, desde que lo había comentado con Siena, las ganas iban en aumento.

—Ni se te ocurra cruzar por aquí —advirtió Siena, autoritaria, y bajé corriendo para averiguar qué sucedía. «¡Otra vez este despreciable hombre!», pensé.

—Hola, preciosa. ¿Así me das los buenos días? Estaba de paso y pensé en saludarte —insinuó Stefano con un tono grotesco.

Asomé la cabeza por la ventana de mi dormitorio y los vi.

—Lo siento, Siena. Perdóname por haberme comportado como un canalla el otro día. No era mi intención… No sé qué me pasó —dijo suavizando su voz, que aún me ponía más nerviosa.

Vi cómo él apartaba un mechón de su rostro con su mano sucia y una arcada mañanera se asomó por mi garganta, de esas que indican que necesitas comer.

—No sigas. Acepto tus disculpas, pero vete, por favor —le suplicó mi hermana, tratando de que se largara.

—¿No será que ya me has sustituido? —preguntó él con desdén.

—¿Cómo dices? ¿Un sustituto? No entiendo tu pregunta, Stefano —respondió ella, desconcertada.

—Tu nuevo vecino es muy atractivo. ¿No será que le prestas más atención que a mí? O… ¿ya te lo has follado? —preguntó a la vez que se acercaba a ella y rozaba con su dedo la piel de su escote.

Sentí como mi rabia aumentaba al ver que Siena le daba permiso y se aseguraba de que no hubiese nadie alrededor. Supuse que era por mí.

—Óliver, mi vecino, está en su casa y yo estoy en la mía —pronunció ella con la voz entrecortada.

—Sé que te gusta que te acaricie aquí. —Deslizó su asquerosa mano hasta la entrepierna de mi hermana, y ella ¡lo permitió!

No podía creer lo que estaba viendo. ¿Dónde estaba la frialdad de mi hermana en aquel momento? ¿Tan bajo había caído? Me apresuré a vestirme y bajé volando para alcanzarlos. Los vi dirigirse al almacén y me invadió una gran indignación. ¡Qué mala hostia me entró!

—Hazlo rápido. No creo que tarde en despertar Carla y, después de lo del otro día, sería desagradable…

—Shhh —musitó él, y puso su dedo índice sobre los labios de Siena—. Quiero que disfrutes, nena.

Mi hermana obedeció su orden y siguió deslizando la mano hasta desabrochar su pantalón. Cuando volví a mirar, le estaba chupando un pezón y ella gemía, inclinando la cabeza hacia

atrás.

La muy cabrona se recreaba en el placer y yo no pude contener las lágrimas de rabia y de traición. Con ambas manos, me tapé la boca para silenciar el llanto y me senté en el suelo arrastrando la espalda por la pared.

Oí la voz de Óliver acercarse mientras me llamaba un par de veces, alternándose con el nombre de mi hermana. Me vio y se apresuró a venir cuando se percató de que estaba llorando a moco tendido.

—¿Qué ocurre, Carla? ¿Le ha pasado algo a tu hermana?

Su voz, más alta de lo normal, hizo que Siena acudiera a nosotros exaltada. Pero Stefano, que llegó tras ella, me fulminó con la mirada. Supongo que por haber estropeado su minuto de lujuria.

Óliver los miró atónito y comprendió lo que había sucedido. Su mirada conectó con la mía y supo cómo me sentía. La situación se volvió incómoda para los tres, ya que el intruso no tardó en largarse.

—Será mejor que me vaya —anunció con sarcasmo—. Nena, te llamaré. —Le mostró la mano con el pulgar y el dedo pequeño levantados, llevándola a la oreja.

—¡No quiero verte, malnacido! —exclamé como una posesa.

—Tranquilízate, Carla, y cuéntame qué ha pasado, por favor —insistió mi vecino con voz serena, tratando de que me calmara.

Miré de reojo a Siena y la muy… desapareció. Supuse claramente que sabía lo que había hecho para que actuase de aquella manera.

—Mi hermana me lo prometió, Óliver —dije a trompicones—, pero no ha sabido mantener la promesa y ha roto su palabra.

—No entiendo a qué te refieres. Habla despacio, que ya me cuesta entenderte en italiano como para que, encima, vayas a cien por hora.

Esbocé una sonrisa tonta después de su comentario.

—Siena prometió que no se vería más con Stefano, solo lo necesario por trabajo, pero no ha sido así. Vi cómo se besuqueaban y se tocaban. Iban a… ¡Dios, qué asco tan solo imaginarlo! —exclamé con indignación y disgusto.

—Ya lo entiendo. —Óliver asintió con la cabeza y bajó la mirada al suelo, captando la situación.

—Sé que las relaciones tóxicas existen. Mis amigas me han contado sobre estas situaciones y, aunque no lo creía, hoy he visto que sí. Supongo que habrá diferentes niveles, así que la relación de mi hermana debe ser de lo menos grave.

—No. Pienso que te equivocas, Carla. Quizás tu hermana se sienta sola y con él… —sugerí que completara la frase—, pues con él debe sentirse mejor, aunque comparto tu opinión. Me cae fatal ese tipo. —Óliver me hizo cosquillas y logró sacarme otra sonrisa—. No te enfades con ella. Dale tiempo —prosiguió.

No respondí, solo reflexioné sobre sus palabras y acaricié su mano, que reposaba en mi hombro. Se puso en pie y lo seguí con la mirada mientras cruzaba nuestra finca, perdiéndolo de vista poco después.

A mi edad, aunque fuese joven, sabía muy bien lo mal que se sentía Siena en muchas ocasiones. Había sido testigo de innumerables noches en las que la escuché llorar desde mi habitación, ya que la suya estaba justo al lado de la mía. No era tan fuerte como pretendía mostrar. Siena era inteligente y tenía un gran corazón, aunque estaba herido por soportar tanta carga, incluyendo la mía. Deseaba una vida mejor para ella, anhelaba que encontrara un hombre que la respetara y amara por encima de todo, como Óliver. Él sería el hombre perfecto.

Me levanté del suelo, cansada, como si un camión me hubiese arrollado, pero me mantuve erguida y me dirigí al interior de la casa. Allí estaba Siena, sentada en el sofá con el rostro bañado en lágrimas y la mirada perdida en un punto fijo del suelo. Quise acercarme, decirle algo, pero no tuve valor. Me había hecho daño y no quería escuchar ninguna explicación de su parte.

—Espera, Carla —me advirtió con voz cansada—. Sé que estás enfadada conmigo y lo entiendo. Pero no es lo que piensas… —Se tapó la cara con las manos y continuó—. Perdóname, por favor. Te pido disculpas por haber roto la promesa. No tengo excusa por lo que acaba de pasar, pero me ha servido más de lo que imaginas.

Mi corazón se debatía entre la rabia y la comprensión mientras la observaba arrepentida. Sus palabras resonaban dentro de las cuatro paredes de la casa, llenando el espacio con una mezcla de emociones difíciles de descifrar, porque no sabía si creerla y darle otra oportunidad o dejarla plantada con sus excusas. Quise permanecer firme en mi decisión de no ceder, pero no podía ignorar la sinceridad en su voz ni la desesperación en su mirada.

Suspiré hondo y me acerqué a ella. Me senté a su lado en el sofá, sintiendo la tensión en el aire. No necesitaba más palabras para expresar lo que sentíamos; nuestras miradas se encontraron y, en ese instante, supe que, a pesar de su traición y del dolor que me había causado, éramos hermanas y nos teníamos la una a la otra. Un vínculo indestructible.

—Siena, no puedo decir que no esté enfadada contigo. Pero sé que estás pasando por un momento difícil y que no estoy en posición de entenderlo todo —empecé con sinceridad—. La llegada de Alma y la venta de su finca a un desconocido tampoco está ayudando mucho. Pero no tienes que afrontarlo sola. Me tienes a mí, aunque a veces me llames cría, y también están los abuelos y papá. Estoy segura de que, si se lo dices a papá, estará dispuesto a ayudarte, pero tú no quieres pedirle nunca nada.

Ella asintió con lágrimas aún rodando por sus mejillas.

—No quiero verte así, Siena. Olvida lo que ha pasado. Y deja de culparte por la muerte de mamá, fue un accidente y lo sabemos. Quiero que seas feliz —añadí con firmeza, sorprendiéndome de mis propias palabras.

—Gracias, pequeña. Lo siento mucho, de verdad. —Me atrajo hacia ella en un abrazo y besó mi coronilla—. Te pareces tanto a mamá…

Ese instante marcó el comienzo de una versión mejorada de Siena y una mayor satisfacción para mí.

# 8. LA INVITACIÓN DE ALMA

## *Óliver*

Alma regresó después de cinco días y su presencia llenó la casa con una energía que no había sentido desde que la conocí. No pude evitar notar algo especial en su sonrisa y en la manera en que me miraba.

—¡Óliver, qué alegría verte! —Me saludó y rodeó mis hombros con sus brazos al mismo tiempo que depositaba un par de besos en mis mejillas—. ¿Me has echado un poco de menos? —preguntó con una chispa burlona en su mirada, pero su sonrisa llevaba una dosis de seducción evidente.

—La verdad es que he estado bastante ocupado arreglando algunas cosas en la casa y poniéndola al día.

Extendí los brazos para mostrarle los resultados de mi trabajo: la madera recién pintada y el jardín arreglado. Ella asintió y lo observó todo.

—Veo que has aprovechado el tiempo. Así me gusta.

Acarició mi espalda y me dio una palmada suave; luego, metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, que se ajustaban de manera tentadora.

Había recogido parte de su cabello ondulado, dejando su frente al descubierto con unos mechones laterales que enmarcaban su rostro. Sus movimientos fluidos, llenos de una gracia natural, hicieron perderme en cada detalle.

—Quería hablarte de algo —comenzó antes de tomar un breve respiro—, pero no me malinterpretes. Sé que no nos conocemos mucho y tal vez esto sea arriesgado.

—Venga, dímelo de una vez, Alma —le pedí, dibujando una tonta sonrisa.

—Bien —concluyó—. Verás, ¿quieres acompañarme a Siena? Serían solo dos días —me suplicó con las manos entrelazadas y un brillo de entusiasmo en los ojos.

No esperaba la proposición, pero confieso que me gustó la idea de acompañarla.

—¡Y tengo una sorpresa para ti que te va a encantar! —añadió, sin darme tiempo para responder.

Después de ponernos al día, me explicó entusiasmada cómo sería nuestro exprés viaje a su ciudad natal. Me sentía confuso ante la extraña relación entre nosotros, que no sabía cómo definir. Aunque había comprado su finca, allí estábamos, compartiendo ese momento como si fuéramos algo más que simples conocidos. Enseguida descarté esa idea. No quería ataduras ni complicaciones, y menos con Alma, que estaba a punto de mudarse a Roma con su nueva vida y trabajo. Me sentía fuera de lugar en aquel escenario.

Preparamos un poco de queso y embutidos y descorché una de las botellas de vino que compramos durante la visita a San Gimignano.

Emprendimos el viaje en su coche y, durante el trayecto, Alma me contó detalles de su vida y sus recuerdos de la ciudad. Habló sobre sus padres y cómo había sentido su ausencia durante todos aquellos años. Una sombra de nostalgia cruzó su rostro y, aunque no lo mencionó directamente, pude sentir su tristeza.

—¡Óliver! —Una voz familiar me interrumpió mientras intentaba abrir el maletero.

—¡Carla! ¿Pero qué haces aquí?

No pude evitar sonreír al verla a pesar de que solo habían pasado dos días desde la última vez que nos vimos. Esa jovencita siempre lograba captar mi atención. Dejé las bolsas en el suelo para darle un abrazo.

—Estoy aquí con mi padre, me quedaré hasta finales de agosto —explicó con cierta resignación, encogiéndose de hombros—. Hola, prima. —Saludó a Alma con un beso cariñoso en la mejilla—. Ven, te presentaré a papá. —Tiró de mi mano y no pude evitar pensar en Siena.

El pensamiento me asaltó mientras saludaba al padre de mis vecinas: «Si Carla está con su padre y Alma y yo estamos aquí, ¿Siena está sola en la finca?», me pregunté. Sabía que tenía una relación muy estrecha con sus abuelos, pero aún no había tenido ocasión de verlos y la inquietud se apoderó de mí.

Después de un cordial saludo, el señor se dirigió a Alma y le dijo que el coche estaba reparado. El rostro de ella no mostró ninguna emoción, al contrario, frunció el ceño y elevó las cejas. Con la mirada, me apresuró a que avanzara hasta unas casas más abajo.

—No quiero retrasar más la sorpresa, porque mi tío ya la ha arruinado —susurró, revelando su frustración—. Vamos, entra —ordenó al abrir una puerta corredera de madera.

No me atreví a abrir la boca y obedecí sus indicaciones.

—Aquí está la sorpresa que tenía preparada para ti —anunció con un tono mezclado de irritación y satisfacción. Señaló hacia un coche.

—¿Para mí? —pregunté. Abrí los ojos como platos y me autoseñalé con el dedo índice—. No sé qué decir, Alma. No esperaba algo así en absoluto —admití, mirando el vehículo ante mí—. Gracias, mil gracias. Esto es… ¡realmente increíble! —Solté una sonrisa estúpida.

—¿De verdad te ha sorprendido? —preguntó con voz dudosa—. Pensaba que, después de lo que mi tío ha dicho, ya habrías adivinado la sorpresa. —Apoyó las manos en el capó y su espalda en la carrocería, dejando escapar un suspiro—. Es viejo, pero te servirá para desplazarte.

Me acerqué a ella y la abracé con un gesto más prolongado de lo necesario. A continuación, me invitó a subir al piso y me puso al día de su estado.

A pesar de los años, Alma había mejorado la casa en muchos aspectos, haciéndola más acogedora. Al pisar el suelo, me di cuenta de que las baldosas aún conservaban su encanto original, de una suave tonalidad terracota. Aunque no eran nuevas, estaban en un estado magnífico, sin señales de desgaste excesivo ni decoloración, lo que mostraba un mantenimiento constante.

—El suelo está en perfectas condiciones, lo sé —interrumpió mis pensamientos—. Mi tío se encarga de su cuidado, sobre todo, después de la reforma. Yo estaba lejos y necesitaba que

alguien la protegiera. Él vive aquí al lado, así que no le supone ningún esfuerzo, y ambos llegamos a un acuerdo.

Mis ojos recorrieron las cálidas paredes del comedor, donde el mobiliario contrastaba con el amplio sofá blanco, acogedor y cómodo. Las cortinas, en un tono marfil, se desplegaban de manera vaporosa. Los cojines rosados mullidos, que salpicaban el sofá, aportaban puntos de color y armonizaban con las flores que adornaban el centro de la mesa de cristal. Todo un detalle.

Me guio hacia la que sería mi habitación para aquella noche, pasando primero por una pequeña cocina equipada con armarios blancos y tiradores negros, al igual que los electrodomésticos. La encimera de madera de haya natural añadía un toque cálido. En la pared, pintada de un tono ocre, se destacaba una mesa plegable junto a dos taburetes, que aportaban color y utilidad. Me pareció una cocina bonita.

Dejé mi bolsa encima de una cama auxiliar. La habitación, destinada para invitados y equipada con un escritorio plegable, era de dimensiones reducidas en comparación con la habitación de Alma, que me enseñó unos minutos después. La suya estaba decorada de un estilo parecido al del comedor. Su preferencia eran los tonos claros y la magnífica iluminación acentuaba la sensación de amplitud.

Pasamos la mañana explorando la ciudad juntos y quedé alucinado con la plaza del Campo, uno de los rincones más bonitos de Siena y un lugar especial. Alma me contó muchas curiosidades de la ciudad, como que la plaza es una de las más grandes de Europa de la época medieval. Me sorprendió su forma de concha y, sobre todo, los cientos de personas que se sentaban en el suelo de ladrillos rojos dificultando el paseo. ¡Y es que no hay ni un solo banco! Lo que no me llegó a contar fue la razón. Tras ello, nos perdimos por las callejuelas estrechas y adoquinadas, que llevan a diferentes áreas de la ciudad, llenas de casas antiguas y un montón de tiendas artesanales. Me acordé de la visita a Volterra.

—¿Sabes que mañana se celebra el Palio?

Alcé las cejas sorprendido y no pude evitar llevarme las manos a la cara sin poder creer la suerte que tenía. Había oído hablar de la fiesta, pero nunca la había visto en persona.

—Pero estará abarrotado de gente. Será imposible verlo —añadí con decepción.

—No te preocupes. Lo verás desde un punto privilegiado. Confía en mí —afirmó mientras me daba un golpecito en las costillas con el codo—. Te invito a un helado, ¡vamos!

La tarde cayó sobre nosotros entre visitas, paradas y charlas sin sentido. El hambre nos sorprendió y regresamos a la plaza del Campo. Los cafés y restaurantes alrededor desprendían calidez con sus mesas y sillas orientadas hacia la plaza. Las luces tenues creaban una atmósfera serena y acogedora. Cenamos en uno de esos lugares, sentados con vistas a la plaza, uno al lado del otro en lugar de frente a frente, una dinámica diferente a la que solía estar acostumbrado. Optamos por un *chianti* tinto para beber con un toque floral que maridaba a la perfección con la *pizza* y los *linguine* al pesto. La cena fue tranquila y la conversación tomó un giro más serio. Alma sacó el tema de la trágica historia de la muerte de su tía Gretta, la madre de Siena y Carla, pero también compartió detalles impactantes sobre la pérdida de sus propios padres y cómo esa ausencia había dejado una profunda marca en su juventud. Pude sentir la emoción en su voz

mientras hablaba y su historia me conmovió. Intenté ponerme en su lugar por un instante, pero era incomparable a la situación que yo viví a esa edad. Mi padre solía viajar varias veces al año para eventos relacionados con el vino, ya que era crucial para su negocio, mientras que mi madre tenía reuniones con sus amigas. Ambos parecían olvidarse de mi existencia, pero al menos ellos estaban vivos.

—¿Por qué decidiste irte a Madrid en lugar de quedarte con tu tía? —pregunté con curiosidad.

Alma tomó un breve instante para reflexionar antes de responder.

—Viví con ellos durante un año, pero… —vaciló, buscando las palabras adecuadas—. Mi tía estaba ocupada con muchos eventos y Siena empezó a sentir celos por cómo me trataba su madre —confesó con una mezcla de tristeza.

—Pero era comprensible, después de todo, eras la hija de su hermano. Seguro que también te quería —intervine para expresar mi opinión.

—Sí, es cierto, pero no quería complicar las cosas. La hermana de mi madre, que vive en Madrid, me propuso que me fuera con ella. Fue una forma de sentirme más cerca de mi madre porque ellas estaban muy unidas. Sinceramente, se han portado muy bien conmigo. Me lo han dado todo y les debo mucho. —Esbozó una sonrisa triste—. Pero dejemos este tema. Estamos aquí para disfrutar del presente.

Después de cenar, regresamos a casa. El día había sido largo y agotador, y todo lo que deseaba era acostarme y descansar. Sin embargo, Alma tenía otros planes e insistió en mostrarme algo más. Ascendimos unas escaleras situadas junto a la puerta principal, que nos llevaron a una terraza superior, y luego entramos en una habitación pequeña.

—Perdona el desorden —se disculpó, apartando una manta que cubría una cómoda—. Hace al menos un año que no subo aquí. Te presento mi rincón de desconexión.

No pude evitar soltar una carcajada mientras observaba el reducido espacio.

—Lo siento, Alma, pero no veo cómo puedes desconectar con tantas cosas por medio. —Pasé las manos por los rincones.

—Tienes razón. Ven, siéntate aquí —me invitó a acomodarme en una butaca.

Minutos después, regresó con un telescopio precioso que colocó en una mesa. Apartó las cortinas de una gran ventana y me quedé asombrado al ver un cielo negro salpicado de estrellas brillantes con una luna llena que parecía que iba a colarse por la cristalera en cualquier segundo.

—Ahora, relájate y mira por el ocular. Verás qué maravilla —me dijo con dulzura.

Noté el tacto de sus manos cálidas sobre mis hombros con delicadeza. Se aproximó a mí, quedando nuestras cabezas muy juntas. No pude evitar sentir como se erizaba mi piel mientras en suaves susurros intentaba concentrarme en contemplar la grandeza de las constelaciones.

—Esto es impresionante —afirmé, extasiado por lo que veía en el horizonte.

Aparté la vista del telescopio y nuestros ojos se encontraron. Estábamos a escasos centímetros el uno del otro y no sabía cómo responder a esa situación. Carraspeé y ella se apartó, rompiendo la tensión.

Intenté levantarme, pero Alma me detuvo con un gesto.

La atmósfera estaba cargada de electricidad y nuestras miradas se entrelazaron en un juego silencioso. Solo la tenue luz de la luna colmaba la habitación y pude palpar la tensión que fluía

entre nosotros. No había necesidad de palabras; era evidente lo que nuestros cuerpos anhelaban. Mi atención se posó en sus labios, húmedos y llenos de deseo, y percibí que ambos deseábamos lo que estaba a punto de ocurrir. Alma irradiaba ternura y calidez y su belleza era indiscutible.

Ella se aproximó más, sus ojos se clavaron en mi cuello y trazaron un camino lento por mi rostro hasta llegar a mi boca. Su respiración y sus susurros rozaron mi piel, al igual que los míos acariciaron sus sentidos. En ese instante, mis manos tocaron sus mejillas y nuestros labios se fundieron en un beso apasionado. Ella recorrió cada rincón de mi cuerpo con sus delicados dedos mientras el deseo crecía entre nosotros.

—Vayamos a casa —dijo con la voz entrecortada.

Cerramos el cuarto y, cogidos de la mano, nos movimos hacia el interior de la vivienda. Nuestras ropas cayeron al suelo con prisa, liberando la urgencia contenida. Cada caricia, cada beso, llevaba consigo una intensidad cruda y apasionada. Me entregué por completo, sintiendo como cada contacto incendiaba mi piel. Juntos, exploramos cada rincón de deseos, apaciguando el fuego abrasador que se había desatado en nuestros cuerpos. Cada roce era un gemido silencioso; cada encuentro, una danza frenética de anhelo y entrega.

Después, yacimos juntos, agotados pero satisfechos, y las emociones se agolparon en mi mente. Sentí una conexión profunda con ella. Me atraía. Pero también estaba la realidad de Siena, una mujer que seguía en mis pensamientos incluso en ese encuentro íntimo con Alma porque lo que desencadenaba su presencia en mí era inexplicable.

Me sentí abrumado por la confusión y el conflicto interno. No pude evitar pensar en Siena y en la atracción que sentía por ella. Aunque acababa de experimentar un maravilloso sexo con Alma, la imagen de mi vecina seguía presente en mi mente. No podía ignorar lo que sentía.

Alma enseguida se durmió, pero yo no podía conciliar el sueño. La observé dormir a mi lado y me di cuenta de que estaba atrapado en un torbellino emocional. Dos mujeres excepcionales habían entrado en mi vida de manera repentina y no sabía cómo manejarlo. La atracción hacia ambas era innegable y me encontraba en medio de una encrucijada.

Cerré los ojos, tratando de encontrar respuestas en medio de aquel caos. Pero, con Alma a mi lado, permití perderme en las sensaciones compartidas minutos antes, aunque en mi cabeza seguía resonando el nombre de mi vecina colindante.

Desperté temprano al día siguiente, antes de que el sol se alzara por completo en el horizonte. Alma seguía durmiendo pacíficamente con un mechón de cabello sobre su rostro y su silueta dibujada con suavidad bajo las sábanas. Recordé la noche anterior, cada segundo ardiente y los gemidos de ambos. No podía negar que me había gustado; estaría mintiendo si dijera lo contrario. Fue una noche increíble y admito que hacía tiempo que no había vivido algo similar.

Me levanté con cuidado y me dirigí a la ventana. Observé el amanecer en silencio, tratando de ordenar mis pensamientos. Me sentía satisfecho por la noche que habíamos compartido, pero también me encontraba en un mar de confusiones.

Me giré para mirar a Alma una vez más. Ella se despertó despacio, parpadeando mientras ajustaba su mirada al nuevo día. Una sonrisa vaga cruzó su rostro cuando me vio observándola.

—Buenos días.

Traté de sonar tranquilo a pesar de lo que se cocía en mis adentros.

—Buenos días —respondió Alma, estirándose perezosa.

Me acerqué a la cama y me senté a su lado. Nuestros ojos se encontraron en un silencio cargado de significado. Había una complicidad entre nosotros, una comprensión tácita de lo que habíamos compartido.

—Anoche fue… increíble —admití, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

Alma asintió, sus ojos brillaban con una mezcla de satisfacción y vulnerabilidad. Era evidente que también procesaba lo que había ocurrido.

—Sí, lo fue —dijo en voz baja—. No me arrepiento, pero sé que esto complica las cosas.

Sus palabras resonaron en mi interior. Tenía razón. Lo sucedido entre nosotros añadía una nueva capa de complejidad a una situación ya de por sí complicada.

—Alma, necesito que sepas que… aún hay cosas que necesito resolver —dije con sinceridad —. Lo que compartimos ha sido… intenso, pero no nos lleva a ningún sitio, ya que tú te mudas a otra ciudad y yo tengo mucho por hacer en la finca y por ordenar en mi vida.

Asintió comprensiva, aunque pude percibir en sus ojos decepción. No había juicio en su mirada, solo una aceptación serena de la realidad.

—Lo entiendo, Óliver. No esperaba que fuéramos novios de la noche a la mañana. —Sonrió y la situación se destensó—. No quiero forzarte a tomar decisiones apresuradas. Tampoco está en mis planes empezar una relación con el comprador de mi finca. —Hizo una mueca y golpeó mi hombro de forma cariñosa.

Me sentí aliviado por su respuesta, aunque también me preocupaba haberla lastimado de alguna manera. Alma me atraía, pero no era la misma atracción que sentía por Siena.

Ese día, la ciudad de Siena vibraba con la celebración del Palio. Decidimos salir a comer por ahí para no perdernos ningún detalle de la festividad. Las calles principales estaban abarrotadas de gente y en cada rincón se palpaba expectación y alegría. Las fachadas históricas de los edificios resplandecían con adornos coloridos y con banderas ondeando al viento. La urbe entera parecía latir al ritmo de tambores y música tradicional que flotaba en el aire.

—Vamos a tomar algo fresco, estoy empapada de sudor —comentó Alma.

—Vaya, esto está a reventar —me quejé por lo agobiante que se volvía el bullicio.

Caminar por las callejuelas de Siena y recordar a mi vecina del mismo nombre era como adentrarse en un mundo nuevo. La multitud llenaba cada rincón, locales y visitantes lucían trajes tradicionales que añadían autenticidad a la celebración.

—Puede parecer extraño, pero mi estómago ruge con tantos olores de comida —comenté a la vez que acariciaba mi abdomen.

—Lo sé —afirmó, sintiendo con una sonrisa—. Es algo típico en este día: un carnaval de sabores —respondió, contagiada por el entusiasmo—. Si tienes hambre, podríamos pedir algo.

Alma superó todas las expectativas. Su plan para disfrutar de la fiesta resultó perfecto. Nos encontrábamos en el balcón de uno de los edificios circundantes a la plaza. Unos conocidos suyos nos dieron permiso para acceder.

La plaza del Campo era el epicentro de la actividad y emocionaba ver cómo se transformaba para recibir la carrera del Palio. Un óvalo de tierra cubría el centro, convirtiéndose en el escenario principal, donde los jinetes y los caballos competían. Las gradas que lo rodeaban estaban repletas de espectadores que animaban y vitoreaban a sus equipos favoritos. Los colores y estandartes de las distintas contradas ondeaban con orgullo, creando un mosaico de identidades y rivalidades.

—Apuesto a que nunca has visto algo tan emocionante —me desafió, esperando mi respuesta.

—Efectivamente, ¡esto es un reto total! Toda esa gente no solo está viendo un evento, sino que lo están viviendo —confirmé, señalando todas las gradas—. Esto es increíble. Estoy alucinando.

—Exacto. Las rivalidades son intensas y la energía es contagiosa —corroboró mi opinión.

—¿Cada barrio tiene sus propios caballos? —pregunté, interesado.

—No. Los caballos no son de su propiedad. El ayuntamiento los proporciona y se sortean entre los participantes —explicó—. Gana el caballo que complete tres vueltas a la plaza primero, con o sin *fantino*.

—*¿Fantino?* —Arrugué la nariz.

—Quise decir jinete. Lo he dicho en italiano —se corrigió con un gesto de la mano—. Si el jinete es derribado en el último segundo, pero su montura atraviesa la línea de meta, la victoria sigue siendo válida.

Faltaba poco para completar las tres vueltas y pude presenciar cómo los rostros de la gente reflejaban emoción. Sus voces se unían en un coro como si fueran una sola de vítores y ánimos. Fue asombroso vivir todo aquello y, cuando me di cuenta, Alma y yo éramos dos voces más gritando.

Estar en medio del bullicio del espectáculo fue una experiencia que superó cualquiera de mis expectativas. Una inmersión total en la historia, la tradición y la pasión de esa ciudad. El Palio quedó grabado a fuego en mi memoria.

Nos sentamos juntos en silencio, observando el manto de estrellas desde la terraza y, en alguna ocasión, nuestras manos se rozaban.

—No importa cómo se resuelvan las cosas, Óliver. Quiero que sepas que valoro todo lo que compartimos desde tu llegada a la finca —Alma rompió el silencio.

La sinceridad en su voz me conmovió. Había una dulzura en ella, una bondad genuina que había tocado algo en mí. La besé con suavidad. Fue un beso que transmitía lo agradecido que estaba.

Nos retiramos a la casa, no con la misma urgencia y pasión desenfrenada de la noche anterior, sino con una sensación de paz y entendimiento. Mientras nos desprendíamos de la ropa, las miradas se encontraron con una mezcla de deseo y cariño. Cada caricia que deslizaba por la piel era como un mensaje silencioso que transmitía un cúmulo de emociones latentes. Los besos eran suaves y ardientes al mismo tiempo, en un baile sincronizado de labios y alientos entrelazados.

Nos movimos en sintonía, como dos instrumentos que se complementan a la perfección, buscando alcanzar el clímax mutuo que se avecinaba. Las respiraciones se sincronizaban en un

ritmo cadencioso que marcaba el compás del deseo compartido mientras nuestros cuerpos se enredaban en una pasión abrumadora.

El viaje a aquella ciudad había revelado no solo la historia de la familia de Alma y Siena, sino también partes de nosotros mismos que aún estaban por explorar. Cerré los ojos, dejándome llevar por el sueño, preguntándome cómo se desarrollaría esta complicada y enredada historia entre Alma, Siena y yo.

# 9. EL VECINO CON SU NUEVO COCHE

## *Carla*

Desde que mi vecino regresó de Siena, no habíamos vuelto a vernos. Decidí acercarme a saludarlo y, al mismo tiempo, despedirme de mi prima, que se marchaba a Roma.

—Óliver, cualquier duda o problema que surja con la casa, házmelo saber —le dijo Alma mientras guardaba en su bolso las gafas de sol y el móvil—. Aunque ya seas el nuevo propietario, no significa que no puedas preguntar. —Sonrió ante él con el bolso colgado del brazo.

—Lo tendré presente. No te preocupes —dijo Óliver con la mano en la nuca—. Te deseo mucha suerte en tu nuevo trabajo y en tu nueva ciudad. —Alzó los brazos y la estrechó con ternura.

Alma depositó un par de besos en sus mejillas y acarició de manera sutil su brazo.

Uy, uy, sus miradas parecían ocultar algo y la tensión subyacente no se podía pasar por alto. Sentí la necesidad de enterarme.

—Ven aquí, pequeña. —Alma tiró de mí para darme un cálido abrazo—. Puedes ir a visitarme cuando te apetezca.

—Te echaré de menos, prima. —Apoyé la cabeza en su pecho.

—Bueno, chicos, debo irme. —Agitó la mano con una leve sonrisa en su rostro—. *Ciao.* —Lanzó un beso al aire.

—En fin, ella empieza a trabajar y a mí me falta poco para empezar el instituto —rompí el silencio que se había instalado en el ambiente. Me acomodé en el sofá y crucé una pierna bajo mi trasero—. ¿Me lo explicas tú o te pregunto? —solté a bocajarro con una sonrisa ladeada.

—¿Quieres interrogarme? —me preguntó Óliver con una mirada pícara—. Adelante. —Con un gesto de manos me animó a hacerle preguntas.

—¿Te has liado con Alma? —disparé. Me enderecé para prestar atención a su respuesta—. No me lo puedes negar porque vuestra actitud ha sido diferente a las otras veces —añadí para que no se anduviera con rodeos.

—Sí. No te voy a mentir —titubeó mientras se revolvía en el asiento—. Alma es una mujer guapa y atractiva y pasó algo entre los dos. —Se pasó las manos por la cara, tomó aire e hizo un gesto amplio con las manos antes de reposarlas, una en el reposabrazos y la otra sobre su pierna —. No me mires así. Somos adultos, Carla.

—Sí, sí, lo sé, pero no pensaba que fueras tan claro al respecto.

Mis ojos debieron parecerse a los de un búho, amplios y redondos, parpadeando en la penumbra de la revelación. Mi mente iba a cien por hora. Había planeado acercarlo a mi hermana y pensé que ya no sería posible.

En mi rostro se reflejó un claro disgusto.

—Venga, ¿qué más quieres saber? —Extendió su brazo para sacarme de mis pensamientos. Supongo que notó mi cambio de actitud—. Te has quedado muy callada. —Trató de animarme con cosquillas y lo consiguió—. Menos mal. Creí que me había quedado sin mi compañera preferida.

—Tan solo no esperaba que hubiese ocurrido esto entre tú y ella.

—No hay ningún compromiso, Carla. Solo pasó. Ella se ha ido a Roma y yo estoy aquí. Somos amigos.

—Sí, pero con derecho a roce, ¿no? —Mi voz sonó un poco incómoda.

Óliver dejó escapar una risa y luego me hizo una señal para que lo siguiera.

—Pues como tu hermana con el chalado aquel —añadió, y cogió las llaves de un coche—. Vamos, quiero enseñarte algo.

La mención de mi hermana me molestó, aunque su relación con aquel tipo ya era historia. Siena me lo confirmó y aseguró después de lo que pasó la última vez.

—¿Y esa chatarra? ¿De dónde la has sacado? —Examiné el vehículo con desdén. Di una vuelta completa a su alrededor mientras expresaba mi sorpresa.

—Me lo regaló Alma. Es una reliquia. —El vecino miró la chapa del coche con un brillo en los ojos.

—¿Es *vintage*? —pregunté, encogiendo los hombros de una manera casual.

—Si suena mejor así… —contestó con una carcajada—. En realidad, pertenecía a tu tío, el padre de Alma. Tu padre fue quien lo reparó para dejarlo a punto.

—Vaya, no tenía ni idea. —Dejé de lado su comentario, emocionada por la imagen de dar un paseo—. ¿Por qué no damos una vuelta? —propuse, saltando de emoción.

Justo entonces, la voz de mi hermana resonó a lo lejos. Mis abuelos acababan de llegar y querían verme. No los veía desde hacía un mes, ya que tenían la costumbre de pasar tiempo en casa de la hermana de mi abuela, que vivía en Milán.

Dejé plantado a Óliver, suplicándole que esperara y prometiendo que volvería enseguida.

—Mi niña, ¡cómo has crecido! —Me rodearon y me apretujaron con efusión, algo que siempre me hacía sentir incómoda.

—Abuela, exageras un poco. —Sonreí mientras la abrazaba con cariño—. Voy a dar una vuelta con Óliver. Queremos probar su nuevo coche —le expliqué a Siena mientras me despedía de todos.

—¿Ese es el vecino? —intervino la abuela, quien ya sabía lo de la venta de la finca.

Óliver se acercó en ese instante y saludó con cortesía, lo que dejó a mi abuela perpleja por unos segundos, aunque no supe por qué. Eso era algo que descubriría más adelante.

Dimos una vuelta hasta Santa Lucía, pasando por Monte Oliveto, donde hicimos una parada porque Óliver notó la similitud entre el nombre del monasterio y el suyo propio. Conocía un poco la zona debido a una excursión que hice en el instituto. Se trataba de un monasterio que se alza en medio de un antiguo bosque y es conocido por su arquitectura renacentista. Tiene un claustro y una biblioteca vieja con un montón de manuscritos antiguos. Recuerdo que ese lugar olía todo a viejo…

—¡Qué vistas! —exclamó mi amigo mientras admiraba el entorno natural de viñedos y colinas. Por supuesto, yo ya estaba acostumbrada a ver tantos viñedos.

—Creo que hay un restaurante y un bar con una terraza allá. —Señalé hacia el edificio.

Nos distrajimos tanto en el camino que nos desviamos de la dirección que yo le había indicado y terminamos en una avenida bordeada de cipreses que nos llevó a una gran piscina de peces del siglo XVI.

—Quizás sería mejor que regresemos, ya está oscureciendo. No quiero preocupar a tu hermana.

Asentí y nos dirigimos hacia el coche.

—Me gusta, Oli —confesé mientras acariciaba el salpicadero. Él me miró con una sonrisa enigmática—. ¿No te gusta que te llamen así?

—Sí, claro, me gusta. Solo que me ha hecho recordar a mis amigos, a mi gente. Todos ellos me llaman Oli. —Se encogió de hombros y pude percibir un toque de nostalgia en su voz—. Pero fue mi propia decisión la de quedarme aquí, así que no hay nada de qué lamentarse. —Me guiñó un ojo.

Siena nos esperaba en el porche, sentada en la penumbra de la noche. Se levantó al oír el ruido del motor y se acercó a nosotros. Óliver quería dejarme en la puerta de nuestra finca antes de dirigirse por el camino de atrás que llevaba a la suya. Le explicamos a mi hermana donde habíamos estado y noté que trataba de ser amable con nuestro vecino.

—¿Quieres pasar y tomar algo? —Siena indicó la casa con un gesto de la mano, aunque no apartó la mirada de él—. ¿Una copa de vino o una cerveza? —preguntó con una tenue sonrisa.

—En otra ocasión, gracias. Es tarde y tengo que madrugar mañana. —Su voz no era del todo firme y sus manos se rozaban entre sí, como si no supiera dónde ponerlas.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotras? —intenté convencerlo.

—Mejor lo dejamos para mañana si a él le parece una buena idea.

Me sorprendió la propuesta de Siena. Oli asintió de inmediato y sentí que las esperanzas volvían a renacer en mí.

¿Podría ser el comienzo de algo más? La posibilidad de una cita me emocionó tanto que hasta me puse nerviosa.

# 10. LA CENA

## *Óliver*

Pasé la noche dando vueltas en la cama como un pollo en el asador. Jamás imaginé la posibilidad de tener una relación que me llevara a pedirle sal o café, el clásico tópico de vecino y vecina. Solo se trataba de una cena para tres personas, pero mis nervios estaban a flor de piel. Desde que la vi por primera vez, sus ojos me atraparon y estar cerca de ella ponía todos mis sentidos en alerta.

Aquella misma noche, recibí un mensaje de WhatsApp de Alma en el que me contaba que ya se había instalado y estaba ansiosa por comenzar a trabajar en las oficinas de la jefatura de policía de Roma, que estaban a un kilómetro de la Fontana di Trevi. Me alegré mucho por ella y le deseé suerte.

Preparé una tortilla de patatas con un poco de cebolla, un típico plato español, como muestra de agradecimiento por la invitación. Dudé si llevar una botella de vino tinto, de las que compré con Alma la última vez que estuvimos en San Gimignano, o si prescindir de ello. Estaba seguro de que Siena tendría su propia cosecha. Lo dejé preparado sobre la mesa de la cocina para llevarlo a la cena.

—¡Hey! ¿Cómo va esa nueva vida, tío? —Javi me sorprendió con una videollamada, la cual me alegró un montón—. No te habré pillado ocupado, ¿no? —preguntó a la vez que levantaba las cejas.

—Uy, ¡te has enamorado! No puedes negarlo, amigo, tus pupilas son corazones como en los dibujos animados —dijo una de las chicas, con tono burlón.

—¡Chicos, qué alegría veros! —exclamé—. Justo iba a tomarme un café recién hecho. —Mostré la taza y me acomodé en una silla en el jardín. Coloqué el móvil sobre la mesa mientras tomaba un sorbo del líquido marrón y charlaba con ellos.

Contesté a la pesada de mi amiga que aún no me había enamorado, aunque le aseguré que estaba en ello. Reí y puse al grupo al corriente de mi aventura con Alma, así como una breve mención sobre mi vecina, que todavía no podía profundizar.

—No veo muy claro lo que nos cuentas sobre Siena —rechistó una vez más Laura con una sonrisa enigmática y frunciendo el ceño—. ¿No estarás ocultando algo? Sabes que a estas alturas nos conocemos demasiado bien —añadió con un guiño.

—Chicos, os llamo en otro rato, creo que veo a Carla acercándose —intenté cambiar de tema, ya que no me apetecía hablar de eso—. Prometo llamaros mañana y contaros todos los detalles de la cena.

—Espera, espera, Oli —insistió Javi antes de que colgara—. Oye, tío, llama a tus padres. No les coges el teléfono y tu padre está que se sube por las paredes. Están en plena vendimia y…

—De acuerdo, Javi —lo interrumpí—. Los llamaré en cuanto pueda. No me apetece discutir con ellos ahora. —Suspiré, pasándome la mano por la cara—. Venga, chicos, cuidaos. Me alegro

mucho de veros las caras.

Nos despedimos con besos al aire y nostálgicas sonrisas. Todo iba bien hasta que mencionaron a mis padres. A pesar de estar a miles de kilómetros de distancia, seguían presionando cada vez que hablaba con ellos. Exigencias, subestimación y quejas. Siempre lo mismo. Finalmente, y por suerte, había encontrado una manera de librarme de su presión, pero, aun así, lograban afectarme.

Sacudí la cabeza para alejar aquel pensamiento y revisé mi viñedo. Necesitaba tomar medidas para revitalizarlo. Era crucial realizar una poda de rejuvenecimiento en las vides para que pudieran recuperarse, aunque eso significaba que tardarían de tres a cinco años en volver a producir racimos. Sin embargo, ese proceso era imprescindible para obtener resultados.

Di una vuelta para revisar y comprobar el estado de algunas cepas al azar. Mientras lo hacía, recordé las palabras de Alma durante nuestras negociaciones: «No habrá precio hasta que me asegure de que eres la persona adecuada para este sitio». Sonreí y pronuncié en voz alta:

—Sin duda, estas cepas no resucitarán en breve.

Había llegado el momento de llamar a uno de los viticultores de mi empresa o, mejor dicho, de la empresa de mi padre. Después de discutirlo con Jorge y obtener una serie de explicaciones y detalles, hice una lista de las cosas importantes que tendría que llevar a cabo con las vides. Eso incluía la poda adecuada, la aplicación de los fertilizantes precisos, asegurarse de que recibiesen la cantidad de agua necesaria, inspeccionarlas en busca de plagas y enfermedades y, en caso necesario, aplicar tratamientos fitosanitarios. Sin embargo, no podría comenzar hasta la llegada del próximo invierno, lo que me daría margen para estudiar todas las opciones antes de actuar.

De una forma u otra, las horas habían transcurrido más rápido de lo que pensaba. La tortilla estaba lista y tenía un aspecto delicioso. Me aseguré una vez más de que mi apariencia era presentable. Quizás me había excedido con el uso de la gomina, pero me gustó cómo quedó. Incluso diría que me veía bien. Cerré la puerta, inhalé hondo y solté el aire mientras realizaba algunos ejercicios de cuello para calmar los nervios. Decidí cruzar la finca, ya que aún no había oscurecido por completo y podía atravesarla sin dañar las vides.

Visualicé a las dos chicas bajo el amplio porche, sentadas junto a la mesa y ocupadas en sus asuntos. Carla me vio cuando estaba a punto de llegar, justo después de que crujieran un par de ramas que estaban esparcidas por el suelo.

—¡Hola, Óliver! —exclamó con una sonrisa radiante en su rostro, apartando la atención de la libreta que tenía delante—. ¿Qué llevas en el pelo? —Abrió los ojos al punto de salirse de sus órbitas.

Detuve mi avance para asegurarme de que no tenía algún tipo de insecto enredado en mi cabello.

—Es solo gomina —respondí después de comprobarlo por mí—. ¿No te gusta? —traté de averiguar con una sonrisa traviesa.

—Bueno, no te queda mal. —Subió y bajó los hombros—. Supongo que es porque ya eres guapo de por sí, ¿verdad, Siena? —preguntó a su hermana, que aún no me había visto.

—Un segundo —advirtió la mayor. Levantó una mano mientras con la otra escribía—. Deja que termine.

La observé mientras anotaba algo en un papel. Me fijé en el perfil de su rostro, que lucía una piel suave. Su pelo suelto cubría parte de él y su perfecto cuello estaba a la vista. Me quedé tan absorto en esa imagen que no noté cuándo ella se giró hacia mí.

—Hola, Óliver. —Dirigió sus ojos a mi cara perpleja y carraspeó para indicar que ya estaba lista—. Lo siento, estaba concentrada en los cálculos para la campaña de la vendimia. Pasa, no te quedes ahí de pie. —Señaló la silla junto a ella y extendió los brazos para coger el plato que sostenía.

—Os he preparado una tortilla española. A ver si os gusta.

—Seguro que sí. Gracias por el detalle —dijo con una atracción en su tono de voz, al menos, fue lo que percibí, aunque mantenía su seriedad—. ¿Qué me preguntabas antes, Carla?

—Sobre el peinado del vecino. —Elevó la barbilla hacia mí.

—Vaya, no me había fijado —admitió con una sonrisa que no supe cómo interpretar—. Te pareces a John Travolta —añadió en tono burlón, y Carla también rio.

Los tres nos echamos a reír. Siena tenía una expresión preciosa; era la primera vez que la veía carcajearse de manera tan abierta.

Pasamos dentro de la casa y exploré la estancia en la que me encontraba. A primera vista, el ambiente no parecía para nada acogedor. El espacio se dividía en dos áreas; una de ellas era la cocina que, por su aspecto, debía ser la original, aunque carecía del encanto de la cocina de mi nueva casa. La mesa estaba cubierta con un mantel amarillo con estampados de pequeñas regaderas, dejando al descubierto unas patas de madera desgastada. Me fijé en los vasos y cubiertos que reposaban encima de la mesa, también tenían un aire *vintage*.

—Perdona por el desorden —se disculpó Siena—. He cortado el pan y se me olvidó tirar las migajas.

Se agachó para arrojarlas al cubo de la basura que estaba dentro de un armario.

Disimulé y aparté la vista cuando comprobé que parte de su pecho quedaba descubierto a través del escote de su camiseta. Respiré hondo para recobrar la compostura y tragué saliva.

—No te preocupes, no es gran cosa. —Hice un aspaviento para restarle importancia.

—Subo a cambiarme. —Señaló hacia las escaleras—. Puedes sentarte —sugirió con una sonrisa amigable antes de mostrarme el sofá.

Asentí y me dirigí al tresillo. Incluso por su desgaste, los asientos eran cómodos, los respaldos te arropaban de una manera que era difícil desprenderte de él. Había marcas impregnadas, huellas de los habitantes que habían disfrutado de su comodidad a lo largo de los años, miembros de la familia de Siena.

—Oli, ¿te gusta esta canción? —Carla hojeó su libreta y luego empezó a cantar.

—No sabía que cantaras y lo hicieras tan bien —dije al escuchar su voz—. Es increíble, Carla. —Me acerqué a ella y coloqué las manos en sus hombros, mirándola fijamente—. Menudo potencial tienes.

Sonrió y sus ojos brillaron de emoción.

Justo apareció Siena en la sala; lucía un tejano ceñido y una camiseta blanca de tirantes. Su cabello oscuro estaba suelto a los cuatro vientos y no pude quedar más alelado de lo que estaba.

Se acercó a los dos con un estilo coqueto y, entonces, me di cuenta de que calzaba unas botas de tacón estilo campero. La imaginé cabalgando sobre un caballo y luego mi mente fue por libre.

—¿Qué estáis tramando los dos tan juntos? —Su pregunta me hizo volver al presente.

—Oh, de algo importante. Del talento que tiene tu hermana —respondí al mismo tiempo que metía las manos en los bolsillos traseros de mi pantalón.

—Vaya, así que la has escuchado cantar —comentó con halago hacia Carla—. No lo voy a negar, su voz es extraordinaria. —Abrazó a la rubia—. Podemos continuar charlando durante la cena.

Nos acercamos a la mesa y tomamos asiento. La jefa ordenó no intervenir mientras servía la cena. Así que me dediqué a observar cómo manejaba los platos.

—Bueno, ¡a comer!

La tortilla de patatas que había preparado se veía apetitosa en el plato y las chicas tomaron una porción.

—Mmm, ¡está buenísima, Oli! —exclamó Carla mientras la saboreaba con los ojos cerrados.

—La tortilla es un plato que triunfa en cualquier lugar de España —afirmé, y pinché un trozo con el tenedor.

Siena se unió a nosotros y probó un bocado. Su expresión reveló que también estaba impresionada.

Luego me decanté por probar la lasaña a la boloñesa que había preparado la anfitriona.

—Me encanta, está de muerte, Siena —admití después de saborear el primer bocado.

—Gracias. Es un plato clásico italiano que aprendí a cocinar junto a mi madre.

—Debió ser una gran cocinera.

Siena evitó seguir hablando sobre su madre y enseguida me ofreció un poco de ensalada caprese, que estaba increíble.

—Esta la he preparado yo —intervino Carla con orgullo—. ¿Está buena? —quiso saber después de llevarme a la boca un gajo de tomate con *mozzarella*.

Levanté el pulgar en señal de aprobación mientras engullía un trozo de queso con el frescor proporcionado por la albahaca.

—¿Tienes novia, Óliver? —preguntó Carla mientras apoyaba las manos en la mesa y esperaba una respuesta inmediata.

—En realidad no, Carla —respondí, y noté que mi respuesta no satisfacía su curiosidad.

Miré a Siena, quien sonreía ante las miradas intrigantes de su hermana.

—¡Perfecto! Mi hermana tampoco tiene pareja —dijo Carla con una risa juguetona.

Se produjo un silencio incómodo y lancé una mirada enigmática a Siena, quien la evitó.

Charlamos y compartimos risas mientras disfrutamos las delicias italianas caseras que ambas habían preparado, todo acompañado de sorbos de vino blanco de su propio viñedo. La conversación fluyó y abordamos diferentes temas, principalmente, de mi vida, ya que Siena evitaba hablar de su pasado. Esquivó el asunto de lo sucedido con su madre y no quise insistir. Cada vez que intentaba sacar el tema, percibía tensión en su rostro, así como impotencia y frialdad en su mirada. Fue una sensación extraña. También evitó cualquier comentario sobre

Stefano delante de Carla. Comprendí que ese hombre irritaba a las dos mujeres después de lo que pasó la última vez.

El esponjoso tiramisú, decorado con cacao en polvo y espolvoreado con virutas de chocolate, fue el broche final de la cena. Cada bocado era una mezcla perfecta de café, crema y el justo toque de dulzura, y estaba delicioso. Carla confesó haber participado en la receta junto a su hermana y ambas lograron un exquisito postre.

Poco a poco, la extrañeza inicial que sentí al estar cerca de Siena se disipó, reemplazada por una sensación de cercanía y comodidad. Por un instante, mi mente divagaba sobre cómo sería estar con ella. Sacudí ese pensamiento y volví a enfocarme en el presente.

Después de una velada agradable, me despedí de las chicas, pero la mayor de las dos insistió en acompañarme hasta la mitad del camino.

—Gracias por esta cena. Me he sentido muy a gusto con vosotras —le dije mientras bajábamos las escaleras del porche—. Supongo que esto marca un nuevo comienzo como vecinos —añadí, sonriendo.

Ella asintió, pero luego pareció dudar antes de hablar.

—Verás… Quería disculparme por lo qué pasó con Stefano cuando Carla estaba llorando.

—No hace falta, Siena. Ya está olvidado —le aseguré, mirando al suelo mientras caminábamos —. Pero me preocupa tener que hacer negocios con ese tipo. Si te soy sincero, no me cayó bien desde el primer día que lo vi.

—Eso no debería preocuparte. Conozco otras bodegas y puedo facilitarte los contactos —me dijo con la mano apoyada en mi brazo.

Una corriente eléctrica sacudió todo mi cuerpo y deseé besarla hasta saciarme, pero me contuve.

—¿De verdad? —pregunté más exaltado de lo normal—. Me has salvado, Siena —anuncié, choqué las manos con un sonido estruendoso y las junté en posición de rezo, agradecido por su sugerencia.

—Sí. Yo también voy a cambiar de bodega. No quiero ninguna relación más con él —confesó, mirándome.

Nuestros ojos se encontraron bajo la luz resplandeciente de la luna y, durante un momento, nos quedamos en silencio, atrapados en un hechizo compartido hasta que ella rompió el encanto.

—Buenas noches, Óliver. Encantada de tenerte como vecino. —Me tendió la mano y sonrió. Una sonrisa que cegó mi campo de visión.

No sabía a dónde nos llevaría esa nueva amistad de vecinos, pero yo deseaba más y estaba ansioso por descubrirlo.

# 11. MIS IMPRESIONES DURANTE LA CENA

*Carla*

Esa noche, pensé en organizar algo especial solo para Siena y Óliver. Pero decidí no anticiparme, aunque quería ver a mi hermana con alguien. No pude evitar imaginar cómo sería verlos juntos.

Antes de dormirme, acurrucada en mi cama, reflexioné sobre las conversaciones en la mesa. Analicé las miradas, las palabras y las sonrisas. Medité en los gestos de cada uno cuando tocaron temas más profundos, como la pregunta que le hice de si tenía novia. Aunque ellos intentaron disimularlo, percibí tensión en el ambiente, pero era evidente la presencia de unas chispas sutiles flotando entre los dos.

Sí, ¡estaban saltando chispas!

Me incorporé en la cama, me senté en posición de indio y me pregunté en voz alta:

—¡Mierda! ¿Qué pasa si aparece Alma?

Oli me comentó que lo que pasó entre ambos no significó nada, pero desconocía los sentimientos de mi prima al respecto y eso me creó inseguridad. Trataría de averiguarlo por mi cuenta. No deseaba que Alma fuese un problema. No había espacio para ella en la vida de mi vecino. Aunque reconocía que ella era más abierta y cariñosa que mi hermana, que era todo lo contrario.

Pensé otra vez en la idea de si entre Sienta y Óliver podría existir algo más que una simple amistad. Era demasiado pronto para saberlo con certeza, pero me emocionaba con tal solo pensarlo. ¿Habría la opción de que existiese?

Sin embargo, unos meses después, cuando casi todo iba encauzando, descubrí lo que jamás habría imaginado.

# 12. RECOLECTA DE UVAS BAJO LA LLUVIA

*Óliver*

El sol de finales de agosto arrojaba destellos dorados sobre las cepas de mi vecina, pintando las hojas de colores cálidos y llenos de vida. Inhalé el aire fresco mientras me relajaba en la mesa de mi jardín, deleitándome con un café humeante. Mi tranquilidad se vio interrumpida por un suave murmullo de voces que llegaba desde el viñedo. Intrigado, dejé mi taza y decidí investigar.

Me acerqué con cautela a la escena y allí estaba Siena, acompañada por un grupo de recolectores, inmersa en la tarea de cosechar los últimos racimos. Observé su destreza y profesionalidad mientras se movía entre las hileras de viñas y cómo sus manos expertas acariciaban las uvas maduras antes de cortarlas. Sus dedos hábiles se deslizaban entre las hojas con una gracia natural. Aunque no nos conocíamos mucho, noté como ella empezaba a abrirse poco a poco, lo cual me intrigaba aún más. En ese momento, recordé que la cosecha también se estaba llevando a cabo en mi tierra natal, Logroño, pero no sentí nostalgia. Estaba completamente involucrado en aquel lugar y en aquella nueva compañía.

A medida que avanzaba, la vi tomar una uva y llevarla a sus labios. Cerró los ojos por un instante mientras saboreaba su dulzura. Un pequeño suspiro de placer escapó de su boca. Cuando abrió los ojos, yo estaba delante de ella, contemplándola ensimismado y con unas ganas retenidas de ser yo quien la llenara de placer.

—¿Puedo ayudar? —pregunté, rompiendo el silencio. Noté que mi voz se quedó atrapada en mi garganta por un segundo.

Me miró de arriba abajo y evaluó mi atuendo, que, admito, no era el más apropiado para el trabajo en el campo.

—Claro, toda ayuda es bienvenida.

—Parece que la cosecha será buena este año —comenté mientras cortaba con cuidado un racimo de uvas maduras.

Siena asintió, concentrada en la labor frente a ella.

—Sí, las condiciones han sido favorables —respondió.

Trabajamos lado a lado, ambos enfocados en la recolecta. Aunque no hablábamos, sentí una conexión especial entre nosotros, una mezcla de atracción y misterio que flotaba en el aire.

Nuestros brazos se rozaron en un par de ocasiones y una corriente eléctrica recorrió mi piel, como si el simple contacto hubiera encendido una chispa que conectaba nuestros sentidos de manera inesperada.

Las horas pasaron y la vendimia avanzó en perfecta armonía. Una brisa fresca acarició nuestras caras mientras cortábamos con cuidado los racimos y los dejábamos en los cestos. Había algo tranquilizador en el ritmo constante de la cosecha, parecía existir un vínculo único con la tierra y la naturaleza que nos rodeaba. Sin embargo, la calma se desvaneció cuando el cielo comenzó a oscurecerse y los truenos distantes advirtieron el cambio en el clima.

—Parece que se avecina una tormenta —dijo Siena a la vez que levantaba la vista hacia las nubes grises que se amontonaban en el horizonte.

—Tenemos que apurarnos antes de que llegue la lluvia —advertí, acelerando el ritmo de trabajo.

En cuestión de minutos, las primeras gotas cayeron, salpicándonos a todos. Levanté la vista para sentir el agua fresca en mi piel y, en ese instante, nuestras miradas se cruzaron y una sonrisa cómplice desencadenó la risa.

—¡Mierda! —exclamó Siena, sacudiéndose las gotas del chaparrón de su cuerpo y de la curva de su escote.

Sonreí ante su exclamación mientras la tormenta se intensificaba, transformándose en un aguacero que nos empapó por completo. Aun así, no nos detuvimos, continuamos recogiendo las uvas a toda velocidad sin evitar que el diluvio cayera sobre nosotros.

—¡Nunca imaginé que terminaría haciendo esto bajo la lluvia! —declaró con una risa liberadora mientras deshacía la goma elástica que sujetaba su cola. Las gotas de agua se desprendieron de su oscura melena empapada y formaron pequeñas joyas líquidas que bailaban en el aire antes de caer al suelo.

—A veces, las sorpresas son las mejores partes de la vida —respondí, esbozando una sonrisa traviesa mientras luchaba contra la imagen que intentaba apoderarse de mi mente.

—¡Esto es una locura! —gritó Siena, mezclándose su voz con el sonido de la lluvia.

—Sí, pero es una locura divertida.

Encontré su mirada y sentí como la conexión entre nosotros se fortalecía con cada instante compartido.

Llenamos los cestos como pudimos para protegernos del agua. Estábamos empapados y la atracción que sentía por ella se intensificó todavía más. Fui consciente de cómo la tensión crecía entre ambos. La tentación era abrumadora y me repetí a mí mismo que debía mantener cierta distancia. Menos mal que el frescor del agua nubló mis pensamientos y me impidió ceder por completo a mis deseos.

—Creo que hemos terminado por hoy —anuncié con voz entrecortada, y traté de disimular la turbulencia que bullía en mi interior.

Los trabajadores se quejaron por el diluvio, interrumpiendo nuestro tenso momento, y Siena reconoció que tenían razón.

—Marchaos. Yo me encargaré de esto, no os preocupéis —ordenó con un gesto de que se retiraran—. Gracias por hoy. —Se volvió hacia mí y abrió los brazos de extremo a extremo—. Nunca había disfrutado tanto bajo la lluvia. Ha sido una experiencia inolvidable, sin duda alguna.

Sus labios se curvaron de satisfacción y yo contuve el impulso de besarlos.

Acabábamos de quedarnos solos en medio de un viñedo, empapados de pies a cabeza tras una lluvia repentina, absortos en nuestra propia realidad, hasta que el estruendo de un trueno nos devolvió al presente. Reímos al unísono y nos dirigimos hacia su casa, como dos niños que juegan sin preocupaciones. La lluvia fue un regalo inesperado y, aunque no tanto por las uvas, desveló un aspecto de Siena que mi curiosidad anhelaba explorar.

Esperé bajo el porche de su casa a que amainara la lluvia antes de dirigirme a la mía.

—No te quedes ahí, pasa dentro —dijo, y abrió la puerta de su hogar.

Entré tras ella y el contraste de temperatura que nos recibió fue reconfortante. Nuestras ropas mojadas quedaron pegadas al cuerpo como una segunda piel, incómodas pero agradables al mismo tiempo. Disfruté de las vistas que me ofrecía su cuerpo lleno de curvas. Nos quedamos frente a la puerta con nuestras respiraciones aún agitadas después del recorrido bajo la lluvia. Siena se mordió el labio inferior antes de mirarme con sus ojos pardos, y noté como mi estómago se contraía. Di un paso hacia ella; unos pocos centímetros nos separaban. Las cabezas chorreaban y las gotas de agua se deslizaban por nuestros rostros, recorriendo su camino hasta perderlas de vista. Observé cómo caían por su escote y dejaban una huella húmeda en su piel. Extendí el brazo para acariciar su mejilla y noté que fijó la vista en el movimiento de la nuez de mi garganta. La atraje hacia mí, sintiendo como nuestros pechos subían y bajaban a un ritmo rápido, y no pude resistirme más. Nuestras miradas estaban llenas de deseo. Fue un beso intenso y ardiente.

—No creo que debamos hacer esto, Óliver —dijo Siena con la voz entrecortada, separándose de mí a la vez que apartaba mi brazo de su cintura.

—¿Acaso está Carla en casa? —Ella negó con la cabeza—. Entonces —volví a dar un paso hacia ella—, no hay nada de qué preocuparnos —susurré mientras deslizaba la mano por su nuca —. Somos adultos, Siena.

Mi voz sonaba más ronca de lo normal y la besé de nuevo. Allí de pie, entre besos y caricias, fuimos quitándonos la ropa y saboreé su piel con delicadeza. Desabroché el sostén con suavidad, aunque lo habría arrancado de un tirón, pero me controlé. Sus impresionantes pechos superaron mis expectativas, nada que ver con mi imaginación. Me perdí en ellos. Lamí cada parte de esa delicia, que la hacía más irresistible en cada gemido que ella dejaba ir. Cuando me di cuenta, fue Siena la que tomó el control y me vi acorralado entre el sofá y la pared. En cuestión de segundos, me tiró en el sofá y se montó encima de mí. El vaivén de sus caderas y la manera de tocarme alteró mis pulsaciones y, cuando estaba a punto de estallar, sus gritos se mezclaron con los míos. Se dejó caer exhausta contra mi cuerpo mientras yo acariciaba su espalda. Apenas habían pasado unos pocos segundos cuando se alejó de mi cuerpo y comenzó a vestirse.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunté, dudoso, y me incorporé para sentarme y esperar su respuesta.

—Será mejor que te vistas. Carla no tardará en llegar —contestó sin apenas mirarme, concentrada en abrocharse el pantalón.

—Está bien. —Me apresuré a recoger mi ropa. Luego, cogí su mano—. No pienses que lo que acaba de pasar va a interferir en nuestra relación diaria. Me encantaría conocerte mejor, Siena, saber más de ti. —Percibí tensión en sus ojos.

—Lo que acaba de pasar fue un deseo momentáneo que podría repetirse, pero nada más.

Hubo unos segundos de silencio y cuando me preparé para irme, ella se acercó.

—Óliver, no me malinterpretes. Ha estado bien, pero no quiero complicaciones.

Mis pasos resonaron en el suelo de mi casa mientras subía las escaleras hacia mi habitación. La lluvia había dado una tregua, pero en mi mente seguía cayendo, recordando cada instante de lo que acababa de pasar.

Me recosté en la cama y miré el techo con una mezcla de incredulidad y deseo. ¿Qué había sucedido? Fue un torbellino de pasión desenfrenada, una chispa que encendió un fuego que ni Siena ni yo habíamos previsto.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que me percaté de que era media tarde cuando mi estómago me recordó que había pasado horas sin ingerir nada. Sin ganas de cocinar, preparé un bocadillo y me acomodé en el sofá mientras buscaba algún entretenimiento en la televisión. Que todos los canales fueran en italiano fue un desafío, pero al final encontré una película que ya había visto antes y decidí dejarla. Aunque aquello no hizo que mi mente se quedara en la película, sino que viajara a otra trama. Una en la que aparecíamos Siena y yo.

El vibrar del teléfono me devolvió a la realidad. Era un mensaje de Alma para preguntarme cómo estaba e informarme de que en un par de días vendría a visitarme, ya que, por motivos de trabajo, la habían enviado a la ciudad vecina, a Siena, con un compañero.

La noticia me molestó más de lo que esperaba. Estar junto a Alma no era mi prioridad. No tenía intención de contarle lo que había pasado con su prima, pero temía que cualquier indicio de nuestra aventura pudiera llegar a ella y provocar que se alejara de mí. Estaba seguro de que, para Alma, lo que ocurrió entre nosotros significaba mucho más de lo que había sido para mí. ¿Cómo podría manejar la situación sin herir sus sentimientos?

Decidí salir a tomar un poco de aire fresco. El cielo seguía nublado y el olor a tierra mojada parecía reflejar mi estado de ánimo. Sabía que Alma me atraía, pero con Siena era diferente. Cada vez que la veía, mi corazón latía con una intensidad que no podía ignorar.

Solo quise comprar un viñedo con una única intención: alejarme de mis padres y demostrar que podía emprender mi propio camino, pero ya me había liado con la dueña y con la vecina.

La vida a veces tiene otros planes para nosotros y, para mí, estaba claro que los tenía. A pesar de todo, sabía que mi tiempo en aquel tranquilo rincón de la Toscana sería mucho más complicado de lo que había imaginado.

# 13. EL RASTRO DE LA LLUVIA

## *Carla*

Volví a casa un día más tarde de lo previsto. La lluvia incesante del día anterior impidió que mi padre cogiese el coche para llevarme. Todavía persistía la tierra húmeda, que considero uno de los placeres de la vida. Para mí, es una fuente inagotable de inspiración, despierta mi creatividad y me lleva a componer nuevas canciones, en busca de la melodía perfecta para cada una.

A pesar de ser las once de la mañana, no había señales de Siena y decidí buscarla por el viñedo. Ya no se veían racimos colgando; solo quedaban algunas uvas aplastadas en el suelo.

—¡Ey, estás aquí! —La encontré cerrando la puerta del pequeño almacén—. Papá y yo te estábamos buscando. —Señalé detrás de mí.

—Te esperaba ayer, pero con la lluvia supuse que se complicaría —dijo mientras caminábamos hacia casa.

—Hola, hija. —Mi padre la saludó con un par de besos—. Veo que has dado fin a la vendimia por este año. —Echó un vistazo a nuestro maravilloso campo repleto de cepas.

—Sí, por fin —exhaló, satisfecha—. En poco tiempo tocará la segunda parte —subió y bajó los hombros—, pero ya no será tan buena. ¿Quieres tomar algo, papá? —le preguntó, acariciándole la espalda.

Mi padre tenía una cita con un proveedor de recambios para automóviles y no podía quedarse mucho tiempo, así que nos despedimos de él y acordamos que me recogería el viernes por la tarde.

Siena me miró con cara de duda, tratando de entender por qué quería irme el viernes cuando aún faltaba para que empezara el instituto a mediados de mes. Estaba un poco nostálgica al pensar en que pronto empezarían las clases, así que quería aprovechar el tiempo con mis amigos antes de comenzar el curso. Suspiré y jugueteé con un mechón de mi cabello mientras trataba de encontrar una forma sencilla de explicar mis razones.

—A ver, ¿hay algo que debas contarme?

Cruzó los brazos sobre su pecho, ladeó la cabeza y dejó caer el peso sobre una pierna. Noté que mi rostro se tiñó de rojo. Rara vez me sonrojaba, pero en esa ocasión no pude evitarlo.

—Vaya, parece que hay algo que no sé —concluyó, entrecerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior.

—Sí —murmuré, y carraspeé.

Siena me instó a continuar, así que le expliqué que había llegado un chico nuevo a nuestro grupo y comenzaría el curso con nosotros.

Ella quería saber por qué se mudó a Italia y todo lo que hiciera referencia a él. Nos sentamos bajo el porche con una limonada recién hecha y continué contándole.

Por la forma en que mi hermana me miró, supe que percibió algo más. Sí, desde el primer día que me lo presentaron, me gustó. Sentí un pinchazo en el corazón. Desconocía ese sentimiento

de amor porque nunca me había pasado antes con ningún otro chico. Él era guapo, con su cabello rubio y sus ojos azules, que destacaban sobre su piel blanca, lo hacía más simpático de lo que era. Congeniamos desde el principio.

—Es muy joven para mudarse aquí solo. ¿No estará tratando de escapar de algo malo? —preguntó, dudando sobre la idea—. Habría sido más fácil ir a Milán, a Roma o a cualquier otra ciudad italiana mucho más grande, no a Siena.

—Ya te he explicado que está viviendo en casa de unos amigos de sus padres. Cortó con su novia, que era su amiga desde siempre, y necesitaba un cambio radical porque estuvo a punto de caer en una depresión.

Siena asintió no muy convencida y continué explicándole cómo fue la semana y de cómo Paolo no me quitaba el ojo de encima, pero tuve la sensación de que se había desconectado de la conversación. Parecía distraída.

—Por eso quiero irme antes con papá, para conocernos un poco más y ponerlo al día de las clases, así empezará con buen pie. ¿Me estás escuchando? —Me planté delante de ella, esperando su afirmación.

—¿Eh? Sí, sí, claro, te escucho, Carla —respondió, y sacudió la cabeza.

—¿Te pasa algo? —pregunté al notar su expresión ausente.

Se levantó y entró en la casa sin prestarme atención y yo, como una sombra, la seguí para averiguar el motivo de su comportamiento.

—¿Vas a contármelo o no? —inquirí con tono autoritario, lo que la sorprendió—. ¿No habrás vuelto a…? —Antes de que pudiera terminar mi pregunta, su mano cubrió mi boca.

—No he vuelto con Stefano si es lo que quieres saber —confirmó, molesta—. Pero ayer Óliver estuvo en el viñedo, ayudando con la recolecta, y me sentí… de maravilla —añadió con los ojos brillantes. Un rayo de esperanza surgió en mi interior—. Me hizo reír, Carla —confesó mientras su boca se ensanchaba y sus cejas se elevaban.

Me acerqué a ella y le cogí las manos. La miré aliviada y sonriendo. Sentí que el plan para unirlos estaba en marcha. No pude evitar emocionarme y dar saltitos de alegría. Al principio, Siena se mostró tímida, pero pronto nos sumergimos en carcajadas conjuntas.

—Óliver parece un buen hombre, Siena. Y creo que se fijó en ti desde el primer momento. —Le guiñé un ojo.

—Sí, reconozco que es guapo y atractivo, pero tengo miedo de volver a sentirlo y perderlo todo —confesó, desviando la mirada hacia otro punto de la estancia—. No estoy preparada para ataduras —añadió segundos después.

Recordé el anterior novio de Siena, quien desapareció poco después de la muerte de mamá. Aunque sabía que ella no buscaba ninguna relación seria en aquel entonces, no pude evitar soñar con la idea de que las cosas fueran más allá y que la felicidad regresara a su vida. Me los imaginaba compartiendo sus vidas y eso me llenó de emoción.

—Cuéntame más —le rogué, ansiosa—. ¿Os besasteis? —pregunté, inquieta.

—Pero, Carla… —Siena se ruborizó y mi curiosidad se disparó. Moví las cejas un par de veces, alentando a continuar—. Sí. Fue perfecto. Estábamos empapados por la lluvia y nos

quedamos bajo el porche. La situación se volvió intensa y nos besamos. Fue un impulso de deseo y…

—Vale, vale, déjalo, ya tengo suficiente.

Cubrí mis oídos con las manos, sintiéndome un poco avergonzada de escuchar más detalles. Ella se echó a reír y sacudió la cabeza con incredulidad. Pensé que Óliver era el milagro que necesitaba para volver a ser la Siena de antes, de la que yo no podía recordar por lo pequeña que era, pero que tanto papá como los abuelos sí; decían que siempre había sido una chica radiante y abierta con todo el mundo. Antes de que muriese mamá. No obstante, conmigo era diferente al resto de la gente.

—Pues eso es lo que pasó —suspiró, y dejó caer los hombros.

Debía respetar su decisión y no presionarla, pero el simple hecho de verla sonreír de nuevo, como acababa de hacerlo, fue suficiente para darme esperanza de que sintiera más por él.

—Así que quieres adelantar tu marcha con papá para estar con Pedro, ¿no? —preguntó para cambiar de tema.

—Se llama Paolo, hermanita —remarqué su nombre—. Sí, me gusta ese chico —anuncié convencida, cerrando los ojos.

Conociendo a Siena, sabía que se preocuparía por mí, como siempre, pero le prometí que la mantendría informada cada noche. Esa vez, me sentí tranquila porque mis intuiciones me decían que nuestro vecino cuidaría de ella y no la dejaría sola.

—¿Cuándo dejarás que me quede con una joya de mamá? Dijiste que la elegiríamos y aún sigo sin nada. Quiero un recuerdo de ella. —Asintió sin contestar.

# 14. LA VISITA DE ALMA

## *Óliver*

Después de las visitas a varias bodegas y de recopilar mucha información, quise repasar todos los puntos con cautela. Preparé un cuaderno, un bolígrafo y tomé asiento frente a la mesa, acompañado de un café recién hecho y unos *muffins* que compré el día de antes de camino a casa. Aún no habían aparecido los primeros rayos de sol, pero ese silencio a primera hora de la mañana era una agradable sensación. Me encontraba concentrado en mi libreta cuando el saludo de Alma me desconcentró.

—¡Ya estoy aquí!

—¡Qué sorpresa! No te esperaba hasta mañana.

—Tenía ganas de verte y contarte lo feliz que estoy con mi nuevo trabajo. —Apartó la silla para tomar asiento y observó los papeles esparcidos por encima de la mesa—. Veo que estás liado con tantos números.

La invité a un café y me puso al día sobre su reciente empleo en Roma. Se la veía entusiasmada, y me explicó con detalle algunos casos que le habían asignado. Entre charla y risas no dejaba de rozar mi rodilla y en uno de sus gestos la esquivé sin darme cuenta. Lo que pasó pasó. Fue bonito, pero no sentí los relámpagos en el estómago que me provocaba la presencia de Siena ni se aceleraron las pulsaciones del corazón cuando la tuve entre mis brazos. No, no era lo mismo. Me había enamorado y no fui consciente hasta entonces. Al cabo de unos segundos, Siena se acercó a mi viñedo. Me saludó incómoda y yo levanté despacio la barbilla y mis labios trazaron una pequeña curva. Sin embargo, su actitud volvió a ser la misma que al principio de conocerla. Seca como siempre. Solo se dignó a levantar la mano y seguir su camino. No dejé de mirarla hasta que su silueta desapareció entre las vides. ¿Estaba celosa?

—¿No vas a decirme qué pasa entre tú y ella? —preguntó Alma con una mirada chispeante—. Ya sé que no es asunto mío, pero, chico, no pasa desapercibida tu actitud. —Se reclinó hacia el asiento y cruzó los brazos sin apartar la vista de mí.

—Verás. —Tosí para aclararme la voz.

Me pasé la mano por la cabeza y seguí frotándome los dedos. Tenía que decírselo con tacto, no quería hacerle daño.

—Mejor no sigas, no quiero saber detalles. —Levantó las manos para detenerme y giró la cara hacia un lado—. La conozco muy bien; aunque mantengamos la justa relación, sigue siendo mi prima y sé que esa es la vida que ha elegido. No quiere ataduras. Además, la muerte de su madre la marcó mucho.

—¿Y eso conlleva a que no pueda cambiar de vida? —le pregunté con un tono serio—. Es joven, se merece algo más aparte de ser una esclava del trabajo. —Señalé el viñedo.

—No se trata de eso, Óliver. Tú no lo entiendes. Hay cosas que no sabes y no vienen al caso. Esta es su vida y los hombres son una distracción momentánea. ¿O es que no lo ves? No eres el

único que se acuesta con ella. Son muchos los que pasan por aquí. Cuando necesita sexo, ya tiene a quién llamar. —Hizo un gesto de asco—. Ella lo deja claro: «solo sexo». —Dibujó las comillas con los dedos y lo remarcó con el tono de voz.

Cruzó la pierna y se irguió, desviando la mirada hacia el suelo. Yo sabía que no era como me lo estaba contando.

—Creo que te equivocas —contesté—. Quizás haya tenido algo con Stefano, pero no he visto ningún hombre más por aquí —me atreví a confirmar.

—No estés tan seguro, Óliver —replicó con un mohín.

—Escucha, Alma, sabes muy bien que lo que pasó entre nosotros no significó nada serio. Tan solo surgió —dije con sinceridad tras su actitud.

Alma suspiró y asintió. Se quedó en silencio unos segundos y luego cambió de tema.

—Bueno, Óliver, cuéntame sobre el viñedo. —Cruzó los brazos sobre su pecho a la espera de que le explicase la situación—. Veo que te has interesado en otras bodegas.

Visualicé desde una distancia prudente a la señora mayor del otro día, la abuela de Siena y Carla. Estaba dentro de la finca de ellas y parecía observar con detenimiento a Alma, pero ella no se dio cuenta.

—¿Conoces a la abuela de tus primas? —le pregunté sin apartar la mirada de la mujer—. Está allí mirándonos, no sé qué querrá. —Me encogí de hombros—. Voy a preguntarle.

—No, espera —me ordenó a la vez que me detenía con su mano sobre mi brazo—. También es mi abuela, Óliver.

Ella fijó la vista en la figura de la señora unos segundos y luego la bajó. Un par de lágrimas resbalaron por su mejilla mientras su respiración se aceleraba.

—¿Estás bien, Alma? —Levanté su rostro con delicadeza y su mirada me transmitió dolor y añoranza. Lo comprendí. Se trataba de los patriarcas Tarugi, los padres de su progenitor.

Quiso comprobar si su abuela aún estaba cerca, pero ya había desaparecido de nuestra vista. Alma se puso de pie y se encaminó hacia el interior de la casa. Se dejó caer en el sofá mientras yo me sentaba en una silla frente a ella. Me incliné hacia adelante, con los brazos descansando sobre mis piernas, y esperé a que hablara sin que yo tuviera que preguntar primero.

—Mis abuelos se opusieron a la relación de mis padres —se sinceró mientras jugueteaba con los flecos del cojín con una mano y la otra reposaba sobre el apoyabrazos—. Decían que mi madre lo haría sufrir y que se volvería a España, rompiéndole el corazón en dos. Era una mujer exuberante y guapísima, una modelo —sonrió—, y eso no encajaba mucho en la vida de mi padre, y menos en la de mis abuelos, sobre todo, en la de mi abuela. Mi madre vino a rodar un anuncio publicitario a Siena. Estuvo un par de semanas y fue entonces cuando surgió el amor.

—¿Cómo se conocieron? —Esbocé una sonrisa.

—Papá era comercial de vinos, incluyendo el Tarugi, y ese día visitó el restaurante donde estaba mamá con su equipo. Por lo que me solían contar, el traje le sentaba como un guante a mi padre y estaba muy atractivo. Palabras textuales de mi madre —remarcó con un tono de voz más sonoro, alzó las manos y abrió los ojos más de lo normal—, y así fue cómo Cupido con sus flechas alcanzó sus corazones.

—Ese vino, Tarugi, ¿ya no existe? —pregunté, arqueando las cejas. Ella negó con la cabeza.

—Después del accidente, mi abuelo se desprendió de todo. No quiso saber nada de los viñedos y mucho menos del vino. Entonces fue cuando mi tía decidió hacerse cargo de este viñedo, pero sin la etiqueta Tarugi en las botellas.

Me mantuve en silencio tras su confesión y esperé a que Alma continuara con la historia.

—Nunca tuve una relación estrecha con mis abuelos. Desde que nací hasta la muerte de mis padres, los veía en pocas ocasiones. Eran más bien un par de extraños para mí. A pesar de todo el contexto, hoy en día, sigo sin comprender por qué esa señora odiaba tanto a su nuera.

Hizo el gesto de marcharse y, aunque quise invitarla a comer, se disculpó por no aceptar. Su compañero estaba a punto de llegar y debían volver juntos para preparar la reunión de la tarde.

—Quiero que sepas que siempre serás bienvenida a visitarme —le dije, y sostuve sus manos con firmeza mientras nuestros ojos se mantenían conectados—. Y el próximo mes, quiero pagarte la compra de la finca.

Los ojos de Alma se llenaron de lágrimas.

—No, Oli —respondió, tragando saliva con dificultad—. Si no te importa, me gustaría esperar un poco. No me urge el dinero, pero tú asegúrate de que realmente lo quieres, y yo, mientras tanto, sigo…

—¿Estás segura de querer venderla, Alma? —pregunté, dudoso.

—Sí, perdona, es que me he dejado atrapar por la nostalgia. Son tantos recuerdos… Pero hace tiempo que tomé esa decisión, así que sigue en pie. Cuando vuelva, negociaremos el precio.

—Está bien, si es lo que quieres, esperaré. Cuídate.

Nos despedimos con un cálido abrazo.

Llamé a casa, consciente de que no había hablado con ellos en semanas y que había ignorado todas sus llamadas.

—Mamá, ¿por qué eres tú quien contesta al teléfono de papá?

—¡Hijo! Tu padre está en la sala de reuniones con los de Burdeos y se ha olvidado el móvil en su despacho. ¿Cómo estás? —Su voz calmó el nudo en mi estómago. Al menos, había una tregua antes de enfrentarme a mi padre—. ¿Cuándo piensas volver? —preguntó, impaciente.

—No tengo planes de volver por ahora, mamá. Ya sabes que tengo un viñedo aquí, en Italia, y hay trabajo por hacer. Creo que te gustaría el paisaje. Las vistas desde mi casa son impresionantes —compartí, y le transmití la emoción que sentía al estar allí—. Venid a visitarme cuando termine la vendimia.

Hubo un silencio y dudé de si la llamada se había cortado.

—Aquí hay mucho trabajo, Oli, y tu padre te necesita, aunque no lo creas.

—Vamos, mamá, nunca he sido indispensable, y lo sabes —respondí con sarcasmo después de su comentario.

¿De verdad era necesario fingir tanta hipocresía?

—¡Óliver! —exclamó mi padre al apoderarse de su móvil—. ¿En qué rayos estás pensando? ¿Acaso no sabes el trabajo que tenemos aquí?, y tú comportándote como un niñato.

—¿Ahora captas por qué no llamo y evito tus llamadas? —pregunté sin alterarme, no valía la pena—. Estoy de maravilla, papá, en un viñedo en plena Toscana. ¿No te parece un sueño?

—lancé el anzuelo para molestarlo aún más.

—¿Dónde estás exactamente? ¿Qué viñedo te ha llevado a esa locura, hijo? —Parecía más relajado. Me acomodé en el sofá intuyendo que la conversación se prolongaría un poco más de lo que pensaba.

—A las afueras de San Gimignano. ¿Te suena? —vacilé—. No sé cómo se llama con exactitud, pero pertenece a la familia Tarugi —añadí para darle más información.

A través del altavoz, percibí que su respiración se había acelerado y, de repente, escuché cerrar una puerta.

—Papá, ¿ocurre algo? —Me enderecé para prestar más atención—. ¿No dices nada? —insistí.

—Perdona, estoy en mi despacho buscando un expediente para la reunión mientras tu madre está con los franceses en la otra habitación. —Su voz sonaba agitada.

—Si lo prefieres, te llamo más tarde, cuando estés en casa más tranquilo —sugerí.

—No, tengo un par de minutos. Cuéntame, ¿cómo es esa familia? ¿Son de fiar?

Por unos segundos, dudé de si era mi padre el que mantenía una conversación conmigo o si estaba poseído. El cambio fue tan abrupto que hasta me asusté.

—Te noto extraño, papá. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? —respondió con una repetición de síes y proseguí—. ¡Claro que son de fiar! Alma es encantadora, y hemos hecho un trato por el viñedo.

La curiosidad de mi progenitor aumentó de forma considerable. Sus preguntas se multiplicaron. No sabía qué buscaba o qué pretendía, pero la conversación tomó un giro que me dejó inquieto.

—A ver, papá, los señores Tarugi son mayores. Solo he visto al señor una vez y a su mujer, un par de veces. Andarán alrededor de los ochenta años. Parecen personas respetuosas y con clase.

—Quizás los haya visto en alguna feria del vino por Italia. Coincidía con mucha gente en esos eventos —aclaró mi padre—. ¿Tiene hijos esa familia? —preguntó para tratar de averiguar más.

—Papá, ¿no te interesa saber cómo es la finca que he comprado? —pregunté, mosqueado por la falta de interés que mostraba en mi compra después de maldecirme a cada llamada—. Y no, no tienen hijos. Tuvieron sí, pero murieron.

—¿Murieron? Trato de recordar y creo que tenían una hija.

—Sí, Gretta y otro hijo, pero fallecieron hace años —le aclaré, algo frustrado porque no hacía caso a lo que intentaba explicarle.

—Gretta… —susurró con un tono nostálgico—. Hijo, tengo que colgar, hay gente esperándome.

—¡Pero, papá, espera, no cuelgues!

¿Qué diablos había pasado en aquella maldita llamada? Parecía haberle impactado más la historia de los propietarios que la de su propio hijo.

—¡Maldito seas, papá! Siempre pasando de mí —exclamé, malhumorado.

Lancé el móvil hacia el otro extremo del sofá. Me pasé la mano por la cabeza y anduve de un lado a otro del salón, soltando una retahíla de palabrotas.

# 15. MI ALEGRE LLAMADA

## *Carla*

—¡Hola, Siena! ¿Cómo va todo por la finca?

—Hola, Carla. Todo tranquilo, ya sabes, el mismo paisaje de siempre —respondió mi hermana con un tono apagado.

—Pero ¿estás bien? Suenas como si hubiera pasado algo.

La oí suspirar antes de decir nada. Me contó cómo pilló a Óliver y Alma sentados juntos bajo la parra y que aquello la hizo sentir incómoda.

—¿Estuvo aquí la prima? ¿Cómo le va por Roma? —Me alegró saber de ella y no pude contenerlo—. Alma es solo una amiga, hermanita. —Solté una risa por el auricular.

El tema se ponía interesante y quería averiguar más sobre el efecto que empezaba a causar el vecino en Siena.

—¿Por qué te afecta verlo con la prima si no te interesa? —interrogué con doble intención.

—Porque… Porque no quiero que Alma se aproveche de él, y después de lo nuestro el otro día… Óliver me atrae, Carla, mucho, pero no quiero cruzar el límite, aunque esto no signifique que me moleste verlo distraído con otra mujer.

Cerré los ojos y presioné los labios a la vez que levantaba el brazo con el puño en alto. No grité para no asustarla, pero una emoción me invadió al saber que, por fin, a mi hermana empezaban a fluirle los sentimientos que guardaba bajo su coraza.

Aproveché el buen ambiente para comentarle que había compuesto una nueva canción y que me había apuntado al evento musical del instituto dentro de dos semanas.

—¿De verdad? Eso suena interesante, Carla —dijo, entusiasmada.

—Sí. Cantaré con un grupo de músicos que también son nuevos en esto. Estamos ensayando a fondo estos días para que todo salga perfecto. ¡Será genial! —expliqué, ilusionada.

—Me alegra escuchar eso, hermanita. Seguro que dejarás a todos alucinados con tu voz.

—Desearía que vinieras a verme el día de la actuación, Siena —susurré un puchero, esperando convencerla.

—Lo intentaré.

Sabía que mis llamadas alegraban su mundo tranquilo a pesar de tener un vecino en la finca colindante. La vida en la casa y el viñedo era solitaria, especialmente, sin mí viviendo con ella. Me sentó mal que no preguntara por Paolo, el chico que estaba conociendo. Cada vez me gustaba más y las ganas de pasar tiempo juntos aumentaban. ¡Qué vergüenza cuando me confesó que yo le atraía mucho! En aquel instante, noté que mis mejillas se asemejaban a la tonalidad de mi pintalabios. Solo pude contestarle que yo sentía lo mismo. Su entonación entre polaco e italiano me encantaba; su acento nativo siempre se delataba y eso me hacía reír. Sin embargo, era reacio a compartir detalles conmigo sobre su vida en Polonia. Claro que nos estábamos conociendo, pero yo le contaba muchas cosas sobre mí. Quizás soy más extrovertida de lo normal y, a veces,

hablo más de lo debido. No quise comentarle a Siena ese último detalle; a ella no le cuadraría y la preocuparía demasiado.

Tras colgar la llamada con mi hermana, me dirigí a la cocina a preparar algo de cena, ya que mi padre estaba en un congreso que duraría tres días y yo tenía que apañármelas sola. Mientras pensaba en una receta rápida que cocinar, decidí marcar el número de Oli y despejar las dudas que rondaban a Siena.

—¡Hola, Óliver! Soy Carla, tu vecina preferida, o quizás la segunda —dije a la vez que esbozaba una risa—. ¿Cómo va todo por tu nueva finca? —pregunté con mi tono amistoso característico.

—¡Hey, Carla! Qué sorpresa. Por aquí bien y tú, ¿qué tal el instituto? Cuéntame —respondió, interesado por saber de mí.

Le conté que cantaría en el evento musical y se alegró por la iniciativa. A medida que charlábamos, la conversación fluyó de manera natural. Él me explicó que contactaría con una nueva bodega y empezaría a tratar las vides. Le había puesto empeño en resucitar a esos arbolitos.

—¿Cómo está Alma? —pregunté de forma sutil—. Me comentó mi hermana que fue a visitarte hoy —indagué, curiosa.

—Sí, estuvo aquí. Por cierto, me dijo que estaba en Siena por un trabajo, igual la ves porque creo que se aloja en su casa, eso sí, con un compañero.

—¿Es más guapo que tú?

Fui consciente de que mi pregunta tenía doble sentido e intuí una sonrisa burlona en él.

—Pues no lo sé, no he tenido la oportunidad de conocerlo. Alma pasó a verme porque estaba cerca y aprovechó para saludarme. Así que no, si lo que pretendes saber es si pasó algo entre ella y yo, te aseguro que no —confesó—. Solo nos hemos puesto al día, nada más.

Sus palabras me aliviaron y continuamos charlando entre risas y confidencias dejando atrás lo de Alma. Estuvimos un buen rato enganchados al teléfono.

# 16. CONFESIONES JUNTO A LA PARRA

## *Óliver*

Habían transcurrido diez días desde mi último encuentro con Siena. Cada vez que intentaba acercarme, ella me evitaba y sus saludos se redujeron a un ligero movimiento de cabeza. No sabía a qué se debía ese cambio de actitud, pero estaba claro que lo que ocurrió aquel día de lluvia había influido en su comportamiento o, al menos, eso deduje yo. Ocupé mi tiempo en seleccionar los productos y al proveedor para la cura de mis hijos vegetales, y elegí la bodega con quien llevaría a cabo la producción del vino, aunque eso quedara un poco lejos.

Aquella mañana, absorto en mis pensamientos, salí de casa decidido a despejar la mente. Opté por cambiar mi ruta habitual y explorar un sendero adyacente a mi finca que conducía a un terreno desconocido. El sol de septiembre se filtraba entre las nubes y ofrecía una luz tenue pero sugerente. Arbustos y malas hierbas dificultaban el paso, pero continué avanzando, esquivándolos. Para mi sorpresa, me encontré con un nuevo campo; una extensión del campo de Siena. Parecía un viñedo, pero ¿por qué no lo había visto antes? ¿Qué lo diferenciaba del otro? A simple vista, las cepas eran iguales, sin embargo, no lucían el mismo cuidado y trato que las demás. Caminé entre ellas, examinándolas de cerca, y cuando levanté la vista para cambiar de rumbo, la vi. Estaba recostada entre dos parras con una copa de vino en la mano y un plato de queso a su lado. Su presencia era hipnótica, ajena a mi llegada. La observé, deleitándome en la imagen que formaba entre las vides. Se la veía relajada y, por su postura, deduje que su mirada se perdía en el horizonte. Justo cuando saboreaba el vino, la saludé.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó, sobresaltada.

Se relamió los labios, apartó la mirada y dejó la copa a un lado.

—¿Vino tinto? —inquirí, observándola desde arriba—. No sabía que también cultivas uva negra.

Exploré el entorno.

—Más bien es un experimento, nada importante —dijo con desdén.

Se llevó un trozo de queso a la boca y volvió a fijar la vista en un punto indeterminado. Me acuclillé frente a ella e intenté no incomodarla. Quería saber qué estaba pasando entre nosotros.

—Tengo tiempo para escucharte —afirmé con una risa tonta—. ¿Qué ocurre, Siena? Después de lo que pasó, pensé… En fin, me molesta esta distancia entre los dos.

—Lo que pasó fue un error, nada más —dijo con frialdad, como el aire que soplaba entre las vides—. Mi vida es complicada —confesó, y me miró directa a los ojos.

Cambié de posición y me senté a su lado. Nuestros brazos se rozaron sin que ninguno de los dos se apartara. La observé de reojo, pero ella seguía mirando al frente.

—Solo quiero ser tu amigo —murmuré.

—Óliver, yo no tengo amigos y no creo que pueda tenerlos. Me gusta estar sola. Sé cuidar de mí misma y no necesito que nadie lo haga por mí.

En ese momento, Siena mostró algo de su vulnerabilidad. Sus emociones eran como un muro, difíciles de descifrar. Se levantó y sacudió la tierra de sus pantalones, parte de la cual cayó sobre mis piernas. Justo cuando se disponía a irse, la sujeté del brazo.

Nuestros ojos se encontraron con intensidad. El tiempo pareció detenerse mientras decidía si dejarla ir o seguir sintiendo su peso sobre mí. Con mi brazo alrededor de su espalda, evité que se cayera al suelo. Su boca quedó entreabierta y sentí una necesidad inmensa de besarla, pero me contuve. No podía hacerlo. Nos reincorporamos, tratando de superar la situación.

—Cuando hablé con mi padre el otro día, mencionó que conoció a la familia Tarugi —intenté cambiar de tema.

—Vaya, qué coincidencia, el padre y ahora el hijo. ¿No te habrá enviado él para comprar el viñedo? —comentó Siena con una mirada escéptica.

Alcé las cejas, sorprendido por su insinuación.

—Pero ¿qué dices? Nada de esto estaba previsto. Solo tenían que ser unas vacaciones con mis amigos recorriendo la Toscana, pero sucedió así, sin planificarlo.

Traté de desviar la conversación para restarle importancia a su comentario. Así que insistí de nuevo sobre el vino que bebía, buscando una oportunidad para acercarme a ella.

—Es un proyecto personal: uva negra, una elaboración propia —contestó.

Sus ojos brillaron y me sentí aún más cautivado. Siena guardaba muchos secretos que deseaba descubrir.

—Eso sí que es una fantástica noticia.

De un brinco me puse a su lado, esperando que me explicase más sobre su proyecto.

—Ven, sígueme, al menos, nos refugiamos de este maldito viento que ha llegado sin avisar.

Me hizo un gesto con la mano y nos encaminamos hacia un almacén-bodega, un lugar lleno de recuerdos truncados que los había hecho solo suyos. Cerró la puerta tras de mí y, al encender las luces, descubrí un santuario secreto. Un pequeño sótano, su mágico escondite, impregnado por el aroma a vino.

—Es la primera vez que muestro esto a alguien —dijo, despertando aún más mi curiosidad—. Empezó con mi madre, era nuestro proyecto. Queríamos, algún día, producir nuestro propio vino tinto, una marca de las dos. Solo faltaba ponerle nombre porque la ilusión y el amor ya lo teníamos.

Su voz dulce y melancólica resonó en el espacio. Una lágrima se deslizó por su mejilla, revelando una fragilidad que no esperaba. Acerqué mi pulgar para frenarla y sostuve su cara en mi mano. Nos miramos en silencio, creando un ambiente íntimo en un lugar inapropiado, pero el deseo resurgió entre ambos. Las palabras se volvieron innecesarias. Siena retrocedió un paso, pero la presencia de la barrica se lo impidió y yo aproveché para acercarme un poco más a ella. No, no la besé. Por respeto, por ganarme su confianza. Me aparté y ella respiró hondo.

—No sabía que tenías esta pasión —disimulé.

Me ofreció una copa de vino tinto y, en la penumbra, nos sentamos en unos taburetes de madera apilados en una esquina oculta. Continuamos conversando. Con una chispa de confianza, hasta que propuso volver a donde estábamos antes.

—Tu madre y tú estabais muy unidas, ¿verdad?

No contestó de inmediato. Cerró con cuidado el almacén y emprendimos el camino de vuelta, pero esa vez me invitó a sentarme a su lado en el mismo lugar de antes. Llenó las dos copas que había traído junto con la botella y me ofreció un trozo de queso. Observé su boca mientras masticaba y lo acompañaba con un trago de su cosecha.

—Recuerdo que cada mes de septiembre, mi madre y yo íbamos a la fiesta del vino Chianti, en la hermosa ciudad de Greve. Eran los mejores días, solo nosotras, divirtiéndonos y, por supuesto, aprendiendo a distinguir sabores y texturas. La echo tanto de menos…

Sus ojos se humedecieron y su voz se volvió más suave. Se estaba abriendo ante mí, dejando de lado su coraza. ¿Era esa la verdadera Siena? ¿Cómo podía tener dos personalidades? Fría y arisca; calmada y sentimental. Totalmente contradictoria. Pero me gustaba la nueva versión de ella.

Notando la emoción en su voz y queriendo cambiar de tema, formulé una pregunta para llenar el espacio que ocupábamos los dos:

—¿Nunca tuviste novio?

—Sí, lo tuve. Pero eso ya es historia, Óliver. No fue fácil continuar después de perder a mi madre.

Así que volví a redirigir la conversación y decidí compartir mis propios recuerdos, aunque no fueran tan reconfortantes como los suyos.

—Mi padre solía viajar cada año a Verona, a la Feria Vinitaly, la mayor del mundo. Prefería ir solo, argumentaba que para hacer negocios no podía ir acompañado, y menos con un joven como yo. —Noté que buscaba una explicación en mis palabras, así que continué—. Cuando regresaba, traía consigo regalos para mí, pensando que así me conformaría y olvidaría no haberme llevado con él.

—Pero ¿cuántos años tenías? —preguntó con énfasis.

—Dieciséis, dieciocho. No lo recuerdo con precisión. Acostumbraban a ser cosas como un móvil nuevo o un portátil de última generación. —Sus ojos parecían sorprendidos—. Así era mi padre. —Encogí los hombros y di un sorbo al caldo exquisito—. Estoy seguro de que lo compraba en los aeropuertos; dudo que tuviera tiempo para ir de tiendas. —Sonreí entre dientes.

—Recuerdo que mi familia también solía ir a esa feria —comentó con una leve sonrisa—. ¿Tu madre no lo acompañaba nunca? —preguntó, curiosa.

—Cuando yo aún no había nacido, eran inseparables. Después, con mi excusa, dejó de ir a las ferias. Al principio no decía nada, pero con el tiempo fue quejándose, se enfadaba, se peleaban… Un día, creo que yo tenía unos veinte años —me enderecé porque un clic encendió la luz en mi cabeza—, él dejó de venir a Italia. Mi madre se lo prohibió. Creo y pienso que fue por un desliz de él, aunque ella se lo perdonó. Desde entonces, todo ha sido diferente en casa; el ambiente no es el mismo.

—Por lo que me cuentas, también has pasado por mucho.

Se acercó a mí y extendió su mano hasta la mía. Su contacto generó un hormigueo en mi piel, como una chispa eléctrica que provoca la corriente. Hasta que mi sexto sentido se activó y el deseo de besarla aumentó. Era como si una fuerza magnética me atrajera hacia ella, como si hubiera otra presencia invisible que impulsaba ese deseo.

—Hablando de tu madre y de mi padre, quizás debieran coincidir en algún evento, ¿no crees?

—No lo dudo. Mi madre conocía a muchísima gente de todos lados y, en cada celebración, sumaba nuevos conocidos. Era una mujer excepcional, amiga de todo el mundo, y su carácter… —Hubo un silencio—. En más de una ocasión la envidié por su forma de ser: tan maravillosa. Ojalá me pareciera a ella —susurró con un tono melancólico.

Nuestras miradas se conectaron y en la suya leí la petición de desnudarla. La mía aceptó el deseo sin palabras. Aprovechando que su mano descansaba sobre la mía, deslicé mis dedos por su brazo para familiarizarme con el cálido contacto de su piel. Fue ella quien se inclinó sobre mi cuello, permitiendo que su boca rodase por él. La agarré por la cintura, quitándole la camiseta con rapidez. Su sujetador blanco resaltaba el escote de sus senos y lo retiré con ansias. ¡Qué maravilla! Anhelaba acariciarlos, apretarlos, saborear sus pezones ardientes y desesperados por la caricia de mi lengua.

Siena presionó mi cabeza contra su pecho y su mano guio la mía hacia su intimidad. Desabroché su pantalón y me adentré, acariciando con fervor su clítoris. Sentí como sus gemidos se intensificaban con cada roce y sus labios entreabiertos imploraban que los besara. No pude resistirme más y la penetré con ímpetu. Ella cabalgó sobre mí, el vaivén de sus caderas me enloqueció y exploté, como lo hace la uva cuando la muerdes, mezclando su jugo en las glándulas salivares y saboreando su dulzor.

—Me desconciertas, Óliver —dijo con la voz agitada y una media sonrisa—. El mejor sexo que he tenido ha sido contigo. —Se levantó y se vistió, esa vez sin prisas.

¿Le gustaba lo que la hacía sentir? Yo aún me estaba recomponiendo.

Exhausto, desahogado, renovado. Hacer el amor con ella era el mejor chute de adrenalina, llenándome de vitalidad y dejando una sensación inexplicable.

La luz del sol que se filtraba entre las hojas de las vides nos recordó el paso del tiempo. El aire, antes lleno de susurros apasionados, había conseguido una serenidad que contrastaba con la efusión anterior. Me sentía satisfecho, pero también intrigado por la complejidad de lo que acabábamos de vivir.

—¿En qué te confundo, Siena?

Ella se detuvo con el jersey entre las manos y sus pupilas se encontraron con las mías, que reflejaban una amalgama de emociones. Un abanico de sentimientos que aún no estaba seguro de comprender por completo.

—No es confusión, Óliver. Es algo más complicado. Pero me gusta —susurró, compartiendo sus pensamientos como un secreto preciado.

Me levanté y me acerqué a ella. Nuestra conexión era inevitable. La besé y ella respondió con la misma intensidad. Supe que era todo lo que deseaba.

# 17. EL COLGANTE DE MI MADRE

## *Carla*

Aquella tarde de mediados de octubre, el instituto palpitaba con energía. El olor a nervios y expectación flotaba en el aire mientras nos preparábamos para subir al escenario. Mis compañeros músicos y yo compartimos miradas de complicidad y sonrisas histéricas. Era el día de la actuación, la oportunidad de mostrar lo que habíamos estado preparando con tanto esmero.

Localicé a mi hermana y a mi vecino entre la multitud. Sus rostros se iluminaron cuando me vieron y esa sola conexión visual me dio la fuerza necesaria para afrontar lo que estaba a punto de suceder. La música comenzó a fluir y nos sumergimos en nuestra interpretación.

Las notas resonaron y mi voz se mezcló con las melodías. Fue cuando sentí la magia del momento. Me dejé llevar por la energía del público. Volví a mirar hacia donde estaban Siena y Óliver y noté que estaban absortos en la actuación. En sus ojos percibí orgullo y admiración, y eso elevó mi confianza. Dejé que la emoción fluyera a través de cada palabra que cantaba, y lo conseguí. Vibré como el parpadeo de la estrella que emerge cada noche en un manto negro, la luz que solo ella puede proyectar; mi madre, que brilla desde algún lugar más allá de las estrellas.

Al finalizar, las voces resonaron en el auditorio. Una mezcla de alivio y euforia se apoderó de mí. Salimos del escenario entre aplausos y vítores. Mi familia se acercó con sonrisas radiantes y sentí una oleada de felicidad al abrazarlos.

—¡Carla, ha sido increíble! —exclamó Siena.

—¡Has estado maravillosa, vecina!

—Oye, ¿aquel es Paolo, el chico del que me hablaste? —interrogó mi hermana con voz baja, y yo asentí.

—Debe gustarte mucho para ruborizarte tanto —dijo Óliver en tono burlón.

Moví la cabeza varias veces para no hacerles caso y me dirigí hacia él, pero me dio tiempo de escuchar como Siena le susurraba al vecino que no le transmitía buena vibra.

Esa noche dormí como un bebé. Floté en una nube gracias a la adrenalina de la tarde anterior. Fue un éxito total. Las felicitaciones seguían resonando en mi mente y hasta me dieron una tarjeta que, por los nervios, no pude leer en aquel instante, pero, al hacerlo por la mañana, me dejó abrumada. Antes de salir corriendo en busca de mi hermana, que ya estaba explorando los rincones de la finca, decidí disfrutar de las vistas de mi habitación. Mi hogar, con sus pequeños inquilinos que compartían el terreno, quienes nos regalaban los mejores racimos de la zona para obtener un vino blanco excelente. Bueno, eso decían, porque a esa edad aún no la había probado.

Al bajar a la cocina, el delicioso aroma de la comida despertó mi apetito. Siena estaba preparando la mejor pasta que jamás había probado. ¡Dios! Eran ya las doce; el sueño me había mantenido atrapada hasta el mediodía.

Antes de salir en su búsqueda, me detuve a contemplar lo bonita y lo bien cuidada que resplandecía la casa. El estilo toscano estaba en cada detalle: la piedra que formaba las paredes,

las enredaderas que se entrelazaban y camuflaban los rosales, aunque se veían fuertes y listos para florecer de nuevo a su debido tiempo, y las puertas con porticones de madera que hablaban de un rústico encanto único. Al menos, así lo percibía. La gravilla que cubría el camino de la casa estaba en su lugar, sin que una sola piedra se asomara de los límites marcados por troncos de madera que limitaban hasta la hierba.

Pasaba mucho tiempo en la casa de mi padre, donde me quedaba para poder ir al instituto y pasar los fines de semana con mis amigas. Por eso, al estar tantos días fuera de mi hogar, aprecié lo que me transmitía estar en él. Quería llevarme ese sentimiento conmigo y recordar la maravillosa estampa que me ofrecía.

—¡Siena! —grité al verla entre las hileras de uvas—. Tienes que leer esto —le extendí la cartulina con el nombre y el número de teléfono que me habían dado—. Estoy temblando de emoción.

Ella lo tomó con curiosidad y sus ojos se abrieron como platos.

—¡Carla! Este es el contacto de un productor musical —exclamó.

Se alegró, pero también se inquietó.

—¿Podré grabar un disco? Me dijo que lo llamara, ahora que lo recuerdo —dije mientras ya me imaginaba cantando mis canciones en diferentes escenarios—. ¿Crees que será verdad?

—No te precipites, hermanita. Es una oportunidad increíble, pero hay que ser prudente —me aconsejó con calma—. Llamaremos juntas y pediremos toda la información, ¿vale?

Guardó la tarjeta con cuidado en el bolsillo trasero de su pantalón, me pasó el brazo por los hombros y, mientras caminábamos por el viñedo, como tantas otras veces, me habló de Paolo.

—¿Qué tal va lo tuyo con él? —preguntó con interés—. ¿Estás enamorada de ese chico?

No esperaba que me lo preguntara, pero no se anduvo con rodeos y fue directa.

—Creo que sí —admití—. Pero ¿cómo se sabe seguro si lo estás?

—Bueno, no soy la persona más experta en eso, Carla —reconoció con un tono triste—. Pero, según lo que me contaba mamá, es algo que se siente: estás feliz cuando estás con él, te parece el mejor del mundo, te pones nerviosa cuando lo ves, y muchas cosas más.

—¿Y tú sientes todo eso por Óliver? —le pregunté con picardía—. Ayer os vi muy cómodos juntos.

—¡Qué va, no seas tonta! Aunque es verdad que me gusta estar con él. Pero dejemos de hablar de mí. —Hizo un ademán para restar importancia—. El tema eres tú y ese chico. Carla, no sé, pero hay algo en él que no me acaba de convencer…

—Eso es porque no has tenido la oportunidad de conocerlo, Siena —la interrumpí, defendiéndolo—. Un día lo invitaré aquí, para que vea nuestra casa y nuestro viñedo. Así podrás charlar con él y ver lo bueno que es. Le fascinará este lugar, porque nunca ha visto nada igual.

—Vale, que venga un fin de semana —aceptó mi hermana, aunque no parecía muy convencida —. Pero asegúrate de conocerlo bien antes de…

—Siena, solo somos amigos —sonreí ilusionada—, y aunque me atraiga, no significa que vayamos a ser pareja oficial.

—Bueno, solo amigos.

Me miró y meneó la cabeza con una sonrisa cómplice.

En toda aquella mañana no hubo rastro del vecino, así que decidí visitarlo después de comer.

—¡Oliii! —grité mientras me acercaba a su casa—. ¿Estás por ahí?

Llamé a la puerta y esperé.

—Hola, Carla, ¿qué te cuentas? —preguntó, somnoliento y con aspecto de espanto—. He pillado un resfriado que no me aclaro.

—Por eso no hemos sabido nada de ti en todo el día.

Asintió y se dejó caer en el sofá. Echó la cabeza atrás y se llevó una mano a la frente.

—Creo que tengo fiebre —resopló, fastidiado.

—Por tu estado, diría que es grave —dije, mostrando una sonrisa.

Oli levantó una ceja y curvó los labios.

—No sabía que te preocuparas tanto por mí.

—¡Oh, claro que sí! —exageré, gesticulando con los brazos—. Si te mueres, nos vamos a quedar sin vecino.

Ambos reímos, y luego él añadió:

—Por cierto, ayer estuviste increíble, lo sabes, ¿verdad? —Me sonrojé.

—Ojalá fuera así —suspiré, anhelante, y le expliqué lo de la discográfica.

—¡Esto sí que es un notición! —exclamó, reincorporándose—. ¡Vas a triunfar, estoy seguro! —Sus palabras me halagaron—. Oye, Carla, gracias por venir. La verdad, necesitaba algo de distracción y un poco de compañía.

Después de un buen rato charlando, no quise incordiar más su espacio y lo dejé descansando. Le ofrecí mi ayuda para cualquier cosa y que llamara a mi hermana si necesitaba algún medicamento, pero supo apañárselas.

Pasé la tarde junto a Siena, acomodadas en el acogedor sillón y compartiendo historias y risas sobre mamá. Yo, ávida de una conexión tangible con su recuerdo, expresé mi deseo:

—Quiero una joya suya, Siena. Te lo dije la última vez y no me hiciste caso. Una pieza que pueda llevar conmigo y sentir su cercanía.

Mi hermana asintió, prometiendo buscarla, pero percibí en su gesto una sombra de reticencia. Pretendía tenerlo todo guardado y bajo su control.

Entrada la noche, me despedí con la excusa de estar cansada y querer meterme en mi cama antes de regresar con mi padre. Aproveché que Siena se sumergió en una película.

Sigilosa, me deslicé hacia el cuarto de mamá. Olía a limpio. Siena debía haber limpiado la habitación y, aunque ya nadie durmiese en su cama, solía cambiar las sábanas y dejarlo todo ordenado. Yo la ayudaba con las tareas de casa cuando podía, pero solo ella quería encargarse de esa habitación. Mejor para mí, una cosa menos que hacer.

El joyero estaba metido en el cajón, donde siempre. Era pequeño, pero allí solía guardar su tesoro, eso era lo que decía mi hermana. Nada destacaba entre las joyas; ninguna llamó mi atención. Seguí buscando hasta dar con un antiguo cofre de madera, escondido en otro de los cajones de la cómoda, que hasta entonces no se habían abierto. Al menos, es lo que yo pensé.

—¡Guau! —exclamé con un suspiro ahogado.

Mi corazón se aceleró al sostener entre mis dedos un delicado colgante en forma de corazón. Su brillo era tan intenso que casi eclipsaba las estrellas del cielo nocturno. Era como si la joya hubiera esperado con paciencia a ser descubierta en el tiempo adecuado.

«¿Por qué no lo he visto antes?», me pregunté mientras daba vueltas al colgante entre mis manos. Me acosté y seguí mirándolo, alucinada con su esplendor. Traté de imaginar a mamá con aquel collar, así que cogí su foto, rodeé el marco con la cadena y alineé el brillante a la altura de su cuello. Qué guapa debía estar con esa joya sobre su piel bronceada. Me quedé así un buen rato, pero antes de dormirme, dejé el retrato y el colgante en la mesita de noche. Me pregunté por qué Siena no lo llevaba puesto, yo no me lo habría pensado dos veces. Después de darle unas vueltas a esa pregunta, me quedé dormida.

—¡Oh, hermanita! Cuánto echaré de menos esos deliciosos aromas de tus comidas.

Me acerqué a ella por detrás y le di un abrazo.

—Y yo a ti, peque.

Revolvió mi pelo de forma cariñosa, aunque odiaba ese gesto.

—Lamento no quedarme a comer. Papá va a venir a buscarme en un par de horas.

—¿Y eso? Creía que te recogería por la tarde —dijo, disgustada.

Encogí los hombros y tomé un par de bollos que estaban guardados en el armario secreto. Ese armario mágico donde suelen guardarse los dulces, las galletas, los bizcochos, etc. El estante que existe en todas las cocinas de las casas. Así lo conozco yo por mis amigas.

Me apoyé en la encimera, contemplando cómo removía la cazuela de barro mientras degustaba el panecillo esponjoso.

—¿Qué llevas en el cuello, Carla? —preguntó de repente, elevando el tono de voz con los ojos más abiertos que de costumbre.

—Es una joya de mamá —susurré, asustada, a la vez que tragaba el trozo de bollo.

—Quítatelo ahora mismo —ordenó, tensa e inmóvil.

—¿Por qué? Te dije que quería algo suyo.

—No hagas que te lo arranque yo, Carla.

Siena estaba exaltada, blanca como una hoja de papel. Me asusté. Nunca la había visto en aquel estado. Alargué los brazos hasta el cuello para deshacerme del colgante. No quería que mi hermana padeciera un ataque al corazón.

—Buenos días, chicas, os traigo… —La voz alegre de nuestro vecino cesó en cuanto vio la escena—. Mejor me paso en otro rato —anunció, incómodo por la situación.

—Espera, Oli —pedí, acercándome a él.

—Carla, dame el collar. Lo guardaré donde estaba —requirió mi hermana sin opción.

Una vez más, sentí que me volvía a quedar sin ningún recuerdo de mi madre. Pero la intervención de Óliver no dejó espacio para la queja.

—Parece una pieza muy valiosa. —Buscó el permiso de Siena con su mirada para apreciarla.

Lo tomó en su mano y con el índice de la otra acarició el perfil del corazón. Parecía inmerso en pensamientos que fui incapaz de entender. De repente, su expresión cambió y sus ojos se posaron en nosotras, alternando la mirada en ambas.

—Mi madre tiene uno igual —confirmó—. Se lo regaló mi padre en uno de sus aniversarios, aunque hace años que no lo lleva consigo; antes no se lo quitaba para nada. Deduzco que se lo compró aquí, en Italia, porque juraría que son idénticos —añadió con un toque de nostalgia.

Siena tomó de nuevo el colgante con los ojos resplandecientes. Sin embargo, no sabía cómo describirlos, ya que no era tristeza lo que reflejaban.

—Será mejor que te vayas, Óliver —declaró Siena, firme y tajante.

¿Por qué de repente Siena adoptó un comportamiento tan severo y echó a Óliver de casa?

# 18. DÁNDOLE VUELTAS

## *Óliver*

—¡Ey, colega! —Javi, con una expresión alegre, me saludó desde la otra parte de la pantalla—. ¿Qué tal tu vida rural? —preguntó, chasqueando la lengua.

—Pues… —giré la cabeza de un lado a otro—, de maravilla.

Le di la vuelta al móvil para que pudiera ver mi finca y parte de la colindante.

—¿Todavía sin cosecha?

Me molestó la entonación que empleó para formular la cuestión. Él sabía tan bien como yo que no era fácil empezar desde cero. Tenía que tratar las vides, y eso no sería hasta partir de noviembre.

—Está todo en marcha para que el año que viene broten de nuevo. Ya verás cómo abundará la cosecha —afirmé, convencido—. ¿Cómo están las chicas?

Las llamó para que se acercaran.

—¡Oli! Te veo bien —comentó Claudia, a la vez que me mostraba las bolsas de compra—. Modelitos para el otoño —dijo, y sonrió moviendo los envoltorios.

—Venga, aparta —interrumpió la voz de Laura—. Estás guapísimo, Oli, ¿no será que ha florecido el amor entre viñedos? —Pestañeó varias veces seguidas a modo de Betty Boo.

—Yo también me alegro de verte, Laura. —Corté la tontería que me transmitía a través de la cámara sin dejar de reír—. Estoy bien, chicas. Llevo una vida más tranquila y, sí, me gusta la vecina.

—Ya decía yo. ¡A ver cuándo nos la presentas! —exclamó la tercera, que no vino al viaje. Me lanzó un par de besos y las tres volvieron a sus quehaceres.

—¿No me digas que haces de taxista otra vez? —me burlé de mi amigo porque era digno de verse—. Eres un calzonazos, tío.

—Qué quieres que haga. —Encogió los hombros—. Así es el amor. Ya me contarás lo que haces tú por ella.

—Laura te tiene bien atado, aunque sois tal para cual —sonreí—. No, Javi, no hay nada entre la vecina, no, por ahora. —Guiñé un ojo.

Hubo un silencio que después rompió la voz de mi amigo.

—Oye, Óliver, te deseo lo mejor, lo sabes, pero ¿qué vas a hacer ahí durante tanto tiempo? ¿Por qué no te vienes y pasas unos días con nosotros? Te echo de menos, tío.

—Joder, Javi, no te pongas sentimental ahora. Intentaré ir por Navidad.

—¿Seguro que anda todo bien por allí? ¿Has hablado más con tus padres?

Asentí y le dije que las cosas se estaban encauzando.

—Me alegro de saber de vosotros. Cuidaos y hablamos pronto. *Ciao.*

—Por cierto, tu lengua italiana va cogiendo forma —bromeó de manera indirecta.

Me despedí de él y, tras colgar, caminé un rato por mi terreno, dándole vueltas a la escena del otro día: la del collar y por qué Siena, después de que yo lo observase, lo cogió de malas maneras.

Consideré la idea de llamar a casa. La última vez que lo hice, noté un ligero cambio en la voz de mi padre. Tras revelar el nombre de los propietarios del viñedo que compré, percibí algo diferente en él.

—Hola, mamá —contesté, después de que pronunciara un «Óliver» a secas—. ¿Qué tal marcha todo por allí?

—Bien, hijo. Tu padre no está en casa ahora mismo —dijo sin venir a cuento.

—Mamá, aquel collar que te regaló papá en forma de un corazón brillante, ¿te lo trajo de alguno de los viajes que hizo a Italia?

—¿A qué viene esa pregunta? —Su tono de voz sonó ofensivo—. Yo… yo no me acuerdo muy bien. No sé a qué viene eso ahora.

—Por nada, solo que vi uno muy parecido en un escaparate y me acordé del tuyo. Por cierto, hace tiempo que no te lo veo puesto. —Estaba obsesionado con la idea de descubrir algo, pero no sabía qué buscaba.

—Perdí una piedrecita y la guardé, pero no entiendo por qué tanto interés por una joya.

Sus palabras sonaron entrecortadas, con un toque de nerviosismo.

—Da igual, mamá, no importa. —Hice un ademán con la mano, como si ella estuviera delante de mí, aunque no me viera, claro.

Colgué el teléfono tras decirme que se le echaba encima la cita que tenía en el centro de estética. Lo de siempre. Ella, su físico y sus amigas.

Ese día no había visto a Siena y tampoco quise acercarme a su casa después de la última escena. Aunque me moría de ganas por verla, pensé que sería lo mejor. Su reacción fue relevante y la actitud que adoptó la convirtió en la mujer fría y distante que conocí cuando pisé aquella tierra.

Tampoco hablé con Carla, quizás no era lo más acertado. Temí por las dos. Que me odiasen por aquello, por estar presente en una situación íntima entre hermanas y que a mí no me incumbía. Me rayé.

La vibración del móvil en el bolsillo alejó la tormenta de suposiciones que se formó en mi mente. Alma me llamó y aparqué mis pensamientos.

—Vaya, pensaba que ya no te acordabas de mí —contesté, alegre.

—No te estaría llamando si no lo hiciese —dijo con voz jovial—. ¿Qué tal se portan las vides?

Le expliqué cómo iba el proceso, nada nuevo desde la última vez que se lo detallé. Solo que ya había elegido la bodega y había comprado lo necesario para empezar con los cuidados de las cepas.

—Me alegra que hayas avanzado —confirmó, atenta a mi comentario—. Y tú, ¿cómo estás? Te noto un poco distante. No sé, como si tuvieras alguna preocupación.

Pensé bien la respuesta. Tomé aire y respiré profundamente.

—Nada de qué preocuparse, Alma. Todo marcha genial —anuncié con seguridad.

—¿Sigue el mal rollo con tus padres? Y ¿cómo lo llevas con mi prima? Estoy segura de que no debe ser fácil tenerla de vecina.

—No. No hay ningún problema entre nosotros —corroboré, en tono serio.

—Vale, entonces no te pregunto más. Oye, ¿has estado alguna vez en Roma?

Su voz seria pasó a ser más animada y me alegró que así fuera.

—Nunca, y me encantaría visitarla algún día. A ver si tengo ocasión de ir.

—¡Pues vente! He cambiado de apartamento y ahora estoy en uno más grande. Te vendría bien hacer turismo y cambiar las vistas de vides por monumentos.

—Intentaré cuadrar días y te confirmo alguna cosa.

—¡Oh, sí! Planifica tu agenda, que debes de estar muy ocupado.

Después de risas y de que se burlara de mí, nos despedimos. La idea de viajar a Roma me sedujo y busqué información sobre cómo llegar hasta allí. Solo me separaban unos trescientos kilómetros, que recorrería con tranquilidad, sin prisa.

Las imágenes del fin de semana juntos en la ciudad de Siena se agolparon en mi mente, pero enseguida las ahuyenté. Solo fue un *flash*.

# 19. SECRETOS OCULTOS

## *Carla*

Después del conflicto por el collar, Siena y yo pasamos unos días sin hablar. Me fui el domingo sin despedirme y, aunque me dolió en el alma, estaba muy enfadada por cómo me habló. No hice nada malo para merecer su reacción y mucho menos por un simple y estúpido colgante.

Se lo conté a Paolo, quien insistió en saber qué me pasaba. Fue comprensivo y razonó conmigo. Sugirió que, tal vez, al ver esa joya, mi hermana recordó los tiempos difíciles tras la muerte de mamá o recuerdos bonitos que le dolían porque no podría volver a vivirlos con ella. ¿Tenía razón mi amigo? Tras su reflexión, me animó a llamarla.

—Carla, siento haberme comportado así contigo. No era mi intención pagarlo con… —La frase se cortó, pero su voz sonaba sincera—. Lo siento, no debí hablarte de esa manera. Tuve un mal día y lo pagué contigo.

—Lo sé. Te he llamado porque no quiero que estemos enfadadas. No he podido dormir desde que me fui el domingo, y así no me gusta estar. —Suspiré para evitar llorar.

—Yo tampoco he podido descansar. Antes de que me llamaras, pensaba en ir a verte, pero estar en casa de papá no me convence mucho.

Las dos reímos, ya que no podía imaginar a Siena bajo el mismo techo que nuestro padre y su mujer; los cuatro juntos, una locura.

—Mejor no lo hagas —sugerí, divertida—. El viernes iré yo, ¿vale?

—Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, hermanita.

Corté la llamada y sentí un gran alivio. Me había quitado un peso de encima.

Esa misma noche, dormí a pierna suelta, sin imaginar lo que estaba por venir.

El jueves de aquella semana, el día antes de mi regreso, Siena me contó que se envolvió en una extraña pesadilla de la que no podía despertar, hasta que unos golpes en la ventana de su habitación la arrancaron del insomnio. El viento soplaba con fuerza y las rachas intensas golpearon los portones de madera que protegían los cristales. Dijo que el susto la dejó con media arpillera en los párpados y la imposibilidad de conciliar el sueño se instaló para el resto de la madrugada. Rodó en la cama sin sentido y, en uno de sus intentos fallidos, se levantó y se dirigió al baño. Sin embargo, al pasar por delante del cuarto que fue de nuestros padres, sintió una corriente de aire. A pesar de eso, no le dio importancia y continuó su camino. Al regresar, no pudo resistir la tentación y llevó una mano al pomo de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó, apresurándose a cerrar el ventanal—. Este maldito viento me está dando una noche de mil demonios —gruñó.

El viento volvió a golpear y abrió la ventana de par en par llevando consigo hojas secas y un poco de tierra que se esparcieron por el suelo. Las sábanas blancas recién lavadas que cubrían la cama se levantaron y los pocos libros que decoraban la estantería cayeron al suelo. Un tomo se

abrió y quedó a la vista un cuaderno blando de una medida más pequeña, que resultó ser un antiguo diario de pocas hojas donde nuestra madre escribía en secreto. Siena lo cogió y sacudió la tierra que había ensuciado los libros al caerse. Al abrirlo, vio los bordes de las páginas amarillentas y, antes de adentrarse en la primera frase, decidió hojearlo por encima. Descubrió una pequeña fotografía de un hombre y una tira de imágenes de fotomatón en las que mamá aparecía junto a esa persona desconocida.

Atónita, Siena observó las fotos sin pestañear durante unos segundos, luego reaccionó y se acomodó en la cama. Comenzó a leer la historia que narró el apasionado romance con un amante español que solía viajar a Italia para asistir a eventos vinícolas. El flechazo fue instantáneo desde el primer encuentro, así estaba escrito, y detallaba que en cada reunión compartían risas como dos jóvenes enamorados. Poco a poco se sumaron las comidas, los paseos y las citas furtivas, que llevaron con discreción. Se confesaron un amor que desafiaba las barreras de sus vidas establecidas. Él le prometió que se separaría de su mujer para estar con ella. Se querían.

Pero ¿mamá también iba a dejar a papá? Esa misma pregunta inquietante también apareció en la mente de mi hermana.

Siena devoró el cuaderno en un santiamén, como si estuviera leyendo una novela que te sumerge en la trama y no permite detenerse hasta llegar al final. Sin embargo, el desenlace no fue el esperado; más bien, se convirtió en un amargo punto final.

Mamá había guardado un secreto durante muchos años, el cual ocultó entre las líneas de aquel diario. Pero esa noche, Siena lo descubrió mientras su rostro se empapaba de lágrimas de rabia. Igual que me pasó a mí cuando me lo explicó al mínimo detalle.

La revelación añadió una nueva capa de complejidad a la historia de nuestra madre, que dejó a su hija mayor, Siena, desconcertada ante la verdad que se desplegaba en las páginas del cuaderno.

Recordó que el frescor de la mañana la despertó como si apenas hubiera cerrado los ojos. Cansada, decepcionada y de mal humor, se enfundó en unos vaqueros desgastados y una sudadera negra. No se detuvo a mirarse en el espejo, como solía hacer cada día, y salió apresurada hacia la casa de los abuelos.

A la abuela le gustaba madrugar; su ritual consistía en preparar café hirviendo mientras escuchaba las noticias en el televisor de la cocina. Mi abuelo, en cambio, dormía como un oso en hibernación, porque decía que recuperaba las horas de sueño perdidas en su juventud. ¡Menudo argumento! Pero, escucharlo decir esto, siempre me arrancaba una dulce sonrisa.

Mi hermana atravesó la puerta que daba acceso a la sala de reuniones familiares.

—¿A dónde vas a estas horas, hija? —Mi abuelo agrandó los ojos al verla aparecer con aquella furia.

—¿Tú lo sabías? —Siena, sin contestarle, fue directa a la cocina y dejó caer el cuaderno con la foto sobre la mesa.

Cruzó los brazos sobre el pecho a la espera de una respuesta. Menos mal que el silbido de la cafetera interrumpió aquel momento tenso que Siena provocó.

—¿Te apetece? —Señaló con el dedo el cacharro—. Está recién hecho.

—Lo sé, abuela, pero no tengo ganas. Por favor, dime lo que sabes sobre esto.

Siena se pasó las dos manos por la cara y las restregó hasta las puntas de su melena.

—Vaya, así que tu madre lo escribió todo. ¿Sabes? Siempre le gustaron los diarios y escribir cada noche, pero pensaba que, al casarse, lo había dejado de hacer. —Suspiró—. Verás, hija, tu madre nunca lo confesó, pero yo lo supe desde el primer instante en que vi nacer a tu hermana —confesó con voz trémula—. Y cuanto más crecía, más segura estaba de ello. Gretta era una buena mujer, esposa y madre —dio un sorbo al líquido marrón ardiente y, con las manos temblorosas, sujetó el tazón—, pero se enamoró de otro hombre con locura. Cuando él estaba aquí, en Italia, ella era otra persona. Se la veía feliz, ilusionada…

—¿Por qué no se lo contó a papá? Lo engañó, abuela. ¿Y yo? ¿Y mi hermana?

Las pulsaciones de Siena se dispararon. No podía creer lo que la abuela le decía. Protegió a su hija, eso estaba claro, pero y ¿nosotras? ¿Acaso no nos tenía en cuenta?

—Tranquila. —La abuela calmó a mi hermana y colocó las manos sobre sus rodillas, que subían y bajaban a mil por hora—. Déjame contarte hasta donde yo sé. —Mi hermana asintió con la cabeza y resopló—. Mi querida hija, mi Gretta, me confesó que estaba enamorada, que lo estaban los dos, y que trataría de explicárselo a su marido. Todo lo que le prometió este tal…

—Samuel —corroboró Siena.

—Sí, él. Mamá, o, mejor dicho, tus padres —carraspeó— no eran felices. Estaban juntos por ti y después, por Carla. Se habían convertido en un matrimonio monótono, sin ilusión. Papá también era un buen hombre, pero ninguno de los dos se atrevió a dar el paso para separarse.

—Mi perspectiva no era así. —Bajó la mirada hacia el suelo.

—Porque así lo querían demostrar. A pesar de todo, cuando estaba dispuesta a hablarlo con su marido, no obtuvo más noticias del español. Supuso que solo fue una aventura para él, una distracción, y Gretta se desmoronó.

—¿Y Carla? —La miró a los ojos.

—Nunca me dijo que esperaba una hija suya, ni siquiera le pregunté cuando anunció que estaba embarazada, pero su mirada la delató. Una madre conoce los gestos de sus hijos y ella no me lo desveló porque se conformó con seguir con su matrimonio. —Una lágrima se deslizó por las arrugas de su rostro cansado, que marcaba un rastro de tristeza—. Aunque Carla es idéntica a su padre.

—Ya me he dado cuenta. —Señaló la foto con la barbilla—. Abuela, estoy convencida de que ese hombre, ese tal Sam, amaba a mamá. Todo lo que hay escrito aquí —mostró el diario— son palabras sinceras. Algo pasó, estoy segura.

—Déjalo, hija, ya es pasado. No hay solución.

—Pero hay un pasado, presente y un futuro: Carla. —Siena se levantó nerviosa. Era una señal que le indicaba que tenía que descubrirlo—. Todo fue culpa de la tragedia, yaya. Aquel día —elevó la voz, alterada—, escuché una voz.

—No, cariño, no te tortures más, por favor. —La abuela la cogió del brazo—. Fue un accidente. Mi niña, tú tampoco eres la misma desde entonces. Quiero verte feliz. No hay día en que no hable de eso con tu abuelo.

—Pero ¿qué estás diciendo? Estoy bien y no necesito a nadie para ser feliz, abuela. —Se liberó de su agarre y se marchó precipitada. Una vez más, Siena olvidó la existencia de una voz.

Qué circunstancias más cruciales tuvo que vivir mi hermana. Sufrió mucho, aunque nunca lo haya admitido. Solo faltaba que, de vuelta en la finca, se encontrara con el plasta de Stefano.

—¡Apártate de mi vista! —le ordenó gritando cuando él se interpuso en su camino.

—Oye, oye, solo vengo a hablar de negocios.

—¿Qué parte no has entendido de que no quiero verte más? —Arisca y desafiante, Siena se plantó frente a él.

—Venga ya, no te hagas la dura. —Él, muy chulo, tiró de su brazo.

Mi hermana apretó el puño, concentró toda la rabia y echó el codo hacia atrás para golpear la cara de Stefano.

¡Ojalá ese día hubiese estado presente y en primera fila! No puedo imaginar cómo se quedó ese estúpido.

—¡Eso no ha sido más que un aperitivo! ¿Te ha quedado claro? —Siena acarició su mano para ahuyentar el dolor que le causó pegarle—. ¡Lárgate de una vez!

Estoy segura de que, por cómo me lo explicó, sus ojos debieron desprender llamas, abrasando todo a su alrededor.

—Está bien. Me voy. —Comprobó un poco de sangre en la comisura de la boca—. ¡Estás loca!

—Lárgate antes de que te dé la segunda hostia —advirtió en tono de amenaza.

Llegó a casa con el corazón aún palpitante por la confrontación con Stefano. Sus manos temblaban y la rabia seguía ardiente en su pecho, aunque con una mezcla de emociones que la inundaban.

Aquella mañana, el sol despuntaba e iluminaba las vides desnudas. Ese era su lugar, donde nació y creció feliz y alegre. Sin embargo, cada rincón parecía cargado de secretos y emociones.

Se detuvo en el umbral, observó la estancia y recordó cada detalle que nuestra madre dejó impregnado de su presencia.

Una vez más, se dirigió a la habitación de mamá y abrió con cuidado el diario que no había soltado para nada. Necesitaba entender qué había sucedido, descifrar el significado de cada palabra escrita con tinta azul que parecía saltar de la página. Se sumergió en los recuerdos hasta encontrar una hoja que había pasado por alto la noche anterior. El texto hablaba de Siena, su hija única en aquel entonces. Mamá expresaba que no quería hacerle daño por mayor que fuese. Amaba a Sam con todo su corazón y esperaría a que él dejara a su mujer primero. En aquellas líneas, planeaba formar una nueva familia los cuatro juntos: mamá, aquel hombre, Siena y el bebé futuro. La Carla que crecía en su interior. Decidirían dónde vivir y compartir una vida nueva en su propio hogar. Y con letras más grandes, resaltaba que el amor era así: «No entiende de si está bien o mal, simplemente, aparece cuando debe hacerlo».

Siena dijo que las lágrimas volvieron a tomar protagonismo y, entre sollozos, le impidieron leer las últimas frases escritas por mamá. Comprendió que el amor era complicado, que las decisiones tomadas no siempre se cumplían, pero seguían afectando más que nunca. La verdad se había revelado y debía enfrentarse a las consecuencias de los secretos familiares. Había llegado la hora de confesármelo y de hablarlo con papá.

Cerró el cuaderno con suavidad y se levantó del borde de la cama. Miró por la ventana hacia los viñedos, donde las vides se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Era su legado, su

responsabilidad. Y aunque el corazón le dolía, había llegado la hora de seguir adelante, de descubrir quién era Sam, de hablar con papá y, lo más doloroso: desvelarme el nombre de mi verdadero padre. Siena necesitaba cerrar el pasado para centrarse en el presente y luchar por lo que era su sueño, el que compartió con mamá en sus conversaciones.

Decidida y segura, salió de casa e inhaló un respiro profundo. Caminó hasta la finca de Óliver mientras en sus pensamientos cuestionaba la manera de desentrañar los hilos que unían a la familia. No sabía qué descubriría, pero estaba preparada para enfrentarse a todo lo que viniera, incluido hablar con el vecino.

—Hola, Óliver. No sabía que te ibas —dijo a la vez que decantaba el peso sobre una pierna.

—Buenos días, Siena —contestó, clavando la vista sobre ella, pero enseguida la apartó para cerrar la puerta con llave—. Me marcho unos días a Roma.

Le mostró la maleta que tenía a su lado.

—Solo quería disculparme por lo que pasó el otro día. —Movió los brazos a sus costados—. Lamento que presenciaras la escena. Es que…

—Tranquila —interrumpió, y se acercó a ella con sigilo—. No necesitas disculparte. Quizás yo debería haberme ido en vez de quedarme allí.

Cogió sus manos y las acarició.

—Te dije que mi vida era complicada. Es mejor que cada uno siga con lo suyo. —Se soltó de él —. No busquemos nada más que no sea pasar un buen rato juntos. No pretendo establecer ninguna relación con nadie.

Giró sobre sí misma y volvió por el mismo camino que llegó.

—Siena, espera —le ordenó. Elevó la voz y agilizó el paso tras ella—. Si es lo que quieres, así lo haremos, pero eso no cambia lo que yo…

—Asegúrate de lo que vayas a decir —le advirtió, llevándose el dedo índice a los labios.

Después de esas palabras, Siena se mordió el labio y Óliver levantó las cejas por su expresión. ¡Pura confesión de mi hermana!

El sábado por la mañana regresé a la finca. Unos vecinos que iban de camino a San Gimignano me trajeron con su coche. Siena no estaba en casa, pero no andaba muy lejos. Pasé a saludar a mis abuelos, que se alegraron de verme e insistieron en que les contara cómo iba el curso y si seguía cantando. Vi un destello en los ojos de la abuela, pero no supe a qué se debía. Aunque más tarde lo averiguaría. Me sentía a gusto con ellos, sin embargo, tenía ganas de abrazar a mi hermana.

—¿Dónde estabas? —pregunté al verla bajo el porche cuando volvía de casa de los abuelitos —. He llegado hace un rato y, al no verte, he ido a saludarlos. —Señalé la parcela de abajo.

—Anda, ven y dame un abrazo, Carla. —Su voz sonó nostálgica. Extendió los brazos para recibirme. Por su gesto, noté que algo no iba bien—. Estaba en el almacén.

—¿Vas a seguir tu sueño, Siena?

—Algún día, no muy tarde, lo emprenderé —contestó con media sonrisa.

Una intensa emoción me sacudió. Me alegré tanto por su decisión que no paré de dar brincos. En cambio, sus labios curvados no reflejaban satisfacción.

—¿Se lo has contado a Óliver?

—Lo intenté, pero justo se marchaba a Roma.

—¿Con Alma? —pregunté, imaginándome lo peor.

—¿Alma está en Roma? —Afirmé con la cabeza y vi cómo su rostro cambiaba de repente.

—Vaya, no lo sabía. Desde que tu prima ha vuelto, no para de viajar.

—Vino de Madrid porque le ofrecieron un buen trabajo en Roma. Me lo dijo ella.

—Bueno, no importa. —Le restó importancia con un ademán—. Carla, tengo que contarte una cosa.

Su voz tensa me alarmó. ¿Qué quería decirme?

# 20. ESCAPADA A ROMA

## *Óliver*

Acepté la invitación de Alma para escaparme a Roma tres días. La idea de explorar la ciudad eterna me resultaba tentadora y una pequeña pausa de la vida en el viñedo me vendría bien. La tensión entre Siena y yo estaba alcanzando niveles incómodos, y sus altibajos emocionales comenzaban a afectarme más de lo que pensaba. Esa distancia que se interponía entre nosotros se volvió insoportable.

Seguí al detalle las instrucciones que Alma me había enviado por mensaje. La llegada estaba prevista para la una del mediodía, así que no había ninguna prisa. Durante el trayecto, una sucesión de imágenes relacionadas con Siena invadió mi mente, y tuve que ahuyentarlas para concentrarme en la carretera. ¿Cómo era posible que hubiera tantos cambios de actitud?

Al llegar a mi destino, tal como había marcado el GPS, me dirigí directo a la plaza de aparcamiento que mi amiga había reservado para el coche. Dejé la maleta allí, pensando en recogerla más tarde, después de que ella terminara de trabajar alrededor de las tres.

Allí estaba yo, plantado en medio de la Plaza de España, indeciso sobre a dónde dirigirme. En medio de la bulliciosa multitud, era otro turista más observando fascinado mi entorno. Sin rumbo, dejé que mis pasos me guiaran por las calles que se entrelazaban en ese punto de partida, y exploré los alrededores, maravillado con la arquitectura y el ambiente animado de la ciudad. Casi sin darme cuenta, me encontré frente a la espectacular Fontana di Trevi.

Mi teléfono vibró en el bolsillo, iluminando el nombre de mi anfitriona.

—¿Ya estás en Roma? —preguntó con un tono resonante.

—Sí. De hecho, estoy disfrutando de la vista de la famosa fuente —respondí, dejando que una sonrisa feliz se extendiera por mi rostro mientras me columpiaba sobre mis pies.

—No te muevas de ahí, que llego en cinco minutos. —Y sin más, colgó.

En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba a mi lado.

Nos pusimos al día mientras caminábamos por las calles, charlamos y reímos como si fuéramos amigos de toda la vida. Fue un alivio estar con alguien que no estaba envuelto en la complicada red emocional de mi vida en el viñedo, aunque era consciente de que existió algo entre los dos meses atrás.

Comimos en la terraza de un restaurante del Campo de Fiori con los manteles a cuadros rojos y blancos. La pasta estaba deliciosa y el tiramisú era para morirse. O todo resultó exquisito o era porque yo estaba hambriento. No sabría qué decir.

Después de enseñarme su casa y de dejar mis cosas en la habitación de invitados, salimos de nuevo. El sol de la tarde se filtraba entre las estrechas callejuelas de la ciudad, pintando de tonos dorados las fachadas de los edificios antiguos. Alma, con su entusiasmo contagioso, me llevó a la Plaza Navona. Doblar la esquina y encontrarme frente a ella fue una agradable sorpresa. Los

adoquines desgastados bajo mis pies parecían susurrar historias de siglos pasados. Las fuentes, con sus figuras mitológicas, danzaban al ritmo de la vida que fluía a su alrededor.

—¿Dónde está mi guía turística? —pregunté con ironía y una sonrisa ladeada.

—¿Te refieres a mí? —expresó, señalándose a sí misma.

—Bueno, lo hiciste la última vez en Siena. ¿Por qué no aquí? —Guiñé un ojo.

—Si así lo quieres, empiezo, aunque te advierto que todavía me falta mucho que aprender de esta maravillosa ciudad.

Me mostró la Fuente de los Cuatro Ríos, que se alzaba en el centro de la plaza. Recibe ese nombre porque sus cuatro gigantes representan los ríos Nilo, Ganges, Danubio y Río de la Plata; los más importantes del mundo. El agua brotaba con tal fuerza que parecía querer escapar de la piedra y unirse al animado ajetreo de la plaza.

A los lados, los cafés y restaurantes tenían sus mesas en las terrazas. Los camareros iban y venían con las bandejas rebosantes de todo tipo de aperitivos, expresos y helados. Observé los gestos, risas y las conversaciones de la gente, que se entrelazaban en una sinfonía de idiomas diversos.

Me quedé absorbido por la majestuosidad de la arquitectura barroca, visible en cada detalle. No perdí de vista a los artistas callejeros, quienes mostraban sus habilidades con destreza. Entre malabaristas, músicos y pintores, incluso los niños correteaban tratando de atrapar palomas. Mis ojos se posaron en la Fuente de Neptuno, con su dios del mar y sus tritones, que lo vigilaban todo desde su pedestal. La Plaza Navona era un remanso de belleza y vitalidad, un oasis en medio del caos de la ciudad.

—Ven, Oli, te presentaré a unos compañeros de trabajo. —Alma señaló hacia un grupo de personas sentadas en una de las terrazas.

Nos acercamos y saludé a cada uno de ellos con una sonrisa entusiasta. La tarde fue bastante divertida y acogedora, aunque debo admitir que no entendí todas las palabras que decían. Sin embargo, les seguí la corriente. Me animé a probar el Spritz Aperol, una bebida popular en Italia. No estaba mal, pero confieso que prefiero mil veces la cerveza, que no faltó en las próximas rondas.

La euforia creció tanto que, al intentar irnos, me costó mantener el equilibrio y temí que los chorros de las fuentes volcasen sobre mí. Intenté despedirme con dignidad y, por suerte, mi amiga se dio cuenta de mi estado. Apenas habíamos avanzado unos pasos cuando me agarró del brazo para evitar que me desplomara sobre el adoquinado.

—Vaya, debías de tener mucha sed —comentó con ironía.

—Hacía tiempo que no me emborrachaba, Alma —contesté entre risas—. Me lo he pasado genial. Parecen buenos tíos.

—Sí, desde luego —confirmó con un gesto de cabeza.

La brisa nocturna me revitalizó y aclaró mis pensamientos. A pesar de mi jovialidad, pude identificar las calles que habíamos pasado antes. Alma evitó pasar por las zonas más concurridas de la noche, llevándome con precaución. Tomamos un callejón, donde la luz tenue de los faroles antiguos recreaba un ambiente romántico. En aquel instante, Siena se coló en mi mente.

—Aquí está mi casa —declaró mi compañera, señalando que me detuviera—. ¿Cómo te encuentras, Óliver?

Con un gesto afirmé y accedimos al edificio hasta alcanzar su puerta.

—Si no te molesta, necesito acostarme —manifesté, exhausto.

—Será lo mejor —concedió, permitiéndome pasar—. Descansa. Mañana tengo libre; si te apetece, puedo llevarte a conocer la ciudad.

Le agradecí con una sonrisa ladeada y me adentré en la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Desperté con la luz del sol filtrándose por las cortinas. Aún me daba vueltas la cabeza por la bebida de la noche anterior, pero la emoción de seguir visitando Roma me impulsó a levantarme. Quedaban dos días para volver al viñedo, así que debía de aprovechar cada segundo. Mi guía particular me esperaba en el pequeño comedor del apartamento.

—¿Listo para otro día de aventuras? —me preguntó con una sonrisa contagiosa.

Asentí, aún avergonzado por cómo había terminado la noche. Nos encaminamos hacia la cocina, donde el aroma del café recién hecho ambientaba el salón. Mientras saboreábamos el café, Alma delineó el itinerario del día: comenzaríamos por el Coliseo, seguiríamos con el Panteón y, si el tiempo lo permitía, nos desplazaríamos en coche hasta el Vaticano. La verdad, pudimos cumplir con la planificación.

Mientras paseábamos por la ciudad, recordamos la noche anterior cuando estuvimos con sus amigos.

—¿Recuerdas a Giorgio? —Intenté hacer memoria—. El que estaba al final de la mesa, con la chaqueta marrón —precisó.

—Sí. Un tipo muy majo —respondí, tras recordar.

—Él fue novio de Siena.

—Vaya, qué coincidencia —exclamé, sorprendido y algo incómodo por la noticia—. ¿Por qué lo dejaron? —pregunté, impulsado por la curiosidad.

—Es una historia complicada, pero si te interesa, podemos irnos y te cuento en el camino.

Salimos del piso y las calles ya estaban llenas de vida. Los vendedores ambulantes y los turistas con cámaras en mano ya ocupaban parte de ellas. Tratando de esquivar la multitud, Alma me advirtió sobre los carteristas. De manera inmediata, comprobé la mía en el bolsillo trasero del pantalón y, enseguida, la guardé en el interior de mi abrigo.

Durante una larga caminata y escuchando la historia de Siena y Giorgio, llegamos al Circo Romano. Aún me costaba asimilar la revelación. No podía creerlo.

—Oli, ¿te apetece que entremos a visitarlo? —propuso con cautela—. ¿En qué piensas? —inquirió, deteniéndose ante mí.

La miré atónito. Era imposible lo que me acababa de explicar. Siena no merecía una acusación tan directa.

—¿Dudas de ella? ¿Crees que tuvo culpa en la caída accidental de su madre?

Tardó unos segundos en contestar.

—No de manera directa, pero algo tuvo que ver. No lo sé, Óliver. Es complicado. No puedes juzgarla sin conocerla bien. A primera vista, no tienes una imagen clara de quién es realmente.

—La conozco más de lo que crees —repliqué, y bajé la mirada—. Siena para nada es de la manera que la pintas. Ha sufrido mucho y es una luchadora nata, de eso no hay duda —admití, convencido.

—Vaya, parece que estás colado por ella —dijo con un tono burlón mientras seguía caminando —. Ya te advertí que ella solo busca a los tipos como tú por diversión, nada serio.

Maldije en silencio haber hecho ese viaje. Se me quitaron las ganas de continuar el recorrido turístico. Hubiera preferido coger el coche y largarme de allí, pero, por no crear mal rollo, me contuve.

—Giorgio y Siena estaban muy enamorados, llegué a envidiarlos por ser una pareja ideal, cómplices y rebosantes de felicidad.

Su confesión me golpeó el corazón.

—Entonces, ¿por qué lo dejaron si se querían tanto?

—Porque ella se cerró en sí misma. Su actitud era… indescriptible. Él se agotó, no pudo más y decidió acabar con la relación tras ese turbio incidente. No se han vuelto a cruzar desde entonces.

—Ya veo.

Me callé y seguí a su lado, en dirección al anfiteatro, el más grande que se construyó en el Imperio Romano. Espectacular. Mientras accedíamos a su interior, mi mente daba vueltas, tratando de encajar las piezas de un rompecabezas cada vez más complejo. ¿Era esa la razón detrás de la vida complicada de Siena? A medida que exploramos el Coliseo, comenzaron a eclipsarse mis pensamientos.

Contemplé, fascinado, la magnificencia de la construcción. Imaginé los antiguos combates de gladiadores y las tumultuosas batallas que habían tenido lugar allí siglos atrás. Era difícil no sentirse abrumado por la historia que se respiraba en cada rincón del colosal anfiteatro. Sin embargo, a pesar de la impresionante belleza que tenía frente a mí, no podía apartar de mi mente las palabras de Alma. La idea de que Siena estuviera implicada en el trágico accidente de su madre era difícil de asimilar. Era como estar frente a una ruina imponente y descubrir que, bajo su grandiosidad, se escondía una historia de traiciones y secretos ocultos. ¿Cómo podía ser posible? ¿Qué oscuro secreto escondía mi vecina? Alma notó mi silencio y me miró con preocupación.

—Pareces un poco distraído, Oli —dijo, y colocó una mano en mi hombro.

—Estoy bien, solo un poco abrumado por todo lo que hemos hablado. Es difícil de asimilar —admití con un nudo en la garganta.

—Lo sé. Es mucho para procesar de una vez. Pensé que debías saberlo, tratándose de que tenéis fincas colindantes. Sois vecinos y, quizás, busques algo más.

—¿Qué te parece si te invito a comer?

Alma asintió con una sonrisa, así que decidí no seguir insistiendo en el tema durante el resto del día.

Llegó la hora de regresar y ponerme a podar las vides si quería asegurarme de que la próxima temporada dieran fruto.

—¿Así que ya te marchas? —preguntó Alma con un tono melancólico mientras me observaba preparar el equipaje.

—Me lo he pasado genial estos días aquí, Alma, pero tengo que volver a mis obligaciones —anuncié mientras doblaba la ropa.

Ella se acercó y puso una mano en mi hombro.

—Si necesitas quedarte un poco más, puedo pedir unos días de vacaciones. Te veo algo agobiado —dijo con sinceridad.

Me enderecé y asentí con agradecimiento.

—No es necesario que hagas eso por mí. Estoy bien, de verdad. No te preocupes —aseguré mientras tomaba sus manos entre las mías.

—¿Recuerdas el fin de semana que pasamos en Siena? —preguntó con la mirada cargada de intención.

—Sí, un recuerdo bonito —respondí, forzando una ligera sonrisa para contrarrestar el tono de su propuesta.

—Entonces, ¿por qué no hacemos lo mismo en Roma? —sugirió con ojos brillantes y un matiz provocador.

—No sé a qué te refieres, Alma —dije, apartándome para cerrar la maleta, sin entrar en discusiones innecesarias.

—Sabes exactamente a qué me refiero, Óliver —dijo, acercándose más y apoyando su frente contra la mía.

Sus labios estaban muy cerca de los míos, tentadores. Lo sabía y ella también, por lo que se inclinó hacia adelante y me besó. Me dejé llevar un segundo, pero la imagen de Siena apareció en mi mente y recordé mis verdaderos sentimientos.

—Lo siento, pero creo que sería mejor si no continuamos —dije en tono suave, y me aparté con sutileza

—Entiendo, Óliver —asintió con una tristeza palpable—. Cuídate.

—Lo haré. Gracias por todo, Alma —respondí antes de salir por la puerta, dirigiéndome de regreso a mi vida.

# 21. FIN DE SEMANA CON PAOLO EN EL VIÑEDO

*Carla*

Pasé una semana difícil en el instituto. Sentí que todo el centro conocía el secreto que guardaba con tanto recelo. Apenas hablé con nadie y me sumergí en mis pensamientos. Incluso, aquellos días, me resultó difícil convivir con mi padre, evitando hablar con él lo más mínimo posible, con la excusa de los deberes y exámenes. Así traté de disimularlo.

La presencia de Paolo tampoco ayudó mucho. Era persistente en saber qué me pasaba. No podía ignorar la preocupación en sus ojos cuando me miraba y, al final, después de días de insistencia, decidí contárselo, aunque consideré hacerlo a solas, cuando estuviésemos en la finca.

Aquel fin de semana, como en otras ocasiones, mi amiga y su padre me llevaron en coche hasta el viñedo, ya que les venía de camino. Pero esa vez, vino Paolo conmigo, tal como acordé con mi hermana. Sería la mejor forma de distraerme. Presenté a Paolo a Siena con una sonrisa, pero noté una ligera incomodidad en su mirada cuando lo observó. Tal como me dijo la última vez, percibí lo mismo. Algo de mi amigo no le encajaba, no le transmitía suficiente confianza.

—¡Este lugar es una pasada! —exclamó Paolo mientras observaba nuestro terreno.

—¿Nunca has estado en un viñedo? —preguntó Siena con las cejas arqueadas.

Él negó con la cabeza, alucinado por la zona.

—Lo mejor de todo es ver las vides llenas de racimos de uva. Es la imagen perfecta para capturar —intervine con una pizca de orgullo.

—Debe ser impresionante —contestó sonriendo.

Durante la cena, el silencio se convirtió en nuestro acompañante. Yo me sumí en la dolorosa noticia de que mi padre no era el biológico. Paolo saboreaba la comida sin apenas hablar y Siena alternaba su mirada entre nosotros dos, como si tratara de descifrar algo. No presté atención a las preguntas que le hacía a mi amigo, pero estaba claro que él no tenía intención de contarle nada. Era evidente por sus respuestas.

Aquel día me desperté antes de lo normal y no pude volver a dormir. Así que me vestí y bajé al porche para respirar un poco de aire fresco. Poco después, Siena salió y se sentó a mi lado.

—Te has levantado muy pronto —dijo al verme sentada—. ¿Tu amigo sigue durmiendo? —Asentí con la cabeza—. ¿Qué pasa, Carla?

—No puedo dejar de pensar en lo de mamá con otro hombre. ¡Nos mintió! —Mi voz empezó a temblar y sentí como las lágrimas empezaban a salir.

—Tranquila, pequeña, no llores —susurró Siena, y acarició mi cabeza—. Papá es y siempre será tu padre, no lo olvides. Él te vio nacer y está contigo todos los días.

—¿No la odias? —le pregunté, y esperé una respuesta sincera. Ella desvió la mirada—. Vamos, Siena, contéstame.

—No, no después de leer el diario. Creo que también deberías hacerlo. Te dará una idea de cómo se sintió mamá y de cuánto nos quería.

Su respuesta pareció sincera. Me sequé las lágrimas con las mangas del jersey e inhalé una bocanada de aire fresco para calmarme un poco.

—¿Sabes qué me preocupa más ahora, Carla? —Me miró con seriedad—. Ese chico, Paolo. No me gusta la impresión que me da.

—Le tienes manía desde el principio. No sé por qué lo traje aquí si no querías —reproché, y me levanté.

—Carla… —dijo mientras me ponía una mano en el hombro con cariño, aunque yo ya le daba la espalda—. No voy a permitir que nadie te haga daño. Te veo tan encariñada con él que me preocupa que termines sufriendo.

—Solo somos amigos. Deja de decir tonterías, por favor —le pedí, hice una mueca y crucé los brazos sobre el pecho.

—Buenos días. —La voz de Paolo interrumpió nuestra conversación—. ¿Molesto?

—No, claro que no. ¿Quieres café?

Mi hermana le habló con amabilidad mientras yo trataba de ocultar mi tristeza.

—Oh, sí, gracias —contestó—. He dormido superbién, Carla —manifestó hacia mí, y estiró los brazos sobre su cabeza—. Es un privilegio vivir en este lugar.

—Lo sé, aunque un viñedo da mucho trabajo. Menos mal que Siena es una currante nata y lo saca todo adelante.

—¿No me vas a contar qué te pasa? —Paolo extendió su mano y acarició la mía—. Has estado rara toda la semana; distante. ¿Es por mí? —Fijó los ojos en mi rostro a la espera de una respuesta.

Fue la primera vez que sentí su mano acariciar la mía, y la sensación me gustó. El roce de su piel me hizo estremecer y noté que me ponía roja como un tomate.

—No, no eres tú —respondí enseguida.

Se quedó en silencio mientras tomaba pequeños sorbos de café que Siena había dejado sobre la mesa para que él mismo se sirviese.

—Vamos a dar un paseo, Paolo.

Caminamos, uno al lado del otro, primero sin hablar, hasta que decidí romper el hielo y contarle el motivo de mi estado.

—Joder, Carla —dijo. Detuvo el paso y se colocó frente a mí—. Lo siento. No sé qué decir —añadió con una expresión preocupada y cariñosa en su mirada.

Me abrazó. Sentí su calidez envolviéndome y me dejé llevar por ese gesto.

—Estoy bien, mejor que antes. —Traté de sonreír.

Paolo se apartó un poco y me examinó con atención. Luego, acarició mi mejilla. Vi cómo sus labios se iban acercando hasta capturar los míos. ¡Buah, qué bien besaba!

Cuando nos separamos, me dedicó una sonrisa y me susurró que le gustaba mucho. Sentí como si estuviera flotando en una nube esponjosa, con el corazón latiendo como el galopar de un caballo desbocado.

—Cuéntame algo sobre ti. Yo ya he compartido bastante.

—No tengo mucho que decir. No quiero aburrirte con mis problemas —me respondió con una pizca de tristeza en sus ojos.

—¡Para nada, Paolo! Quiero saber de ti. Estoy aquí para escucharte.

Él no contestó y yo no quise insistir más. Sabía que podía confiar en mí, pero no quería hacerme pesada. Continuamos caminando hasta llegar a la finca colindante del vecino.

—¿Y ese quién es? —trató de averiguar.

—Es Óliver, nuestro vecino. Es español y ha comprado el viñedo de mi prima —le expliqué, señalando su propiedad.

—¿También es español? Como tú… —comentó Paolo antes de que mi mirada de advertencia lo detuviera en seco.

—Sí, también español —confirmé, aunque no me apetecía profundizar en el tema.

Observé cómo Paolo escudriñaba la finca de Óliver con curiosidad. Parecía intrigado por algo más que solo la propiedad en sí.

—¿Te gustaría ver nuestro viñedo? —le propuse, tratando de volver a casa al mismo tiempo de mostrarle el terreno.

—Es una maravilla todo esto —comentó, contemplando el paisaje mientras caminábamos entre las filas de vides—. Tu hermana lo tiene bien cuidado.

—Sí, Siena dedica mucho tiempo a la finca, demasiado —respondí, nostálgica.

Volvió a cogerme la mano y caminamos en silencio por un rato, disfrutando de la tranquilidad del lugar. Sin embargo, el no querer contarme nada me dejó intranquila. ¿Tendría razón Siena en que ocultaba algo?

—No entiendo por qué no quieres contarme nada —insistí.

—No es que no quiera contarte, Carla, es solo que… Bueno, hay cosas que preferiría dejar en el pasado. No quiero arrastrarte a mis problemas —explicó con un tono de voz apagado.

Me mordí el labio inferior y reflexioné sobre sus palabras. No lo entendía. Pero estaba claro que quería conocerlo mejor.

—¡Hey, chicos! —gritó Óliver. Apareció por el sendero que rodeaba nuestra finca—. ¿Cómo va todo, Carla? Veo que has traído compañía —comentó con una amplia sonrisa y con un guiño de ojo.

—Hola, vecino. He estado buscándote. Te vimos de lejos y después ya no había señales de tu presencia —dije, y señalé hacia su casa—. Perdona, este es Paolo, un amigo del instituto.

—Un placer conocerte, chico. —Estrechó su mano con firmeza—. Cuida a esta chica, ¡eh! —advirtió con un toque de humor.

—Descuida. A mis amigas las trato muy bien —respondió Paolo mientras me dedicaba una mirada cariñosa.

Me dispuse a ir a visitar a mis abuelos mientras Paolo estaba descansando en el sofá.

—Hola, abuelitos —saludé, achuchándolos a cada uno.

—Mi pequeña, ¿cómo estás? —se interesó mi abuela sin soltarme de sus brazos—. ¿Dónde está tu amiguito? Nos dijo Siena que venías acompañada. —Levantó la vista para buscarlo.

—Echando la siesta, por lo que he aprovechado para veros.

—Ala, estate un rato con tu abuela, que voy a recostarme en el sillón.

Mi abuelo siempre tan prudente, tratando de alejarse de los problemas.

—Abuela, sé lo de mamá —me aproximé a ella preocupada—, y también que no soy hija de papá. ¿Tú lo sabías? —pregunté con los ojos humedecidos.

—Sí, pero…

—¿Papá lo sabe? —inquirí con un tono elevado—. ¿Qué pasará cuando se entere de que no llevamos la misma sangre? No me querrá —sollocé, y me cubrí el rostro con las manos.

—¡Claro que va a quererte, cariño! ¡Qué disparate dices!

Mi abuela trató de consolarme. Me abrazó con todo el amor que suele transmitir una madre a su hija, aunque nunca podré compararlo. Mi viejecita también tenía el corazón hecho añicos por haber perdido a sus dos hijos. Me daba lástima.

Conversamos con más tranquilidad y me explicó al detalle todo lo que sabía de mamá y sobre lo que le contó Siena, convenciéndome de que mi padre nunca dejaría de quererme porque, en el fondo, creía que él lo sabía desde siempre. Era cuestión de que lo averiguase por mí misma. Tenía que hablar con él.

# 22. REVELACIÓN DESCONCERTANTE

## *Óliver*

El domingo por la tarde, cuando Carla ya había vuelto con su padre, decidí visitar a Siena. Desde mi regreso de Roma, había evitado verla. La última vez que nos vimos, el día que partí de viaje, las cosas estuvieron tensas y no quería forzar nada. Sabía que necesitaba tiempo y espacio. No quería presionarla para empezar una relación si no estaba preparada. Sin embargo, la necesidad de verla fue más fuerte y, a pesar del riesgo de no recibirme como quisiera, sentí que tenía que intentarlo.

Al llegar a su casa, no la encontré. Después de llamarla un par de veces sin respuesta, me dirigí hacia el almacén, pensando que podría estar ocupada con la elaboración de su vino, pero estaba vacío. Entonces recordé su vid preferida, donde solía retirarse y su mirada se perdía en el horizonte, sumergiéndose en su melancolía. Sí, ese lugar donde hicimos el amor.

Mis pasos me llevaron directamente hacia allí. La encontré como había imaginado. Pero, esa vez, sin rastro de copa de vino ni de queso. Estaba sentada, abrazándose a sí misma, con la cabeza gacha y apoyada entre los brazos. La vi vulnerable y mi instinto me impulsó a acercarme. Me arrodillé por detrás de ella.

—Hola —susurré cerca de su oído, e intenté romper el silencio que la envolvía.

Adopté la misma posición que ella, con la mirada fija en un punto más allá de las siluetas de las torres, que se desdibujaban en el horizonte.

Siena volvió sus ojos hacia mí y vi su rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué ocurre, Siena? ¿Por qué estás llorando? —pregunté, alarmado por su estado.

Desenredé mis brazos y me giré hacia ella, a la espera de una explicación.

—Mi madre tuvo un amante. Un amante español —reveló con desprecio.

—Lo siento mucho. No sé qué decir —suspiré, y sentí un alivio momentáneo al no tener que ver conmigo, pero a la vez lamenté su dolor.

—Pero eso no es todo —añadió con ira en su voz.

—¿A qué te refieres?

—Tuvo una hija con él, con ese tal Samu —dijo, dejándome boquiabierto—. Sí, Carla y yo somos hermanas por parte de madre, pero de padres diferentes.

—Joder —pronuncié con un tono ahogado mientras me inclinaba hacia atrás. Me removí inquieto por el pensamiento que acababa de cruzar mi mente. Ella me miró, pero no logré descifrar el significado de sus ojos. No sabía si esperaba que dijera algo más o si faltaba añadir información.

Entonces resonó el nombre dentro de mi cabeza. «Samu, Sam, Samuel». No, no podía ser. Había miles de personas con ese nombre en España, no solo mi padre. Sacudí la cabeza para ahuyentar la idea.

Mi vecina me miró extrañada. Debió pensar que la noticia me había afectado, pero era solo mi propia imaginación. Siguió con los detalles.

—Mi abuela me lo explicó todo. La verdad. Qué pasó y por qué actuó así mi madre —continuó Siena.

—¿Ella lo sabía? —pregunté. Abrí los ojos y levanté las cejas, tanto que mi frente debió parecer un mapa de carreteras curvadas.

—Sí, aunque mi madre no le reveló nunca quién era el padre del bebé ni mi abuela se lo preguntó. Ella lo descubrió justo después de que naciera. Siempre ha tenido un sexto sentido para ciertas cosas —explicó con una media sonrisa.

—Y tu padre, ¿crees que lo sabe?

—No estoy segura, Óliver. Quizás lo dedujo y lo mantuvo en secreto —respondió, y se encogió de hombros con un gesto de incertidumbre.

Me entraron unas ganas terribles de rodearla y abrazarla con cuerpo y alma. Sin embargo, quise volver a preguntar.

—¿Cómo lo descubriste?

—Por esto.

Me extendió un cuaderno gastado, que examiné por ambas caras, pero no quería tomarme la libertad de husmear en su interior sin su permiso.

—Adelante, puedes abrirlo y leer lo que quieras.

Con cautela, abrí la portada y leí que pertenecía a Gretta. Al pasar a la siguiente hoja, algo cayó al suelo.

—Te presento a su amante —dijo Siena, señalando lo que parecía una fotografía.

La recogí y la giré para ver el retrato de aquel hombre.

Sam.

Samu.

Samuel.

Samuel Ruiz.

—¿Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma —dijo con tono serio.

Un nudo ahogaba mi garganta, apenas podía tragar saliva. Me quedé atónito mientras examinaba la imagen de mi padre, unos cuantos años más joven. ¿Cómo pudo hacernos esto?

—Oye, ¿lo conoces? —me preguntó, y cambió de postura—. Estás pálido, Oli. —Pasó una mano por delante de mis ojos.

—Perdona. Es que… no entiendo cómo tu madre se lio con otro hombre estando casada —respondí, intentando disimular y recomponerme.

Sí, claro que lo conocía. Era mi padre, y Carla, mi hermana. ¿Cómo pudo ocultarme que tenía una hermana? Estaba desconcertado, enfurecido por ese secreto. Tenía que hablar con él, pedirle explicaciones y el porqué.

—Está oscureciendo. Deberíamos marcharnos —dijo ella. Se levantó y me ofreció la mano.

Me alcé, pero mi pie derecho derrapó en la tierra y perdí la estabilidad. Siena me sostuvo y provocó que me pegara a su cuerpo. Un escalofrío de placer recorrió mi espina dorsal y su proximidad desencadenó una oleada de deseo que me provocó una erección. Nos quedamos

mirándonos unos segundos eternos, como si ambos estuviéramos sintonizados en una frecuencia única. Sentí su respiración chocar con la piel desnuda de mi cuello, cálida y tentadora.

—Lo siento —murmuré.

Me aparté con cuidado y traté de ocultar mi turbación bajo una máscara de calma.

Siena me miró con una mezcla de sorpresa y complicidad. Sus ojos centelleaban con una intensidad que me hacía temblar por dentro. Éramos conscientes de que había algo más allá de la simple amistad, pero no estaba seguro de qué significaba eso ni hacia dónde nos llevaría. Ella me dijo más de una vez que no quería ninguna relación, pero estaba seguro de que lo que sentíamos el uno por el otro era inevitable.

—Vamos dentro antes de que oscurezca del todo. Te invito a cenar —dijo con una sonrisa sugerente que avivó el fuego en mi interior.

Asentí, incapaz de articular palabra. Traté de disimular la incomodidad de la bragueta de mi pantalón y la seguí de cerca hacia la casa. La rabia y la impotencia de la revelación del secreto y el deseo ardiente por ella se mezclaron como una combinación de productos explosivos, y sabía que, si estallaba, provocaría daños colaterales.

Abrió la puerta y se giró hacia mí con una mirada intensa, como si pudiera leer mis pensamientos.

—No has dicho ni una palabra durante el camino.

Tragué saliva e intenté despejar la mente de imágenes demasiado eróticas. Forcé una sonrisa y me encogí de hombros. No sabía qué contestarle.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a cenar, pero la conversación fue escasa. Ambos estábamos atrapados en nuestras propias reflexiones, incapaces de articular las frases que se agolpaban en nuestras mentes. Sin embargo, las miradas furtivas de los dos a través de la mesa avivaron aún más el fuego que ardía en mí. Era como si estuviéramos bailando al borde de un abismo, a punto de caer en el abrazo apasionado del deseo prohibido.

En aquel momento, el tiempo pareció detenerse y supe que ya no había vuelta atrás. La deseaba tanto que los pulmones me oprimían el pecho por falta de aire.

—Hace un poco de calor aquí dentro —insinuó.

Se deshizo de la sudadera y dejó ver una camiseta blanca de tirantes que delineaba y realzaba la forma de sus pechos. Meneó la cabeza para acomodar su melena suelta y se acarició el cuello con un gesto de molestia dibujado en su rostro.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y me acerqué a ella. Le ofrecí un masaje descontracturante en la zona dolorida. Mis dedos se deslizaron con suavidad por su piel, acercándome cada vez más a su escote, donde podía sentir el palpitar acelerado de sus pezones. Los gemidos de placer que escaparon de sus labios me excitaron aún más y ya no pude resistirme.

Entre besos y mordiscos, nos deshicimos de la ropa que nos asfixiaba para liberar nuestros cuerpos del yugo que los oprimía. La elevé en mis brazos y la sostuve con firmeza mientras sus piernas rodeaban mi cintura, ansiosa de sentirme más cerca. Con cuidado, la apoyé contra la pared y me permití saborear cada centímetro de su piel con mi lengua.

Me deleité acariciando sus nalgas perfectas al mismo tiempo que la acomodaba para poder penetrarla. Sus ojos rebosantes de deseo y su respiración agitada suplicaban que dejara los

preliminares. Sin más dilación, me introduje en ella con un gemido contenido y nos fusionamos en un éxtasis compartido. Nos movimos al ritmo de nuestros deseos, cada vez más exigentes, enredados en un torbellino de sensaciones que nos acercaban al abismo del placer.

—No aguanto más, preciosa —susurré con la voz entrecortada.

—No, ahora no… no te detengas —ordenó entre gemidos—. Estoy a punto de llegar, Óliver.

La intensidad del instante nos envolvió como una ola que nos elevó hasta la cresta del placer. Y entre el vaivén de nuestras caderas, nos sumergimos en el éxtasis más profundo.

Tumbado en mi cama, mi cabeza no dejó de revolotear en torno a lo que había descubierto. Que tenía una hermana resonaba en mi cabeza, dejándome aturdido y desconcertado. Sentí una mezcla de anhelo y culpa al recordar que no le había dicho quién era Samu. Pero tuve miedo porque sabía que aquello complicaría aún más las cosas, tal vez incluso la perdería para siempre. Tenía que calmarme, pensar con claridad y encontrar la manera de confirmar si todo eso era cierto.

A pesar del agotamiento físico, no pude conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, me invadían imágenes de Siena: su cuerpo junto al mío, su mirada cargada de deseo. Necesitaba encontrar una solución. Y Carla, ¿cómo se lo tomaría al descubrir que éramos hermanos? Tampoco podía evitar pensar en la pequeña. Ella y yo habíamos congeniado desde el principio, sin ni siquiera saber que éramos hermanos. Quería tratar de acercarme más a ella y conocerla mejor, decirle que contara conmigo para lo que fuera y que siempre tendría mi apoyo. Incapaz de dormir, salí de la cama y me dirigí hacia la ventana. La luz de la luna apenas iluminaba la habitación, pero era suficiente para ver mi reflejo en el cristal. Me observé durante un largo rato. Sabía que tendría que enfrentarme a la verdad, por más dolorosa que fuera, si quería averiguar qué pasó y por qué nos lo ocultaron. Sí, a los tres: a Siena, a Carla y a mí. Era hora de desenterrar los secretos de la aventura que mi padre tuvo en Italia, el país que mi madre tanto odiaba y que, en su momento, no pude comprender.

# 23. LA PREOCUPACIÓN DE ÓLIVER

## *Carla*

La semana en el instituto transcurrió mejor de lo que esperaba. Aquel pasado finde se mezclaron demasiadas emociones: la revelación de la abuela, las dudas de mi hermana sobre Paolo y mi primer beso con el chico que me gustaba. A pesar de ello, me sentía desorientada; sabía quién era, pero desconocía mi verdadera identidad.

Paolo estuvo ahí para mí en todo lo que necesitase. Desde el primer día que percibió mi incomodidad y le confesé la noticia, se convirtió en mi confidente. Con su ternura y atención, intentó disipar mis inquietudes, envolviéndome con la calidez de sus abrazos y susurrándome palabras reconfortantes. Cada vez que me sentía perdida, él me recordaba que yo era la alegría y la voz que el mundo necesitaba, en particular, él.

Aunque sabía poco de él, ya que seguía sin contar nada sobre su vida familiar, nuestros besos y abrazos se volvieron más frecuentes, más intensos, como si estuviéramos buscando refugio el uno en el otro. Me dejé llevar por esa corriente de afecto, convencida de que él sería mi ancla en medio de la tormenta.

—¿Te gustaría volver al viñedo conmigo? —propuse con ilusión.

—Me encantaría, Carla, pero debo estudiar para el examen del martes; no lo llevo muy bien —se excusó.

Le ofrecí mi ayuda con la esperanza de persuadirlo, pero se mantuvo firme en su decisión y opté por no presionar más. Anhelaba su compañía, aunque, en el fondo, necesitaba compartir mis reflexiones con Siena. La única que conocía y entendía mis sentimientos a toda costa.

—¡Ya estoy aquí, hermanita! —anuncié al bajarme del coche de mi amiga que, de nuevo, me llevó hasta la finca.

—¡Carla! Qué alegría verte —exclamó con una ancha sonrisa—. Pensé que no vendrías este fin de semana.

—¿Y por qué no debería venir? —pregunté a la vez que levantaba una ceja con curiosidad.

—Oh, por nada en particular —respondió, restándole importancia con un gesto—. Anda, ven y dame un abrazo.

Noté algo diferente en ella.

—Oye, te veo distinta. No será que tú y… —insinué, aclarando mi garganta.

Levanté la cabeza para encontrar su mirada, pero no hizo falta su confirmación; el brillo en sus ojos lo decía todo.

Mientras cocinábamos, nos pusimos al día sobre lo que sentíamos después de la desagradable sorpresa.

—Siena, ¿crees que Samuel, ese de la foto, sabe de mi existencia? —pregunté, llena de dudas.

—Supongo que sí. Mamá le escribía cartas contándole sobre el embarazo y tu nacimiento, aunque nunca recibió respuesta —reveló, sin dejar de atender la salsa para la pasta.

—Da igual. Yo tampoco quiero saber nada de él ni si tengo otros hermanos. No me importa —afirmé, y rodeé la cintura de mi hermana, quien me transmitía fuerzas.

—Óliver quiere hablar contigo, dice que te notó preocupada la última vez y te espera en su casa.

Le di un beso a mi hermana y me dirigí a su finca.

—¿Querías verme? —saludé con picardía al verlo y le guiñé un ojo—. Parece que tenemos temas pendientes, amigo.

Le di un pellizco juguetón en el tríceps, sabiendo que apenas lo sentiría. Él me devolvió la sonrisa, aunque su expresión fue más seria de lo habitual.

—¿Qué sucede, Oli? —pregunté con tono relajado—. Volvió a pasar algo con Alma, ¿verdad? Pensé que estos días tú y mi hermana… —Señalé la dirección que llevaba hasta su hogar.

—¡No, para nada! ¿Qué estás diciendo, Carla? —interrumpió, soltando una risa nerviosa—. No pasó nada entre tu prima y yo. —Tomó una bocanada de aire—. Estoy enamorado de tu hermana.

Su rostro se tiñó de un suave rubor y yo no pude contener la emoción.

—Vale, vale —añadió para detener mi emoción con un gesto—, no te vengas arriba —dijo sonriendo—. Ahora es tu turno. ¿Qué tienes que contarme, Carla?

Le pedí que me siguiera y nos dirigimos hacia un lugar apartado del viñedo, por un sendero que serpenteaba hasta la cima de la colina. Era un sitio especial para mí, al que acudía cuando necesitaba pensar o componer una canción en honor a mamá.

Después de una buena caminata, llegamos a la cumbre. Me detuve para contemplar la vista que se extendía ante nosotros. El sol comenzaba a ponerse y el cielo se teñía de tonos dorados y rosados, creando un paisaje impresionante. Hacía tiempo que no subía hasta allí para disfrutar de la belleza de mi tierra desde esa altura.

—¿Qué te parece? —pregunté, dándole un golpecito al ver su expresión de asombro.

—Es precioso —respondió, sin dejar de contemplar la estampa. Aunque parecía absorto en sus propios pensamientos.

—¿Sabías que noviembre es el mes de los colores en la Toscana?

—No tenía ni idea, pero es evidente —confirmó, y extendió su brazo hacia el valle.

—Luego le diré a Siena que encienda la chimenea y asaremos unas cuantas castañas —comenté, intentando contagiar mi alegría—. Supongo que esperas que te cuente qué me pasa.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y le compartí mis sentimientos tras descubrir que mi madre tuvo un amante y el impacto que conllevó ese encuentro fortuito. Aunque Siena ya le había contado los detalles, quería saber qué pensaba yo al respecto.

—No sé, Oli —murmuré, trazando dibujos en la tierra con el dedo—. Estos días han sido difíciles para mí. No es fácil tener que convivir con mi padre y pensar que, cuando sepa la verdad, quizás me odie.

Óliver se agachó frente a mí y apoyó las manos en mis hombros.

—Eso no es así, Carla. Tu padre siempre te querrá. ¿Has pensado en conocer a ese hombre, a tu padre biológico?

Tragué saliva y me quedé en silencio por unos segundos. Sí, eso divagó por mi mente, pero lo ahuyenté enseguida. Ni siquiera él tuvo nunca la consideración de preguntar, ¿por qué debería yo querer conocerlo?

—No —respondí con firmeza—. Él no quiso saber de mí. Yo tampoco.

—¿Y si tienes hermanos y no lo saben? No tendrían culpa de nada. A lo mejor se lo ocultaron.

No me gustó el énfasis que empleó en esa última pregunta. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué mostraba tanto interés? Su actitud empezó a cabrearme.

—Creía que estabas preocupado por mí, pero veo que lo estás más por unos supuestos hermanos que ni siquiera existen —levanté la voz más de lo normal.

Estaba furiosa y dolida. Cuando decidí dar un paso hacia el camino descendente, Óliver me detuvo.

—Lo siento, Carla. No pretendía molestarte ni presionarte. Solo quiero que estés bien… Por favor —suplicó con las manos en posición de ruego.

No pude evitar soltar una risita por la cara que puso, y moví la cabeza de lado a lado.

—Venga, vecino, vámonos. —Hice un gesto con la mano para indicarle que me siguiera—. Quiero olvidar todo eso porque no voy a ir a ningún sitio y solo tengo un padre.

Esa fue la decisión que tomé. Sin embargo, lo que el destino tenía preparado para revelarme no lo esperaba.

# 24. LA SINCERIDAD DE MI PADRE

## *Óliver*

En más de una ocasión, me mordí la lengua para no revelar lo que yo también había descubierto. Fue difícil estar con las dos hermanas y mantenerlo en secreto. Me sentí deshonesto e hipócrita, pero no podía decirlo sin antes hablar con mi padre. Sabía que, una vez que la verdad saliera a la luz, Siena me odiaría y Carla dejaría de verme como su vecino preferido; tal vez incluso dejaría de hablarme.

Pasé dos días meditando, anoté preguntas y consideré las distintas respuestas de mi padre. La única distracción que tuve fue la preparación de la poda. La temperatura cambió drásticamente y el último mes del año estaba a la vuelta de la esquina.

¿Qué estaba haciendo mal para que todo se complicara? Justo cuando las cosas parecían ir bien en mi vida y me sentía feliz y orgulloso, una acción ajena del pasado tuvo que entrometerse. ¡Maldita fuera! ¿Era eso lo que el Universo había preparado para mí? ¿O solo fue una casualidad encontrar aquel particular viñedo en venta?

—¡Joder! —exclamé, y golpeé la pared del comedor con el puño.

No podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Presioné ambos lados de mi cabeza con las manos y peiné hacia atrás el cabello, como si quisiera despejar mis pensamientos.

Salí a correr alrededor de la finca y Siena me vio. Sorprendida por lo temprano que me había levantado aquel día, me saludó con la mano en alto. Los rayos del sol matutino iluminaron su rostro, que resplandecía tras las noches salvajes que compartimos. Nuestras visitas, cada día más frecuentes, nos acercaban más. Los buenos días, las conversaciones por la tarde y las cenas compartidas encendieron una chispa entre nosotros, la cual procuramos contener para que no se desbordara en un fuego voraz. Aunque me resultaba cada vez más difícil convencerme de que esa relación se reducía a una mera atracción temporal.

«Es solo esto, Óliver. Una vía de escape sexual, nada más», recordé la frase en la que Siena solía insistir tras cada velada. Pero, cada día que pasaba, esas afirmaciones me resultaban menos convincentes.

Esa mañana, tras refrescarme con una ducha helada, encendí la chimenea con unos troncos que encontré apilados en el almacén y me dispuse a encarar lo que se avecinaba.

—Hola, papá. Necesito preguntarte algo —dije al escuchar su voz por teléfono.

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Estás bien? —preguntó, preocupado por mi tono.

Tomé una respiración profunda para calmar los nervios antes de seguir.

—Papá, sé qué hace años tuviste una aventura. Y sé quién fue esa mujer.

Hubo un silencio incómodo en la línea. Podía escuchar la respiración agitada de mi padre al otro lado del teléfono.

—Óliver, no sé de qué estás hablando —respondió con voz temblorosa, intentando negar lo evidente.

—Papá, no mientas. Sé sincero conmigo —insistí, y sentí como la tensión crecía en mi interior.

—No sé por qué sacas este tema ahora.

—Sé que esa mujer es la madre de mis vecinas, Carla y Siena —manifesté con firmeza, el corazón me latía a mil por hora.

Hubo otro silencio, más largo esa vez.

—Hijo, te prometo que puedo explicarlo, pero no quería que lo supieras así.

—Necesito la verdad, papá. Todo.

—Está bien. Gretta, la hija de los Tarugi, fue la mujer con quien mantuve una relación. Estábamos enamorados, Óliver —confesó con la voz cargada de melancolía—. Cuando hablé contigo, dijiste que había muerto… —Su voz tembló.

—¿Qué pasó entre vosotros, papá? —pregunté mientras me levantaba del sofá y empezaba a dar vueltas por la estancia como una peonza.

—Eso fue hace mucho tiempo. No importa ya, hijo. Esa etapa está cerrada y olvidada —respondió con tono resignado—. Por cierto, ¿qué le pasó a Gretta?

—Un accidente doméstico —informé, y recordé lo que Alma me había contado.

—¿Un accidente? —repitió con sorpresa en su voz.

—Sí, algo así. No sé los detalles exactos, papá —aclaré, sintiéndome incómodo.

La voz de mi madre resonó a lo lejos del altavoz.

—Samuel, tienes una visita —anunció—. ¿Con quién estás hablando? —preguntó con inquietud—. ¿Por qué tienes los ojos llorosos? —Su tono denotaba preocupación.

—Es Óliver —respondió mi padre, y pude oír el sonido distintivo de los tacones de mi madre acercándose, cada paso más cercano.

—¿Le pasa algo a mi hijo? —le preguntó, histérica—. ¿Por qué estás así?

—Mamá, tranquila, estoy bien. No pasa nada —traté de calmarla por el teléfono, y elevé la voz para que me escuchara.

—Menos mal, hijo. Tu padre solo sabe darme sustos —comentó, e intentó aligerar el ambiente, aunque con un tono despectivo—. Venga, despídete, que te están esperando abajo —le sugirió a mi padre—. Adiós, cariño, cuídate —se despidió de mí, y supuse que mi padre había recuperado el aparato.

—Papá, coge un vuelo tan pronto como puedas. Necesito hablar contigo en persona. Hay algo que no puedo contarte por teléfono.

—Me estás asustando, Óliver —susurró al notar la tensión en mis palabras—. Haré lo posible por ir.

—Llámame cuando llegues a Pisa, iré a buscarte.

—¿Y qué le diré a tu madre? —preguntó, indeciso.

—Tú mejor que nadie sabes qué decirle.

De camino a Pisa, con el coche que me prestó Alma, no podía creer todo lo estaba sucediendo. Después de cinco meses, era yo quien iba al encuentro de mi padre para buscar explicaciones

sobre la aventura que mantuvo. Sentí un nudo en el estómago por el caos que se había desatado en mi vida.

Detuve el vehículo unos kilómetros antes de llegar a la ciudad para activar el navegador en mi móvil y localizar el hotel donde se hospedaba, ya que llegó en el vuelo de la noche y quedamos en vernos al día siguiente. No tardé en encontrarlo, apenas a una calle de la que estuve yo. Mientras conducía hacia allí, recordé el comienzo de mis vacaciones, las que prometían ser excepcionales, pero resultaron ser todo lo contrario. Podría afirmar que fueron las más cortas que he disfrutado, aunque desde otra perspectiva, también las más largas, misteriosas y sorprendentes.

Aparqué donde pude y me dirigí hacia el vestíbulo para averiguar en qué habitación se hospedaba el señor Ruiz, detalle que olvidé preguntarle cuando me avisó.

Al entrar, mi padre me recibió con un abrazo escueto que yo prolongué un poco más.

—Te has apresurado en venir —dije con una sonrisa de soslayo.

—Así lo pediste. Parecía urgente —contestó, y cerró la puerta tras de mí.

Apenas añadí nada más y me dirigí hacia la ventana para examinar el paisaje que se veía desde allí. Después, me acomodé en un sillón frente a un tocador mientras él se sentaba al pie de la cama. Entrelazó las manos y las dejó descansar en su regazo.

—No sé a qué viene, después de tantos años, sacar a luz la aventura que tuve, Óliver —susurró, y descendió la mirada hasta suelo—. Eso ya quedó olvidado y no esperaba que descubrieras nunca quién fue esa mujer.

—Pues ya ves, papá, las casualidades de la vida han querido reabrir esa historia ante mí —contesté con desdén. Crucé una pierna sobre la otra y me apoyé en el reposabrazos del sillón.

—¿Qué es eso tan importante que debo saber? —preguntó, interesado.

—Le regalaste el mismo collar que a mamá, ¿verdad?

Fui directo a lo que desde el primer instante alarmó mi recuerdo.

—¿De qué collar me hablas? —inquirió, frunciendo el ceño—. Nunca le regalé ninguna joya a Gretta. No sé a qué viene esta pregunta.

—¿Sabe mamá que fue más que una aventura? —pregunté con cautela.

—¡No! —exclamó, nervioso, y empezó a dar vueltas por la habitación—. Le dije que solo fue un desliz por haber bebido más de la cuenta.

—Pero no fue así, ¿verdad? —sugerí, al comprobar que no añadía más información—. Yo también pagué las consecuencias, papá. Los dos estabais absortos en vuestras cosas, sin tener en cuenta que éramos tres en casa. Yo era ajeno a todo lo vuestro. Y era obvio tu distanciamiento con mamá.

Una sacudida atravesó mi corazón. Me di cuenta de que estaba soltando la carga que había acumulado durante mucho tiempo y no era consciente de ello hasta aquel preciso momento. Me dolió. Me dolió mucho.

Mi padre paró de caminar y me miró. Su expresión denotaba sorpresa, como si no hubiera caído en el daño que me habían causado los dos.

—Hijo, yo… —intentó decir algo, pero levanté la mano.

—Es pasado, papá. No era mi intención desahogarme, pero has dado en el clavo y no he tenido opción. Pero cuéntame, ¿qué le dijiste a mamá?

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto. No pretendí que te salpicase de esta manera —se disculpó, pasándose la mano por la cabeza.

—Déjalo, papá, de verdad. Estoy bien —le aseguré.

—Tu madre me perdonó, pero le costó aceptarlo y todavía me lo echa en cara cuando sale la ocasión. Sin embargo, la verdad la guardé para mí: estuvimos dos años viéndonos. Nos enamoramos sin remedio el uno del otro.

—Gretta te escribió varias veces, pero nunca recibió respuesta de tu parte. En una de esas cartas, te informaba de que estaba embarazada —revelé, y vi cómo sus ojos se abrían de par en par.

—¡Qué! ¿Cómo es posible? ¿Tuvo un hijo mío y no me lo dijo?

No supe qué decir para calmarlo. Se puso histérico, pensé que iba a sufrir un ataque al corazón. Me abracé a él mientras lloraba, lamentando la noticia desconocida que yo le acababa de desvelar.

—Papá, cálmate. Quizás los sobres se extraviaron o se enviaron a una dirección incorrecta. No sabemos qué pasó exactamente.

—Tuvo que pasar por eso sola, sin tenerme a su lado. No me lo perdonaré nunca —se lamentó con la voz quebrada.

—Papá, tienes una hija, Carla. Y debo decirte que se parece mucho a ti —anuncié sonriendo para calmar la situación—. Fíjate. —Le mostré una foto de mi móvil y su mirada acaparó toda la pantalla.

—Sí, pero también se parece a su madre. Es preciosa. ¿Cuántos años tiene? —preguntó, volviendo a centrarse en la conversación.

—Diecisiete. Y si la escucharas cantar, alucinarías con su voz. Es majestuosa —comenté con orgullo.

Un silenció invadió la habitación. Él se quedó absorto mirando la imagen de su hija y yo reflexioné sobre el duro golpe que había supuesto para él descubrir ese secreto. En cuanto lo supe, no dudé de que él no había sido consciente de la existencia de su hija.

Pensé en cómo podría conocerla y se lo planteé de la manera más sutil posible.

—Deberás quedarte unos días en Pisa. Te prometo que no serán muchos, pero primero debo hablar con Siena y contarle quién soy yo. No quiero que sufra más.

—Ya veré cómo le explico a tu madre que pasaré más días en Madrid por negocios —dijo, preocupado.

—Invéntate algo, pero harás lo que yo te diga. Ya ha habido demasiado dolor y no quiero que haya más complicaciones —le aseguré, decidido.

—Siena es la hija mayor de Gretta, ¿verdad? Solía hablarme de ella —comentó con nostalgia, y yo asentí.

Me esperaban días muy duros…

# 25. LA CONVERSACIÓN CON PAPÁ

## *Carla*

No podía aguantar más. Había pasado demasiado tiempo mordiéndome la lengua, y traté de evitar hacer algún comentario sobre mi madre. Me sentí agobiaba en casa de mi padre y la excusa de tener que estudiar era perfecta para librarme de cenar con él. Evitaba preguntar para no recibir respuestas dolorosas.

Aquella noche, cansada de estar entre apuntes, salí con sigilo de mi habitación y me senté junto a él en el sofá. Hacía frío y él estaba cubierto con una manta de borreguito marrón, cuya textura me encantaba. Así que también me acomodé a su lado, buscando su calor.

—Abrígate bien. —Me arropó con el edredón—. ¿Cómo van los exámenes, hija? Llevas unos días con un humor de perros y supongo que el estrés del estudio es abrumador.

Su rostro de preocupación me conmovió. Apenas se imaginaba lo que bullía en mi cabeza.

—Necesito preguntarte algo porque me siento fatal, papá.

Noté como una lágrima escapaba de mi ojo derecho y vi la mirada de mi padre llenarse de sorpresa al observar mi estado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, inclinándose hacia mí—. ¿Ha pasado algo en el instituto? —Negué con la cabeza.

—Papá, sé lo de mamá. Siena y yo lo descubrimos hace unos días. Sabemos que tuvo un amante y… —Las lágrimas volvieron a brotar y aquella vez cubrí mi rostro con las manos, incapaz de contener el dolor.

—Yo también lo sé, Carla —confesó con un tono de alivio, pero también de dolor—. Podemos hablarlo; no te ocultaré nada.

Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos. Estaba más pálido de lo normal. Supuse que nunca habría imaginado tener esa conversación conmigo. Sus manos temblaban ligeramente y vi cómo su mirada se oscurecía, cargada de recuerdos amargos.

—¿Por qué la perdonaste? —pregunté, dolida por las acciones de ambos.

Me acerqué a él, queriendo sentir su apoyo y darnos fuerzas mutuas. Papá bajó la cabeza y su mirada se perdió en el vacío, como si reviviera cada segundo de aquel doloroso pasado.

—Porque la quería, hija —confesó con la voz quebrada—. Hubo un tiempo en que nuestra relación pasaba por un bache y ambos nos distanciamos. Fue entonces cuando ella se encaprichó de otro hombre, un tal Samuel.

Me senté a su lado y puse una mano en su hombro, intentando consolarlo. Podía sentir el peso de sus emociones atravesar mi piel.

—Papá, no es necesario que revivas eso —traté de aliviar su sufrimiento—; he leído su diario.

Él soltó un suspiro largo, como si el aire le pesara en los pulmones.

—Muy oportuna tu madre al escribir cada uno de sus actos —respondió, afectado por lo que le acababa de contar, como si fuera algo nuevo para él. Sus ojos se llenaron de lágrimas no

derramadas, retenidas solo por su fuerza de voluntad.

Me armé de valor y pregunté lo que me estaba atormentando:

—Papá, ¿sabes que se quedó embarazada de ese hombre? —Sentí como mis pulsaciones se aceleraban y mi corazón estaba a punto de estallar.

Él me miró sin pestañear, como si estuviera intentando descifrar mi rostro por primera vez. Inhaló fuerte y me fijé en lo rápido que subía y bajaba su pecho.

—Sí, lo sé. Tú eres su hija —contestó, sin apartar la mirada de mí—. Aunque, cuando te tuve entre mis brazos, supe que los lazos familiares no siempre son de la misma sangre.

En ese momento, papá rompió a llorar. Sus sollozos eran desgarradores, un sonido que nunca había oído de él. Nos abrazamos, sus brazos me rodearon con fuerza y compartimos el dolor que nos había roto el corazón.

—Siempre serás mi hija. Pase lo que pase, Carla —añadió, sin apartarme de sus brazos. Sus lágrimas mojaban mi cabello, pero no me importaba. Estábamos unidos en nuestro dolor.

—Y tú siempre será mi papá —dije a la vez que lo abrazaba más fuerte y apoyaba la cabeza en su regazo. Sentí su calidez, su presencia, su amor incondicional. Era lo que más necesitaba—. Creo que deberías ser tú quien se lo explicara a Siena. Ella tampoco está bien, aunque intente ocultarlo. Ya conoces cómo es.

Papá asintió con una sonrisa triste.

—Lo sé —dijo—. Siena ha sufrido mucho y mi distanciamiento no ha ayudado. Le debo una explicación.

Aquel viernes no tuve clase y, a pesar del clima invernal, decidí pasar un fin de semana largo con Siena. Estaba preocupada por Paolo, se despidió de manera precipitada. Solo me dijo que tenía que volver a casa porque sus padres lo necesitaban, pero no me contó nada más, ni tan siquiera respondía a mis llamadas. Su última conexión en WhatsApp fue el mismo día en que se marchó. Ningún amigo suyo tampoco sabía nada sobre él y la incertidumbre me carcomía por dentro.

Llegamos a la finca alrededor del mediodía, algo inusual para mí, que solía llegar entrada la tarde. El trayecto en coche se sumió en un abrumador silencio. Yo me preguntaba dónde diablos estaría mi chico mientras mi padre escogía con cuidado las palabras que emplearía con su hija mayor.

El aire frío de ese día mantenía erguidas las vides, como guardianas del terreno mientras Siena se resguardaba bajo el cobijo de nuestra casa, al menos, eso imaginé. Tan pronto como escuchó el ruido del coche, salió a recibirnos. Papá se adelantó unos pasos, decidido a afrontar la conversación que llevaba tanto tiempo posponiendo. En cambio, yo decidí quedarme un poco más atrás, para observar la escena con curiosidad. La relación que mantenían los dos era escueta, lo justo para ir pasando. Mi hermana no solía hablar mucho de papá ni apenas preguntaba demasiado por él cuando yo regresaba los fines de semana. Sin embargo, papá sí lo hacía a mi llegada los domingos. Se interesaba por ella, por cómo estaba y cómo le iba.

—Siena —llamó mi padre con voz firme para captar la atención de ella.

Levantó la mirada, sorprendida por la presencia de nuestro progenitor. Sus ojos se encontraron y, por un instante, pareció que todo el mundo se detenía a su alrededor.

—Papá, ¿qué haces aquí? —preguntó, sorprendida.

Dejó en el suelo una cesta con algunas botellas de vino y se acercó lentamente hacia él.

Él se detuvo antes de responder, trataba de encontrar las palabras adecuadas que minutos antes había analizado para expresarse. Mientras tanto, yo esperaba unos pasos más atrás.

—Hija, necesito hablar contigo, aunque debí hacerlo hace años. Lo sé —comenzó con voz suave pero firme a la vez—. Debo enfrentarme a la verdad y contarte por qué me alejé de ti cuando mamá murió.

Siena frunció el ceño, confundida por lo que le estaba diciendo. Se notaba que la conversación le provocaba malestar.

—No sé a qué viene ahora esto. Después de… ¿cuántos años, papá? —preguntó con la voz entrecortada por la confusión y la incertidumbre.

Pobre papá, trató de reunir todo su valor para explicar lo que tanto tiempo había guardado en su interior.

—¿Por qué no entramos? Hace frío para quedarnos aquí afuera —propuse al acercarme a ellos y percibir que tenían intención de charlar bajo la temperatura gélida.

—Sí, tienes razón. Vamos, papá. —Ella le indicó el camino para que se encaminara hacia la casa.

El interior estaba como siempre, cálido, y un tronco a medio quemar nos dio la bienvenida. Añadimos un poco más de leña y vi cómo mi hermana cogía los abrigos y los guardaba, tan solo intentaba ganar tiempo. Se notaba que no esperaba verlo allí y parecía querer dilatar la conversación. Lo que no sabía era para qué lo hacía. Siena siempre había sido muy valiente para todo menos para los sentimientos, y su comportamiento me puso de los nervios.

Cuando terminó, miró a nuestro padre erguida, con una expresión expectante por lo que iba a contar. Este tomó una silla para estar frente a nosotras y se quitó el jersey de lana para quedarse con una camiseta de manga corta. Observé cómo los tatuajes, que una vez adornaron sus fuertes brazos, habían perdido parte de su color original. Entretanto él buscaba la frase inicial, yo luchaba por recordar cómo era cuando vivíamos los cuatro. Mis recuerdos de aquella época eran borrosos, ya que era demasiado pequeña cuando mi madre aún vivía. Lamento no tener una imagen más nítida de ella.

Papá nos miraba alternando entre nosotras dos mientras sus manos se deslizaban sobre el oscuro tejano, hasta que sus ojos azules se posaron en Siena, en su hija mayor y la que más sufrió en su ausencia.

—Siena, perdona por todo el mal que te hice, que os hice a las dos. Sí, me marché de casa porque estaba lidiando con mis propios demonios, con los errores que cometí con tu madre y por la situación entre nosotros —confesó, sin apartar la mirada—. No actué como debí hacerlo. Soy consciente de que el mayor error que cometí fue apartarme de ti, Siena, y de algún modo de Carla, cuando más teníamos que permanecer juntos. Lo siento mucho —lamentó, inclinó la cabeza y la apoyó en su mano, cuyo codo descansaba sobre su rodilla.

Nos sumimos en un silencio denso, dejando que las palabras que había dicho se asentaran en nuestro interior, como hojas de otoño que caen en un estanque tranquilo.

—No culpo a vuestra madre por haberse enamorado de otro hombre —dijo con sinceridad mientras mantenía la mirada firme—. Me pasaba la mayor parte del tiempo en el taller, más tiempo del que estaba con ella —admitió—. Trataba de arreglar coches y motos lo más rápido posible, sin darme cuenta apenas de que no paraba en casa.

—Eras mecánico, papá. Eso formaba parte de tu trabajo —intervino Siena con una mezcla de comprensión y dolor en su voz.

—Sí, reparaba lo que estaba roto, pero no supe reparar mi matrimonio —confesó, mostrando un deje de culpa en su tono—. Mamá siempre quiso que la acompañara a los eventos del vino, pero yo me negaba porque no podía cerrar el taller. Me pedía cenas a solas y yo me excusaba con la acumulación de trabajo. Hasta que al final nos distanciamos, la relación se enfrió y ella conoció a otra persona.

Siena se cruzó de brazos y miró al suelo con los labios apretados, luchando por mantener la compostura.

—Eso no justifica que abandonaras a tu familia, dejándonos a mí y a Carla. Yo te necesitaba, papá —dijo mi hermana con la voz entrecortada.

—No podía soportar el ambiente que se creó entre los dos. Tú no querías afrontar tu dolor ni te dejabas ayudar, y yo caí en un desespero profundo que me creó mucha ansiedad. No sabía qué hacer para acercarme a ti. Y cuando lo intentaba, me acuchillabas con tus palabras.

—Presencié el accidente de mamá, la vi morir delante de mí y no pude hacer nada —añadió, y las lágrimas retenidas brotaron de sus tristes ojos—. Y tú no me ayudaste a superarlo —añadió, y hubo un silencio amargo—. Te rendiste muy rápido, papá… Yo te necesitaba. —Su corazón se desgarró.

Papá se levantó de un salto, sus ojos estaban llenos de tristeza y arrepentimiento. Se acercó a Siena y la abrazó con fuerza, envolviéndola en sus brazos como si pudiera protegerla del dolor que ambos sentían. Por primera vez, vi a mi hermana permitirse mostrar su vulnerabilidad ante papá, dejando caer la coraza que la había mantenido protegida durante tanto tiempo.

—Siena, no. No te tortures más por ello —dijo papá, acariciando su cabello con ternura—. Fue un accidente. Por favor, hija, ya basta.

—Yo le grité, papá. Moví la escalera. Yo la maté —se culpó una y otra vez mientras las lágrimas brotaban sin control.

Papá la sostuvo con más fuerza, cerrando los ojos en un intento de contener su propio dolor. Su rostro se oscureció al recordar y una profunda tristeza se reflejó en sus ojos.

—¡Ya basta, por favor! —exclamé, nerviosa, incapaz de soportar ver a mi hermana destrozada. Me puse de pie y observé la conmovedora escena de los dos abrazados, pero me mantuve al margen y traté de luchar por contener mis propias lágrimas—. Tú no mataste a mamá —insistí con los ojos empañados.

Siena lloraba incontrolable y sus palabras se ahogaban por el llanto.

—Ella estaba muy angustiada, papá. Lloraba y no quería decirme por qué. Yo quería saber qué le pasaba, qué le había dicho aquella persona, pero no contestaba y me puse muy nerviosa. Insistí varias veces más hasta que sacudí la escalera y ella… ella se cayó —añadió, recordando una vez más la tormentosa escena.

—¿De qué persona hablas, Siena? —interrogó mi padre, sorprendido por la mención—. Nunca me habías dicho que había alguien más con tu madre.

—Porque cuando fui a ver con quién hablaba, no había nadie con ella, pero yo escuché una voz, y no era la de mamá. De haberlo dicho, me hubierais tomado por loca. Fuese quien fuese, algo le dijo para alterarla tanto, papá, y es lo que yo trataba de averiguar con ella. Hasta que sacudí la escalera y murió por mi culpa.

Apenas entendíamos lo que contaba y menos por los sollozos que le impedían pronunciar las frases enteras.

—Escúchame —dijo papá con la voz temblorosa pero firme—. Fue un accidente. Mamá perdió el equilibrio, eso podría haberle pasado a cualquiera. Tu madre tenía la manía de subirse hasta el último peldaño. Más de una vez la tuve que sostener. No fue tu culpa. Te prometo que ella nunca te culparía. Pero, hija, ¿por qué no me dijiste que había alguien más con ella?

—¡Porque no vi a nadie, papá! —exclamó, alterada—, y olvidé la voz. Solo tengo la imagen de mamá en el suelo…

Me acerqué y me uní al abrazo, los tres juntos, como si de alguna manera pudiese aliviar el sufrimiento.

Fue una de las escenas más conmovedoras que viví, una muestra de amor y perdón que iluminó incluso los momentos más oscuros de nuestros días. Sin embargo, no fue la única escena, se le sumaron unas cuantas más.

Comimos los tres juntos y a media tarde yo me regresé a la ciudad con mi padre.

# 26. YO SOY EL HIJO DE SAM

## *Óliver*

Los nervios me consumían sin piedad. Mi padre estaba a pocos kilómetros de mi casa y esperaba ansioso mi aviso para venir a conocer a su hija mientras yo sopesaba la decisión de esperar un poco más o encarar la verdad con valentía y decirle a Siena quién era yo. Pero ¿quién era yo en realidad? Ni siquiera yo lo sabía, pues la vida también me había ocultado la existencia de una hermana menor.

Decidido a afrontar aquel desafío, me dirigí sin titubear dirección a su finca, a la de mi vecina. Hacía un frío que pelaba, pero olvidé coger la chaqueta que compré en Roma junto con otras prendas de invierno. Toda mi ropa se quedó en La Rioja. Cuando llegué a la Toscana, solo traje la justa para las vacaciones. Menos mal que cada vez que visitaba algún pueblo cercano, procuraba adquirir alguna pieza de temporada y poco a poco llené el armario con prendas más gruesas y esenciales para soportar la jodida baja temperatura.

—¿Puedo pasar? —pregunté a Siena, apenas abrió la puerta—. Qué bien se está aquí dentro. —El calor de la chimenea reconfortó mi cuerpo, que aún temblaba por el frío.

—¿No será que vas demasiado ligero de ropa? —preguntó con una sonrisa pícara al pasar por delante de mí, contoneando sus caderas. Aquel movimiento que me volvió loco desde el primer día que lo vi. Me provocó y la agarré por la cintura, la atraje hacía mí para besarla. No aguanté más.

—Tengo que hablar contigo, Siena —dije, interrumpiendo el beso. No podía seguir sin antes contarle la verdad que pesaba sobre mis hombros.

Ella me miró confusa y con un aumento de respiración.

—¿Tan importante es que no puede esperar? —preguntó, mordiendo mi labio inferior con una pizca de curiosidad y preocupación.

Afirmé con la cabeza, sin poder apartar la mirada de su rostro.

—Sí, es algo que no puedo posponer más. Vamos a sentarnos.

Nos dirigimos al salón y, mientras yo me sentaba en el sofá, Siena se detuvo frente a la butaca donde estaba el diario de Gretta. Lo recogió y lo observó con una expresión de incomodidad.

—¿Lo estás leyendo otra vez? —pregunté, y lo señalé con la cabeza.

Siena empezó a explicar que su padre había estado en la finca y juntos enterraron los fantasmas del pasado. Él lo supo todo desde el primer día, pero quería tanto a su mujer que optó por quedarse a su lado y aceptó el bebé que ella llevaba en el vientre sin ser de su propia sangre. Sin duda, fue acto de un amor verdadero. Luego, ella avanzó decidida hacia el fuego con el cuaderno en la mano y con la intención de arrojarlo a las llamas. Pero se detuvo y la fotografía de mi padre cayó al suelo una vez más. Siena la recogió y la miró con una expresión mezcla de sorpresa y desdén.

—Vaya, qué inoportuno —dijo, sosteniéndola a cierta distancia—. Si algún día te lo cruzas por España, dale recuerdos —ironizó con un deje de sarcasmo.

—Debo contarte algo —anuncié, y un torrente de emociones invadió mi voz—. Ese hombre es… —Alargué la mano para indicar la foto y ella me miró con sus ojos llenos de incertidumbre.

—¿Qué pasa? ¿Acaso lo conoces? —preguntó con una sonrisa torcida que intentaba ocultar su angustia.

—Es… Samuel Ruiz. Es mi padre —confesé. Mi voz tembló mientras mantenía la mirada fija en la suya.

Siena se quedó paralizada y su rostro reflejó una incredulidad que se transformó en furia.

—¿¡Qué demonios dices, Oli?! —exclamó—. ¿Tú lo sabías? —Me empujó con la palma de la mano—. ¡Por supuesto! Por eso viniste aquí. ¿Qué pretende tu padre?

La ira se apoderó de ella y su respiración se aceleró, frenética como el galope de un purasangre.

—¡No! No tenía ni idea de todo esto hasta que tú me lo contaste. —Traté de mantenerme sereno a pesar del caos interno—. Tranquilízate, por favor —le pedí, y toqué sus brazos con delicadeza—. No tenía ni idea de la existencia de una hermana.

—¡Carla no es tu hermana! —gritó con desespero y con lágrimas en los ojos—. Aléjate. No quiero volver a verte, Óliver. Regresa a España o me da igual, pero desaparece de mi vida.

—Siena, por favor, cálmate. Déjame explicarme, solo eso, y luego me iré para siempre si así lo deseas —dije, implorando con la mirada.

Ella caminaba de un lado a otro, tratando de encontrar calma. Respiró hondo. Su rostro expresaba ira y tristeza y, antes de detenerse frente a mí, fijó sus ojos en los míos y me concedió la palabra.

—Te recuerdo que ya sabes cómo llegué aquí, Siena. Vine de vacaciones y fue cuando el cartel de «se vende» capturó mi atención. Destino o casualidad, no lo sé, pero así fue como sucedió. —Tomé aire, pero mi corazón latía con fuerza para confesarle lo más importante—. Estoy enamorado de ti, Siena —las palabras salieron de mi boca como un susurro para declarar un sentimiento que había guardado para mí.

—No digas bobadas, Óliver. Te advertí que lo nuestro no podía ser más que sexo —dijo, fría y distante.

—En cuanto a mi padre, él amó a tu madre. Cada palabra escrita en ese diario concuerda con lo que él me ha contado —le expliqué, desesperado.

—¿Tu padre lo sabe? —preguntó con el ceño fruncido.

—No recibió ninguna carta, ni noticias de que tenía una hija en camino. Pero él está aquí —añadí para que se diera cuenta de la enrevesada situación.

Siena guardó silencio. Cubrió su rostro con las manos mientras sacudía la cabeza. Después, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. La tensión en el aire era palpable. La verdad estaba sobre la mesa y el futuro de nuestra relación pendía de un hilo. La escena era dolorosa, tenía miedo de perderla para siempre. Era una prueba de nuestro amor y la verdad que cada uno tenía que aceptar y asimilar.

—¿Y Carla? ¿Qué pasará con ella? —preguntó, angustiada.

Mi corazón se encogió al ver su dolor. Me acerqué a ella y dejé que mis manos acariciasen sus hombros con ternura. Con suavidad, levanté su barbilla con un dedo y la obligué a mirarme a los ojos.

—Carla descubrirá que soy su hermano —comenté, aunque mi voz temblaba un poco—. Y conocerá a su padre biológico, que hasta ahora ignoraba su existencia. Pero Samuel no la obligará a nada. Te lo prometo. —Incliné la cabeza y le di un beso tierno en la frente, un acto de cariño que intentaba suavizar el dolor que ambos estábamos sintiendo.

Siena parecía agobiada y se apartó rápido.

—Necesito estar sola. Vete, por favor —dijo con la voz entrecortada, como si cada palabra le costara un gran esfuerzo.

Un nudo se formó en mi garganta y sentí un profundo desgarro al ver la tristeza en sus ojos. Lo que más deseaba era quedarme a su lado, ofrecerle consuelo y encontrar alguna manera de suavizar el golpe. Pero entendí que el dolor era demasiado grande y que necesitaba espacio para procesarlo todo.

—Lo siento, Siena —murmuré, y me di la vuelta despacio.

Mi corazón latía con intensidad. Cada paso que daba hacia la puerta dolía, pero tenía que aceptar que debía dejarla sola para afrontar sus propios sentimientos.

Salí del salón sin oponer resistencia. Tenía la sensación de que algo aplastaba mi pecho. El aire frío del exterior me golpeó como un recordatorio brutal de la realidad y caminé hacia mi casa con la mente llena de incertidumbre sobre el futuro que se nos presentaba a todos.

# 27. CUANDO PENSABA QUE TODO SE HABÍA RESUELTO

*Carla*

Justo cuando pensaba que las piezas de nuestra vida volvían a encajar y que la armonía familiar se restauraba, él irrumpió en escena: el hombre de la fotografía, aquel a quien llamaban mi padre biológico.

Siena habló por teléfono con papá la noche del domingo, justo cuando acabábamos de llegar a casa después de recogerme en la finca, felices como unas perdices. Pero observé la expresión de su rostro mientras conversaba por el móvil y un nudo se formó en mi estómago. Se avecinaba tormenta, y de la buena.

—¿Qué pasa, papá? —interrogué al verlo colgar y tomar asiento.

Tomó mi mano, que había apoyado en su hombro, buscando consuelo en el contacto.

—Ese tal Samuel ha descubierto que tiene una hija. Vuestro vecino se lo ha contado —dijo con eco de ruinas en su voz.

—¿Óliver? ¿Qué pinta él en todo esto? —inquirí con rabia en mis palabras al pensar en su indiscreción sobre algo que no le incumbía.

—Resulta que Óliver es su hijo —confesó al mismo tiempo que levantaba la mirada hacia mí —. Él también es tu hermano, Carla.

—No, eso no puede ser verdad, papá —repliqué. Retiré la mano y retrocedí por instinto, estableciendo una barrera entre nosotros—. ¿Por qué no me lo dijo si ya lo sabía?

—Cálmate, hija —intentó tranquilizarme, acercándose—. Ninguno de los dos tenía idea de tu existencia. Él solo quiere conocerte —aseguró, y acarició mi cabello.

Asentí, aunque mi mente se negaba a aceptarlo. Demasiadas sorpresas agrias en tan poco tiempo. Necesitaba un respiro para procesarlo todo y otro más para aceptarlo. Aquello se iba de madre. Maldije en silencio el día que mi hermana encontró aquel diario.

Dos días después, fuimos al viñedo. Al bajarnos del coche, un destello solar iluminó mi alma. Sentí una oleada de fuerza en mi interior y me colgué del brazo de mi padre, quien esperaba a que fuera yo quien diera el primer paso hacia la casa. Sabían la hora de nuestra llegada porque tres personas esperaban en el porche. Siena bajó las escaleras para recibirnos. Aunque tenía mala cara, parecía tranquila. Le sonreí y la abracé para apaciguar un poco mis nervios.

—Tranquila, Carla, todo irá bien —me susurró al darme un beso en el rostro, y yo asentí.

Se unió a nosotros y caminamos hacia nuestro destino.

Óliver bajó un par de peldaños y, cuando yo subí los otros dos, hizo el gesto de tocar mi brazo, pero se detuvo por precaución.

—Hola, Óliver —saludé con un nudo en la garganta.

Le tenía cariño como vecino, aunque no como hermano. Todavía era pronto para ese sentimiento. Pasé por su lado, dispuesta a conocer al señor que estaba de pie tras una columna, esperando mi aparición. Al acercarme, sentí una mezcla de curiosidad y de nervios.

Me detuve frente a él y ¡madre mía!, analicé un par de rasgos similares a los míos. Sí, era cierto; ese hombre era mi padre biológico. Guapo y atractivo a su edad, era normal que mamá se enamorara de él. Siena no me quitó el ojo en todo el rato y, cuando nuestras miradas se cruzaron, hizo una mueca que quiso decir: adelante.

—Buenos días, señor —saludé, y estreché su mano.

—Hola, Carla. Encantado de conocerte —dijo Sam con una sonrisa amable que intentaba disimular los nervios—. Puedes llamarme Samuel. Veo que mi hijo no exageró al decirme que eras una chica muy guapa.

Sus palabras me sorprendieron y una ligera sonrisa se dibujó en mis labios en respuesta a su cumplido. Agradecí el gesto, aunque una parte de mí seguía intentando procesar la noticia.

Hice las presentaciones oportunas entre mis dos padres, un poco embarazoso para ellos. Samuel se mostró educado, aunque su sonrisa se notaba algo impostada. Mi padre respondió con un saludo cortés, pero su mirada estaba cargada de un resentimiento palpable. Su postura era rígida y los músculos de su mandíbula estaban contraídos. La tensión entre ellos era tan densa que se podía cortar con un cuchillo. Conocer al hombre con quien su mujer mantuvo una relación a espaldas de él no era para nada agradable, y era evidente que no iba a ser fácil mantener una fachada de cordialidad.

Un silencio espeso se instaló entre todos los presentes. Me pregunté cuánto tiempo podría sostenerse esa aparente calma antes de que la verdad se desbordara. Decidí dejar de lado mis prejuicios iniciales y dar un paso hacia Samuel a pesar de la hostilidad que emanaba de papá. Tanto él como yo estábamos allí para solucionar un pasado doloroso y tratar de encajar las piezas de un rompecabezas.

—¿Le apetece dar un paseo por el viñedo? —Era la mejor opción para alejarnos del resto y hablar a solas.

—Siento el dolor y la rabia que te ha causado descubrir el secreto de tu madre —dijo Samuel mientras caminábamos entre hileras de vides—. Aunque no lo creas, yo también siento ese dolor.

De vez en cuando, Samuel levantaba la cabeza del suelo para observarme mientras hablaba. Sus manos estaban metidas en los bolsillos de un abrigo de paño negro. Me fijé en su estatura; era tan alto como su hijo y también parecía estar en forma como Óliver, aunque su mirada no brillaba tanto como la de él.

—¿Cómo conoció a mi madre? —pregunté para iniciar una conversación y comprender mejor la historia que tuvieron él y mi madre.

—Supongo que no hay mucho más que añadir a lo que has leído —dijo, mostrando tristeza en su voz—. Tu madre era especial para mí. Nos conocimos en Vinitaly, en Verona, la feria del vino más grande del mundo. Su alegría era contagiosa y cuando nos presentaron, sentí una conexión instantánea. Allí fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella.

—Vaya, un flechazo a primera vista —intervine, y traté de disimular el dolor con un gesto irónico, aunque yo también estaba herida.

Samuel suspiró con la mirada fija en la tierra, tratando de buscar respuestas en el suelo.

—Sé lo que piensas, Carla. Créeme, entiendo tu escepticismo. No era mi intención aparecer de la nada y desbaratar vuestras vidas. Tu madre y yo teníamos planes de construir una vida juntos, pero, al no recibir noticias de su parte, pensé que lo que había sentido tan solo fue una ilusión.

—¿Por qué no volvió a buscarla? —lo interrogué con un tono incrédulo—. Si tanto la amaba, ¿cómo pudo dejarla ir tan fácilmente?

Él se detuvo y se giró hacia mí. Suspiró y se pasó la mano por el cabello plateado. Parecía cansado, como si llevara una carga invisible sobre los hombros.

—Lo intenté en varias ocasiones, pero nunca contestaba al teléfono —divagó antes de continuar—. Yo no quería ser un obstáculo. Ella estaba comprometida con otra vida, con otro hombre. Igual que yo lo estaba con mi mujer. Aun así, en una de las tantas veces, una voz masculina respondió: tu padre. No me corté y pregunté por ella.

Calló y me quedé con la intriga de saber qué pasó después. Con la mano derecha, acarició su mentón, descuidando mi espera. Nos detuvimos en el límite colindante de las dos fincas.

—¿Ese es el viñedo de mi hijo? —preguntó, y señaló con el dedo—. Las ha podado bien, pero no darán fruto para la próxima temporada.

Examinó el terreno a lo lejos, como si tuviera que dar un veredicto sobre la compra que hizo Óliver.

—Es una suerte tener a Oli de vecino —murmuré, y esbocé una sonrisa para romper el silencio que se había interpuesto entre los dos.

—Sí, es un buen chico —confirmó. Pero su tono me confundió.

—Sabe lo que se hace, créame —aseguré para apaciguar su duda.

Él me miró a la vez que mostraba una sonrisa idéntica a la de mi hermano. Sí, así lo sentía. La noticia me traspasó, pero cuanto más me hacía a la idea, más me convencía porque Óliver me caía bien. Congeniamos desde el primer encuentro y me había encariñado con él. Era un amor.

—¿Qué dijo mi padre al teléfono? —traté de reconducir la conversación después de dejar pasar un tiempo prudente.

—Que sabía quién era yo. Que la olvidara porque habían decidido arreglar su matrimonio.

No añadió ningún comentario más, pero yo tuve que insistir.

—¿Le dolió?

—Sí, y todavía me duele, Carla. Aunque supe que me mentía, no quise interferir más en su matrimonio.

—Lo siento… —musité.

Esa confesión apuntó a mi corazón y sentí lástima por mis padres, por los tres. Cada uno lo sufrió en su intimidad e intentaron llevarlo lo mejor que pudieron.

Me quedé contemplando el paisaje durante unos minutos más y sentí una extraña sensación de paz y tranquilidad. A pesar de todo lo ocurrido, hacía lo correcto.

De repente, una ráfaga de viento agitó las hojas de las vides y rompió el silencio que nos volvió a invadir. Miré a mi padre biológico y vi en sus ojos tristeza, arrepentimiento, pero también

esperanza.

—Carla, sé que no puedo cambiar el pasado, pero quiero que sepas que estoy aquí ahora, dispuesto a ser parte de tu vida si me lo permites —dijo con voz suave pero firme—. Me encantaría tener la oportunidad de conocerte mejor y construir una relación contigo. Esperaré lo que haga falta, cuando tú estés preparada.

Sus palabras me conmovieron en lo más profundo de mi alma. Aunque aún había muchas preguntas sin respuestas y heridas por sanar, sentí que estaba lista para darle una oportunidad y abrir mi corazón a la posibilidad de una nueva conexión familiar. Una conexión con mi nuevo hermano y mi otro padre.

—Gracias —respondí con una sonrisa bondadosa—. Me gustaría eso.

Mi instinto fue abrazarlo, sin embargo, Samuel se anticipó. Apretó mi espalda con sus brazos y supe que estábamos unidos por algo más.

—Estoy feliz de saber que tengo una hija de la mujer que amé. Y, por favor, tutéame, no me hables más de usted, que me haces más viejo de lo que soy. —Sonreímos los dos.

# 28. LA QUE GUARDABA MI MADRE

## *Óliver*

Percibí un brillo especial en los ojos de mi padre. Descubrir que tenía una hija fue la mejor noticia de su vida. Ni clientes nuevos ni cosechas recientes podían compararse con la alegría que lo invadió al saberlo. Decidió quedarse un par de días más y le propuse que se alojara en mi casa.

—Hijo, estoy orgulloso de ti. —Me dio un suave golpe en la espalda y apretó mi hombro para girarme hacia él—. No te creía capaz de emprender tú solo con un viñedo. Siento haber dudado de ti.

Alargó el brazo y señaló la plantación de vides con la poda perfecta que había realizado, aunque era consciente de que el próximo año no habría racimos de uva. Asentí satisfecho y le propuse preparar juntos la comida. Me sentí extraño. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo con él.

—¡Qué bien huele! —exclamó Carla, asomándose por la puerta antes de acceder—. ¿Hay sitio para una más?

—¡Claro que sí, herma… —Me mordí la lengua porque no estaba seguro de que fuera de su agrado.

—¿Hermana o hermanita? —interrogó con una pizca de ironía.

—Pensándolo bien, me gusta más llamarte vecina —dije mientras removía el caldo de pollo que nuestro padre había preparado.

Carla me golpeó la pierna con un movimiento de cadera y volvió a hacer el mismo gesto que me recordaba a mi padre, como aquella vez que le advertí que envejecería en dos días.

Sonreí. No había sido una mala idea que saliera a la luz la vida privada de Gretta. Al fin y al cabo, nos regaló algo maravilloso por lo que le estaré agradecido toda la vida. Carla es especial, lo fue desde el primer día que se dirigió a mí con los auriculares puestos, tarareando y bailando sin pudor.

Aquella semana, Carla decidió no asistir a clases y quedarse unos días en casa con Siena y compartir ratos con nosotros. Su padre permitió que ella tomara la decisión y no se interpuso. Al contrario, accedió a tener una conversación con mi padre para aclarar puntos confusos del pasado. Lo solucionaron como adultos, por el bien de su hija en común.

Era imposible no reconocer la voz de mi madre por teléfono. Estaba alterada y chillaba más de lo habitual.

—¿Puedes calmarte de una vez, Nat? —inquirió mi padre, resoplando mientras se inclinaba en el respaldo del sofá.

—¡Es que no entiendo por qué debes alargar la estancia! Eran dos días y ya le sumas dos más. Haces lo mismo que cuando viajabas por Italia. Además, mañana hemos quedado para cenar en casa de los Rodrigo. ¿No pretenderás que vaya sola?

Sus gritos ensordecedores retumbaron en mis oídos mientras fregaba los platos, ya que la sobremesa se alargó charlando los tres y preferí ordenarlo todo cuando Carla se hubiese marchado. La tensión de su voz era palpable. Mi padre entró en la cocina, sacudiendo la cabeza con frustración.

—Tu madre se ha vuelto loca por la prolongación del viaje —aclaró, apoyándose en la encimera mientras se masajeaba las sienes.

—¿No te cansa esta vida, papá? Solo os recuerdo discutiendo. Desde que se enteró de tu infidelidad y te perdonó, ya nunca más ha sido igual —dije mientras me secaba las manos con el trapo y lo miraba con preocupación.

Papá dejó escapar un suspiro pesado.

—Le he propuesto divorciarnos más de una vez, pero se ha negado. Dice que estamos bien así, que sus amigas presumen de sus maridos y ella debe aparentar lo mismo. No la entiendo y ni siquiera sé qué pretende con ese pretexto —bufó con amargura.

—¿Crees que se imagina que estás aquí? —pregunté, dudoso, y observé su expresión cansada en el rostro.

—Quizás. Tu madre es capaz de cualquier cosa. Cuando me contaste que habías comprado el viñedo de los Tarugi y escuché el nombre de Gretta, mi actitud cambió, y a ella no se le escapa nada —contestó, apretando los labios.

Sentí un malestar al pensar en la posibilidad de que mi madre descubriera la verdad de manera abrupta. Podía ser explosiva.

—Pues en cualquier momento se presenta por esa puerta —dije con un tono burlón para tratar de aligerar la tensión. Y mi padre dejó escapar una risa amarga.

—Si le da por comprobar el extracto de la Visa, lo descubrirá.

—No te preocupes, papá. Cuanto antes sepa la verdad, será mejor para todos. Ya sabes cómo es mamá y el caos que se forma cuando las cosas no salen como ella quiere.

Apenas teníamos apetito para cenar, así que mi padre se retiró a su habitación para descansar y revisar los artículos que recibió de la empresa para publicar en la web. En cambio, yo me recosté en el sofá y me relajé mirando una película en la tele. A esas alturas, entendía a la perfección el italiano y podía seguir cualquier diálogo. Siena volvió a colarse en mi mente y, aunque esos últimos días estuvimos distanciados, no podía dejar de pensar en ella y desear besarla. Pero por más que yo quisiera, ella me detestaba.

El sonido del móvil rompió el silencio de la casa. Eran las diez de la mañana y, aunque estábamos despiertos, andábamos sumergidos en nuestras cosas. Mi padre había enchufado el portátil en la mesa del salón y yo repasaba las facturas de los últimos productos comprados para el viñedo.

—Dime, mamá, ¿qué ocurre? —contesté con tono despreocupado.

—¡Sorpresa! He venido a verte. Estoy aquí —dijo, alegre.

—¡¿Qué?! ¿Dónde estás? —pregunté, alarmado.

—Justo delante de una puerta de hierro llena de jazmín. —Joder, estaba en la finca de Siena.

—Espera, salgo enseguida. Ese no es mi viñedo. No te muevas de ahí.

No podía creer que mi madre estuviese allí. Me apresuré a buscarla.

—¿Se quema algo? —preguntó mi padre, burlón.

—Peor. Mamá está aquí. Me acaba de llamar para decírmelo. Voy a buscarla.

Mi padre se quedó estupefacto y apenas le dio tiempo a contestar porque salí disparado por la puerta.

Cuando la vi allí plantada con su elegante abrigo, un pañuelo anudado al cuello, maquillaje perfecto y botas planas de marca, esbocé una sonrisa. No sabía dónde se había metido.

—Hola, hijo —saludó, abriendo los brazos para abrazarme—. Qué mala pinta tienes.

Me examinó de arriba abajo para emitir su veredicto. Para ella, no estar vestido como un pimpollo era tener mala pinta.

—Yo a ti te veo genial, mamá. ¿Pero qué haces aquí sin avisarme de que vendrías?

—Quería darte una sorpresa —respondió con una escueta sonrisa—. ¿Acaso no te alegras de verme? —preguntó de soslayo mientras caminaba a mi lado.

Era gracioso verla caminar por el sendero de tierra. Ella no estaba acostumbrada a ese entorno rural.

—Claro que me alegro de verte, pero de avisarme, hubiese ido a buscarte al aeropuerto.

—Aún no entiendo qué ves en este lugar perdido en la nada. —Miró alrededor con desdén mientras abría la puerta y la invitaba a pasar a mi finca.

Me limité a no contestar, no valía la pena discutir. Caminamos hasta la casa en silencio. La observó y, con cierto esfuerzo, admitió que no estaba mal. Pero todo cambió cuando vio a papá. Su mirada se oscureció, noté su cuerpo tensarse y los labios, que hasta aquel punto habían sido una sonrisa, se transformaron en una fina línea. Observó a mi padre hecha una furia.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a ver a tu amante? —espetó con ira, envolviendo sus palabras.

Papá se levantó de la silla con el rostro tenso y yo me quedé atónito tras sus palabras.

—¿Y tú, Nathalie, sabías que estaba aquí?

—¡Tranquilizaos, por favor! —intervine en son de paz, levantando las manos—. ¿Se puede saber de qué estáis hablando? Mamá, ¿sabías que papá estaba aquí estos días? —intervine con tono desafiante.

—¡Oh, claro que lo sabía! A tu asesor y amigo de confianza se le escapó «Pisa» y tu prolongación me lo confirmó —dijo a la vez que dibujaba comillas en el aire con los dedos—. Deduje que estarías aquí, usando la excusa de ver a tu hijo para volver a verla.

—¿Pero qué coño estás diciendo, mamá? —Mis ojos estaban desorbitados. No asimilaba nada de lo que decía.

—La mujer con quien tu padre me fue infiel vive aquí. Siempre supe que no fue solo un desliz de una noche. ¡Nunca fuiste sincero conmigo!

Mi padre se acercó a ella con los puños apretados a los costados.

—¿Y tú qué, Nathalie? ¿Cuántas veces has querido mantener esta farsa? Aunque fingiste perdonarme, nunca lo has hecho. A la más mínima, siempre me lo echas en cara. ¡Tú también tienes parte de culpa en esto!

—¡Culpa! —gritó ella con los ojos llenos de furia y dolor—. ¿Tienes el descaro de culparme a mí después de todo lo que hiciste? ¡He cargado con esta mentira durante años, intentando mantener nuestra familia unida!

—¿Mantenerla unida? —respondió él, frustrado y desesperado—. Lo único que has hecho es recordarme día sí y día también mi error, sin darme una oportunidad real de corregirlo. ¿Qué clase de unión es esa?

—¡Una unión que tú destruiste! —replicó ella, las lágrimas comenzaron a correr por su rostro —. Yo solo intentaba salvar lo que quedaba de nosotros, pero fue en vano.

Sentí un nudo en el estómago. Necesitaba una bocanada de aire fresco y decidí salir y dejarlos solos. Pero justo cuando giré el pomo, choqué con alguien.

—¡Siena! ¿Qué haces aquí? —exclamé, sorprendido de verla frente a mí.

Tenía el rostro endurecido, todavía estaba molesta por nuestra última conversación. Había venido a hablar conmigo, pero llegó en el peor momento. Sus ojos brillaban entre la rabia y el remordimiento. Difícil de descifrar.

—Estás pálido. ¿Te encuentras bien? —preguntó, e intentó suavizar su tensión con una sonrisa forzada.

—Mis padres están discutiendo y he tenido que salirme.

—¿Está aquí tu madre? —preguntó, sorprendida, mientras forzaba entrever tras la ventana.

—Te la presentaría, pero no creo que sea una buena idea ahora mismo.

Siena se quedó plantada frente al cristal y, en ese silencio entre nosotros, solo se escuchaban los gritos de mi madre. Su voz resonaba en el exterior de las paredes gruesas que formaban la casa. Cuando mi madre clavó la vista en la ventana, nos vio a los dos examinando la situación, pero siguió con lo suyo. Miré de reojo a la mujer que yo quería y, si antes era yo el que tenía el rostro blanco, en aquel momento era ella la que parecía un muñeco de nieve. Blanca y congelada.

—¿Qué pasa, Siena? Parece que hayas visto un fantasma.

Tardó unos segundos en reaccionar. Se giró hacia mí sin pronunciar ni una palabra.

—Dime algo, me estás asustando —insistí con mis manos apoyadas en sus hombros. Pero su mirada me desconcertó.

—Tengo que ir a casa… —dijo con la voz entrecortada.

—Siena, espera. —Eché a correr tras ella y la detuve a mitad camino—. ¿Por qué te largas así? ¿Qué pasa? Ni siquiera me has dicho a qué has venido.

—Óliver, esa voz… La voz de tu madre es…

No entendí nada ni pude preguntarle porque se apresuró a llegar a su casa.

Mis padres seguían discutiendo mientras trataba de descifrar el comportamiento de Siena. Sentí una opresión en el pecho, como si el aire se volviera denso y pesado. Sacudí la cabeza y entré en casa. Menos mal que habían bajado el tono de voz y parecían de nuevo personas. Sin embargo, minutos después, me sorprendió su presencia de nuevo. Aprovechó que la puerta estaba abierta para colarse en el interior. Las voces cesaron de golpe y nuestras miradas se desviaron hacia ella, como si su entrada hubiese detenido el tiempo. No dijo nada, tan solo caminó hasta alcanzar a mi madre. Pude ver cómo le temblaban las manos a la vez que apretaba su sien con ambas y me di cuenta de su pecho, que subía y bajaba a toda velocidad, como si acabara de correr un maratón.

—Creo que este collar es suyo —sugirió.

Le mostró la joya por la cual discutieron las dos hermanas y que Carla le devolvió. Su voz sonaba agitada y esperó una respuesta que aclarara sus inquietudes.

Mi madre abrió los ojos al reconocer la joya. Se quedó sin saber qué decir y sus labios empezaron a tiritar. La tensión en el salón se volvió palpable mientras las dos mujeres se enfrentaban con una mezcla de emociones confusas para todos los presentes. El rostro de Siena se contrajo con una mueca de desesperación y sus ojos vidriosos trataron de contener el desbordamiento de lágrimas. Mi padre estaba absorto ante aquella escena, al igual que yo, que no entendía qué significaba todo aquello.

—¿Por qué lo tienes tú? —preguntó mi madre con la voz entrecortada y alternando la mirada entre el collar y el rostro de Siena—. Este collar es mío.

Mi madre tomó aire y, al exhalar, sus hombros se hundieron, como si el peso de años de secretos y mentiras la estuviera aplastando.

Siena sostuvo la mirada a mi madre, quien esperaba una urgente explicación.

—Lo encontré en el bolsillo del pantalón de mi madre. No sé de dónde lo sacó, pero lo guardó cuando yo aparecí en el salón y traté de averiguar quién había estado allí. Nunca supe a quién pertenecía ni qué significaba, pero ahora entiendo perfectamente por qué lo escondió —confesó con un sollozo ahogado.

Sus piernas flaquearon, pero mantuvo la compostura mientras mi madre procesaba aquella confesión.

—No sé de qué estás hablando, joven. Yo no tengo nada que ver con lo que cuentas —contestó mi madre, tratando de defender su postura.

Su comportamiento no fue el adecuado y me acerqué preocupado, pero Siena añadió algo más.

—Reconozco tu voz. La olvidé durante años, pero hoy ha vuelto a resurgir. Tú estuviste en mi casa —acusó a mi madre con lágrimas en los ojos—. ¿A qué viniste, qué le dijiste? —interrogó con la voz más elevada de lo normal y con un tono desesperado.

—¿Qué está pasando, mamá? —pregunté tras la indagación de Siena, cargado de decepción.

Mi madre estaba abrumada. Sus ojos se movían de un lado a otro de la habitación. Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas para explicarse, pero su respiración era irregular.

—Lo siento, hijo, pero debía tratar de impedir que esa mujer rompiera nuestra familia. No estaba dispuesta a que ella apartara a tu padre de ti. Solo le dije que se alejara de él —se disculpó conmigo, quebrándose por la emoción y llorando ante todos.

El ambiente se tornó pesado, casi insoportable. Mi padre contempló la escena desesperado y furioso, la tomó del hombro para que se volviera hacia él. Su rostro estaba rojo de la ira y sus ojos parecían dos brasas ardientes.

—¡La amenazaste, Nat! —corroboró mi padre, temblando de rabia—. ¿Dónde están las cartas que Gretta enviaba? ¿Qué hiciste con ellas aparte de leer lo que contenían? ¿Cómo pudiste ocultarme que iba a tener una hija? —espetó con los puños apretados y la mirada llena de incredulidad.

Mi madre cerró los ojos y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla mientras sus hombros se hundían por el peso de sus acciones.

—Lo hice porque tenía miedo —murmuró al fin—. Miedo de perderte, miedo de que la eligieras a ella sobre nosotros. Destruí las cartas porque no podía soportar la idea de que tuvieras una hija con otra mujer.

Mi padre retrocedió un paso, como si las palabras de mi madre lo hubieran golpeado por todo el cuerpo. Sus manos temblaban de furia y su rostro transmitía dolor y traición.

—Nat, me quitaste la oportunidad de conocer a mi hija. —Su voz se quebró—. Nos la robaste a todos.

Estaba consternado por todo lo que salía a la luz. Sentí que el suelo se movía bajo mis pies y todo lo que creía saber se desmoronó. Miré a Siena, que permanecía en silencio con la cara pálida y los labios apretados, en *shock* por lo que estaba escuchando. Me acerqué y alargué la mano para rozar la suya y tratar de consolarla, pero la apartó con el rostro endurecido por la ira.

—¿Y qué pinta este collar en todo esto? —volvió a exigir mi padre, señalando el objeto en la mano de Siena con gesto acusador.

Mi madre, con los ojos desbordados de lágrimas, tomó aliento antes de responder.

—Cuando discutí con Gretta y me abalancé sobre ella, me lo arrancó del cuello… —confesó con la voz trémula al recordar el pasado.

Aquello provocó un nuevo silencio en la sala, pero esa vez fue un silencio sepulcral. Siena, con los ojos empañados por el llanto, adelantó unos pasos más hasta mi madre y, con un gesto de resignación, le tendió el colgante.

—Ahora entiendo por qué estaba tan alterada aquel día… y el motivo de sus lágrimas descontroladas… —dijo; su voz se escuchaba quebrada, angustiada y llena de rabia—. Yo sacudí la escalera, pero si tú no hubieras ido a amenazarla, mi madre seguiría viva. Tú eras aquella mujer, la voz que escuché junto a la de ella, pero enseguida desapareciste y no tuve ocasión de verte. ¡Tú tienes la culpa de su muerte! La alteraste y la llevaste al borde del abismo con tus amenazas.

Siena elevó la voz y liberó sus lágrimas, que marcaban surcos en su rostro mientras las palabras cortaban como cuchillos.

—Os compadezco a los dos por tener que aguantar a este ser despreciable —escupió Siena con repugnancia, sin dejar de examinar a mi madre con una intensidad que podía quemar—. Y tú, Nathalie, no te mereces el perdón de tu familia —añadió.

Mi madre, de pie, parecía encogida bajo su acusación. Su cuerpo temblaba y su rostro ya se había vuelto casi translúcido.

Cuando pensé que Siena iba a marcharse, su postura cambió. Giró sobre sus talones y su mirada gélida nos heló.

—Será mejor que os larguéis de aquí lo antes posible —ordenó con frialdad.

—¡Siena! —grité, desesperado para detenerla, y se volvió hacia mí.

—Óliver, lo siento, pero no puedo estar cerca de alguien cuya familia ha causado tanto daño a la mía. Esto es un adiós —dijo con voz entrecortada, antes de girar de nuevo y alejarse con pasos firmes y decididos.

Me quedé allí, paralizado, viendo cómo su figura se desdibujaba en la distancia. Y comprendí que había llegado nuestro fin.

# 29. LA DESPEDIDA DE ÓLIVER

## *Carla*

Conocía el daño que Nathalie había causado a nuestra familia, pero Óliver y Samuel no tenían culpa de todo eso. Ellos eran víctimas de una tragedia que no habían provocado. La verdadera responsable era aquella mujer, que había odiado a mi madre desde que descubrió su aventura con su marido. En lugar de enfrentarse a él, descargó su furia en mamá. ¡Qué cobarde! ¡Qué malnacida! Ella la mató y solo ella.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —pregunté, buscando respuestas en los ojos de Siena.

Ella me miró, entre triste y frustrada, sin tener una respuesta clara para darme.

—No lo sé, Carla. No lo sé —respondió con voz temblorosa, mostrando la tormenta de emociones que ambas estábamos sintiendo.

Mi hermana me contó cómo fue la escena aquel día en la casa del vecino: los gritos, las lágrimas… y la verdad. Una verdad oculta que arrojó más oscuridad que luz sobre nuestro camino. Me sentía desolada.

—No, Siena, no culpes a Óliver ni a su padre —intenté razonar, aunque las palabras fueron insuficientes para calmar el huracán que nos abatía.

—¡Claro que sí! Si Samuel no hubiese estado con mamá, no habría pasado todo esto. Y Óliver… Él lleva la misma sangre que su madre —exclamó, cargada de rabia y dolor.

—Pero yo no habría nacido, Siena —le dije, tratando de calmar la tensión.

—¿Y qué? —preguntó con la voz rota—. ¡Mamá seguiría viva!

Sus palabras me golpearon como una bofetada. Mi corazón se hundió al escuchar que mi propia hermana deseaba que nunca hubiera nacido.

—No es justo echarme la culpa por algo que ni siquiera entendemos bien. Ni tampoco tienes derecho a juzgar a Óliver así. También es mi hermano, Siena, y no tiene la culpa de lo que hizo su madre —dije con firmeza.

—¡Tú no lo entiendes, Carla! —gritó, desesperada—. Esa mujer destrozó mi vida una vez y ahora lo ha vuelto a hacer.

Sus palabras me dolieron como una bofetada. Sentí que la tensión crecía, como si estuviéramos al borde de una explosión. Pero sabía que tenía que mantener la calma, que tenía que encontrar una solución a ese caos que se gestó entre nosotras. No fue consciente de lo que me dijo, estaba segura. Mis últimas semanas fueron un abanico de contratiempos: el diario de mamá; que Paolo no me hubiera llamado desde que se fue; descubrir que Óliver era mi hermano, y conocer a mi padre biológico. Y, encima, la confesión sobre quién provocó el accidente de mamá. Pero enseguida vi cómo el arrepentimiento se reflejaba en los ojos de Siena. Su rostro se suavizó, las lágrimas comenzaron a brotar y su voz se volvió suplicante.

—Carla, lo siento. No quería herirte. Estoy tan enfadada y perdida que a veces no sé cómo controlar lo que siento. —Se acercó a mí con la voz quebrada—. No quise decirlo. Nunca te

cambiaría por nada en el mundo. Desde que mamá murió, tú lo has sido todo para mí. Estoy tan confundida… y asustada.

Las lágrimas caían libres por nuestras mejillas mientras nos abrazábamos. El dolor y la tristeza estaban presentes, pero algo bueno estaba por llegar y, lo más importante, nos teníamos la una a la otra.

Esa fue una de las pocas veces que vi a Siena tan afectada. Realmente, se había enamorado de nuestro vecino y Nathalie le impedía rehacer su vida. No podía imaginar el tormento que había soportado, la carga que había llevado en silencio todos esos años, incluso que pensase que ella era la causante de la muerte de mamá. Pero había llegado el final de un capítulo y de no permitir que el pasado nos consumiera. Yo estaba dispuesta a empezar una relación con mi padre biológico y mi hermano; se merecían una oportunidad. Pero también necesitaba estar ahí para mi hermana, para ayudarla a encontrar la felicidad que tanto merecía y olvidar todo lo malo.

El coche de Óliver se alejó sin apenas despedirse de mí. Me senté en la escalera del porche de su casa, sumida en mis pensamientos. Poco después, vi a mi hermano regresar solo con su vehículo.

—Carla, ¿qué haces aquí? —preguntó al bajarse y cerrar la puerta.

—Oli, pensé que te habías ido sin despedirte de mí —lamenté con disgusto en la voz.

—No. He llevado a mis padres a Pisa para que discutan y busquen una solución a todo esto. Aunque estoy seguro de que esta vez habrá divorcio.

Se sentó a mi lado y me dio un suave empujón con el hombro, al que respondí igual.

—Te echaré de menos —susurré, cabizbaja—. Me gustaba tenerte como vecino y charlar contigo.

Él cogió una bocanada de aire frío y la retuvo un rato antes de responder.

—¿Sabes, pequeña? —Hubo un silencio—. Cuando te conocí, supe que nos llevaríamos bien. Sentí una conexión especial contigo —recogió una piedrecita del suelo y la lanzó al aire—, y al final descubrí por qué. ¡Ves!, no estaba tan equivocado.

Me rodeó los hombros con su brazo izquierdo y me estrechó hacia él.

—Quédate unos días más, por favor. Se acerca la Navidad y me encantaría celebrarla con mi nueva familia.

Tragué saliva para retener el llanto que afloraba en mi interior.

—Te prometo que encontraré la forma de que esto no se quede así.

También me preocupaban los sentimientos de mis hermanos. La situación era complicada.

—Además, necesito hablar con tu hermana —añadió.

—Lucha por ella, Oli —sugerí—. La quieres y sé que ella te quiere.

Me miró con sorpresa, cuestionando mis palabras. Negó con la cabeza y se frotó las sienes con las manos.

—No estés tan segura, hermanita. Me lo dejó claro desde la primera vez que… Bueno, desde la primera vez que estuvimos juntos.

Hice una mueca de asco, a la que él sonrió. No me gustaba imaginar esas cosas sobre ellos dos. Quise saber qué pasaría con Nathalie, su madre. Seguía siendo su progenitora, por lo que no

podía abandonarla, de eso ya se haría cargo su marido. Él seguiría hablándole, pero nada volvería a ser como antes.

Óliver entró en la casa para recoger sus cosas y escribió a Alma para avisarla. Le daba vueltas a la idea de irse de allí, se lo estaba pensando mucho. Él no quería marcharse, pero el que Siena no quisiera saber nada más de él era el motivo para hacerlo. Lo que menos deseaba él era verla sufrir. Yo debía seguir con mis estudios y tampoco nos veríamos demasiado, por lo que no me opuse a su decisión. Aun así, le dolió tener que desapegarse de su finca, que se había convertido en su hogar, al menos, por un largo tiempo. Su alma se partió en tres. Observé el recorrido de una lágrima que había escapado, pero que se detuvo antes de llegar a su fin.

—¿Estás bien? Siento mucho que tengas que abandonar este lugar. Sé lo que significa para ti.

Acaricié su espalda de manera sutil.

—No te preocupes, solo será por un tiempo. Estoy bien, vecina, aunque está claro que este no era mi destino.

Continuó empacando un par de cajas más antes de que sonara el móvil.

—Óliver, acabo de leer tu mensaje. ¿Qué ha pasado? No entiendo nada. ¿Cómo que te marchas?

Oí la voz de Alma, así que supuse que mi hermano la había puesto al corriente de todo y ella estaba desconcertada. No le dio tiempo a hablar apenas, seguía preguntando hasta que le ordenó que no se moviera de casa porque llegaría en quince minutos.

—Vaya, tu prima no se lo ha pensado dos veces —dijo, estirando sus labios como una goma elástica mientras guardaba el teléfono en el bolsillo—. Le resumí todo hace un par de días, pero esta mañana le expliqué la última novedad; la pieza que faltaba para completar el enigma del puzle.

—Creo que será mejor que os deje solos.

Lo abracé después de acordar que estaríamos en contacto y que pronto nos volveríamos a unir.

# 30. LOS LATIDOS DE MI CORAZÓN

## *Óliver*

—La culpé sin motivo, Óliver —dijo, llevándose una mano al pecho—, sin considerar el dolor que ella también estaba sufriendo.

—Aún estás a tiempo de sincerarte con tu prima —le dije, tratando de infundir algo de esperanza—. No es tan dura como aparenta.

Ella asintió decidida.

—Sí, hablaré con ella, pero tú debes hacer lo mismo. Confiésale que la quieres, porque, chico, eso no pasa desapercibido.

Me dio un apretón en el brazo y salió decidida a poner fin a la tensión entre ellas.

Entretanto, yo debatía sobre cómo acercarme a Siena. ¿Cómo podía hacerlo después de todo lo ocurrido? ¿Qué debía decirle y por dónde empezar? Nervioso, decidí refugiarme en el lugar especial que Carla me había mostrado.

Cogí la chaqueta del sofá y me dirigí hacia la cima de la colina para relajarme antes de hablar con ella. A medida que ascendía, noté que alguien había llegado antes que yo: Siena y Alma. Traté de ocultarme entre la vegetación que bordeaba el camino para no ser descubierto. Detuve mis pasos y afiné el oído para captar algunas palabras entre el viento frío que soplaba a nuestro alrededor y la distancia que nos separaba. Salté entre los árboles como en una película de espionaje y me acerqué un poco más, haciendo las mil y una para escuchar la conversación entre las dos mujeres.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, Alma? —preguntó Siena, sorprendida por su presencia.

—Necesito hablar contigo, Siena —respondió ella, sin alterarse ante su tono hostil.

—¿Sobre qué? —Mi vecina parecía cautelosa, como si estuviera preparada para cualquier sorpresa.

—De nosotras, de nuestra familia, de todo lo que ha pasado y lo que acaba de pasar. Quiero pedirte perdón.

Permanecí inmóvil, sin pretender romper la tensión que envolvía aquella escena. Observé cómo gesticulaban e intercambiaban palabras. Alma se mostraba decidida a afrontar la situación, mientras que Siena mantenía una actitud reservada y desconfiada, como si tratara de entender lo que estaba ocurriendo. El cambio tan repentino por parte de su prima la descolocó.

—Dudé de ti, Siena. Creí que habías tenido algo que ver con la caída de tu madre…

—¿De verdad pensaste que yo lo había provocado? —Siena la interrumpió con la voz cargada de incredulidad y dolor—. ¿Cómo pudiste pensar eso de mí? No sabes el daño que me hizo verla sufrir.

—Lo sé —respondió Alma, cabizbaja.

Alma se esforzó por recuperar la compostura y evitar que la conversación se desviara.

—No lo sabes. Tú no sabes nada. Yo también creí que había causado el accidente, pero necesitaba escuchar algo positivo de mi familia. Y tú no estuviste allí para decírmelo. No estabas a mi lado, Alma. Nunca me preguntaste cómo estaba, qué sentía. Ni siquiera me llamaste una maldita vez. Después de un tiempo, volviste e intentaste acercarte a Carla, lo cual no me molestó, pero no lo hiciste conmigo. Me dolió una vez más.

—Déjame volver a intentarlo. Dame otra oportunidad, Siena. Siempre te he querido, aunque durante un tiempo la rabia inundara ese sentimiento —dijo Alma con lágrimas en los ojos—. Perdí a mis padres y con los abuelos la relación se había distanciado mucho antes. Solo me quedaba ella, mi tía. Un lazo de mi sangre, junto a Carla y a ti.

El arrepentimiento y el dolor eran evidentes en las palabras de Alma y, aunque Siena aún estaba herida, el entendimiento mutuo comenzaba a abrirse paso. La conversación había desnudado viejas heridas, pero también ofreció un atisbo de reconciliación.

—Quizás fue un error no haberte hablado antes, pero estoy aquí ahora. No quiero que nuestra relación se base solo en el dolor del pasado. Podemos encontrar una forma de empezar desde cero —dijo Alma, esperanzada.

Las dos estallaron en lágrimas. Un llanto profundo que las ayudó a liberar lo que cada una contenía en su interior. Y entonces llegó el abrazo, tierno y fuerte, que las colmó a ambas. Y yo, escondido tras un árbol, dejé escapar un par de lágrimas lastimeras. ¡Qué blando me había vuelto!

—Siena, no quiero meterme donde no me llaman, pero… Óliver necesita hablar contigo. Escúchalo, por favor. —Alma tomó las manos de Siena para pronunciar las dos palabras que yo sentía por ella—. Te quiere.

Le dio un beso en la mejilla y descendió por el mismo camino que había subido minutos antes. Su rostro reflejaba paz.

Esperé hasta que su figura se desvaneció a lo lejos. Me armé de valor y seguridad y di pasos lentos y firmes hasta llegar a una altura adecuada.

—Óliver —susurró mi nombre mientras se incorporaba para levantarse.

—Siento haberte asustado —me disculpé, avanzando con cautela hacia ella—. No tenía ni idea de que estuvieras aquí. Carla me mostró este lugar y debo admitir que la vista es espectacular.

Intenté simpatizar con ella, ofreciéndole una sonrisa amistosa.

—Sí, es su lugar favorito. Siempre viene aquí para inspirarse en las letras de sus canciones.

Su tono calmado ayudó a aliviar la tensión y me acerqué un poco más.

—Te debo una disculpa, Siena, por todo lo que ha sucedido desde que llegué. Aunque, créeme, yo no sabía nada. No tenía idea de lo que pasaba. Lo de mi madre es, simplemente…, incomprensible.

—Lo sé, Óliver. También te debo una disculpa. Te juzgué por ser hijo de ellos, sin darme cuenta de que tú también estabas lidiando con tus propios problemas. Lamento haberte tratado como lo hice.

Suspiré, permitiendo que mis hombros cayeran con pesar, como si el peso del mundo se hubiera posado sobre mí. Ella clavó sus pupilas en las mías, como dos diamantes centelleantes en la oscuridad. Un nudo se formó en mi estómago, apretándose con cada latido de mi corazón

acelerado. Sus ojos chispeantes avivaron la tonalidad ámbar de su iris, como si una llama invisible los iluminase desde dentro. Su mirada era tan intensa que sentí cómo me consumía, provocando una aceleración en mi pecho. Aun así, no quise apartar la vista, temía que ese breve instante de conexión se esfumara para siempre, como una estrella fugaz en el cielo nocturno.

—Te quiero, Siena —confesé sin tapujos para romper el tenso silencio entre nosotros.

Ella se puso frente a mí, cogió mi rostro con sus manos y apoyó la frente sobre la mía. Rodeé su cintura y nuestros ojos intercambiaron emociones sin necesidad de palabras. En ese instante, las miradas hablaron más que cualquier discurso. Fueron las encargadas de transmitir las imágenes y escenas de todo lo compartido entre los dos.

—Me gustas mucho, Oli. Y sí, creo que también te quiero —murmuró con un hilo de voz mientras su aliento se entrecortaba—, pero…

Siempre había un pero, y no podía permitir que la magia de aquel instante se esfumase. Así que interrumpí sus palabras y la besé con pasión, sellando nuestros labios y silenciando cualquier duda. Al separarme para tomar aire, temí escuchar lo que mi corazón rechazaba.

—Óliver, necesito tiempo —exhaló con pesar—. Estoy confundida. Debo procesar todo lo que ha pasado, centrarme en mí y decidir qué rumbo tomar en mi vida. No sería justo para ninguno de los dos continuar sin aclarar este caos de emociones.

Siena se apartó con suavidad y dejó entrever una sombra de inquietud en su mirada. Asentí, tragando el nudo que se formaba en mi garganta. A pesar del miedo al alejamiento, respeté su opinión.

—Tómate el tiempo que requieras, aunque para mí las cosas están claras y sé que lo que más deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

Una tenue sonrisa danzó en sus labios, que luchaban por contenerse de volver a los míos. Lo supe porque no dejó de acariciarlos con la mirada.

A pesar del agudo dolor en mi pecho, le ofrecí una sonrisa tranquilizadora y contuve las ganas de devorarla. La deseaba tanto…

—Estoy pensando en retomar mis estudios y darle vida a nuestro proyecto —dijo, desconcertándome—. Sí, el de mi madre y el mío, sobre del que te hablé. —Señaló hacia el pequeño almacén y recordé el día que me mostró su interior.

—En eso conozco a alguien que podría ayudarte —bromeé.

—No lo dudo —respondió con una risa ligera que calentó mi alma—, pero también anhelo viajar y conocer el mundo. Jamás he salido de aquí.

Su voz se tiñó de nostalgia y me apenó.

—¿Hablas en serio, Siena? —pregunté con cara de sorpresa—. ¿Nunca has salido de Italia?

—Ni siquiera he salido de la Toscana.

Esa confesión resonó en el aire, cargada de sueños por cumplir.

—Entonces, permíteme que sea yo quien te muestre un nuevo país. ¿Qué te parece España? —propuse con un guiño de humor—. Podemos empezar por La Rioja, la tierra que me vio nacer.

La esperanza de compartir nuevas experiencias y aventuras juntos se apoderó de mí, llenándome de un ferviente anhelo. Un futuro repleto de posibilidades, uno que ansiaba por explorar junto a ella, aunque sabía que necesitaba tiempo.

# EPÍLOGO

Seguramente, te estarás preguntando qué pasó con Óliver y con Siena.

Deja que te cuente.

Carla y Óliver han compartido la historia de la familia Tarugi y Ruiz contigo desde el principio. Ahora me toca a mí. Mi hermanita ha plasmado mis acciones y emociones con una precisión asombrosa, pintando a la Siena fría y arisca y explicando por qué era así. Y entre sus relatos, Óliver ha añadido su propia perspectiva. Carla anhelaba mi felicidad y deseaba encontrar a alguien que me quisiera de verdad. Y lo logró.

No necesité tanto tiempo para entender lo que quería y deseaba en mi vida. Sabía que cada uno de mis sueños podría cumplirlos estando con él.

Después de despedirnos, Oli se fue a su casa y yo me quedé un rato más en la cima de la montaña. No importaba cómo intentara planear mi camino, Óliver siempre aparecería en él.

Bajé corriendo la cuesta sin preocuparme por tropezar. Cuando vi su coche en la finca, golpeé la puerta con impaciencia. En cuanto se abrió, me lancé a sus brazos.

—Necesitaré un guía para viajar a España y tú eres el indicado —susurré sin soltarme de su cuello.

—Acepto —respondió, emocionado—. No pienso dejarte escapar nunca más.

Cerró la puerta tras nosotros y me decepcionó al ver las cajas apiladas y su equipaje en el centro del comedor.

—¿Te vas? —pregunté con incertidumbre.

—Ya no.

Me quitó el abrigo y dejó mi bufanda en el sofá. Me hizo una seña para que lo siguiera escaleras arriba, directo a su habitación.

Empezó a quitarme la ropa con cuidado mientras me besaba y recorría mi cuello con ternura hasta quedarse detrás de mí. Escuché el sonido de su jersey al caer al suelo y su cinturón al desabrocharse. Nos quedamos sin ropa, como en el día que llegamos al mundo. Las yemas de sus dedos acariciaron mi espalda con suavidad y descendieron por mis brazos hasta llegar a las manos, que se entrelazaron con las suyas. Volvió a plantarse frente a mí y clavó las pupilas en mis ojos. Con su mirada fija en la mía, sentí como el deseo ardía entre nosotros. Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa traviesa y sus dedos exploraron mi cuerpo con una ternura que me dejó sin aliento.

Sin apartar la vista de mí, me atrajo hacia él, hasta que las sensibles puntas de mis pechos rozaron su torso musculoso, que presionó contra el mío con una urgencia que me hizo estremecer. Nos besamos con fervor y cada caricia me provocó un escalofrío de placer. El calor se volvió abrasador y el frío invernal se evaporó como el sol en pleno verano. Supe que no podía contenerme más. Con un susurro apenas audible, le rogué que me hiciera suya y él respondió con un gemido de deseo. Sus ojos brillaban con intensidad mientras me llevaba hacia la cama.

Y así fue como, entre susurros y gemidos, me deshice de mi coraza, enterré todas mis inhibiciones y me dejé llevar por la corriente de la lujuria. Mis sentimientos florecieron, tan vibrantes y exuberantes como las flores que emergen en primavera, anunciando un nuevo renacimiento lleno de vida y pasión.

Siete años después, hemos recorrido seis países juntos y unificamos los viñedos.

Alma sigue en Roma y ha encontrado a alguien especial. Yo retomé mis estudios y estamos expandiendo el negocio familiar. He reconvertido el almacén en una encantadora bodega. El sueño de las dos; mío y de mi madre.

Los padres de Óliver se divorciaron y, aunque mi relación con Nathalie es nula, con Sam es todo lo contrario. Las cosas entre él y Carla van genial.

La vida me dio una segunda oportunidad y estoy decidida a aprovecharla al máximo. No sé si era mi destino o pura casualidad, llámalo como quieras. Pero mientras estemos juntos, el futuro será brillante y lleno de amor. Y, sobre Carla, quizás algún día se anime a contarte su historia; con la mía lo hizo genial.

# AGRADECIMIENTOS

Llegar hasta aquí ha sido un camino lleno de altibajos, pero, sobre todo, de grandes aprendizajes. Este libro no existiría sin el apoyo, cariño y dedicación de personas especiales que, de una forma u otra, han dejado su huella en cada página.

A mi marido, por estar a mi lado en los buenos momentos y en los más difíciles. Por apoyarme siempre, incluso cuando yo misma dudo. Tu paciencia infinita, tus horas de espera mientras tecleo en el ordenador y tus palabras de aliento me dan la fuerza para seguir escribiendo. Gracias por no soltarme la mano nunca y por creer en mis sueños tanto como yo.

A mis queridas lectoras cero, Ana (@hadriel.nv_escritora), Bea (@beatrizgant) y Cristina (@buceandobooks). Gracias por el tiempo dedicado a leer cada palabra, por vuestras opiniones sinceras y las valiosas sugerencias. Gracias, chicas, sin vosotras, esta historia no sería la misma. Vuestros ojos críticos, confianza y sinceridad han sido claves en este proceso. Un abrazo enorme para cada una de vosotras.

A Paola C. Álvarez, mi correctora, por tu profesionalismo y atención al detalle. Gracias por mejorar este manuscrito, por hacer que cada frase fluya con naturalidad y por ayudarme a pulir la historia sin perder mi voz. Es un honor, una vez más, haber trabajado contigo.

A Nerea (@imagina_dd), diseñadora de la portada y maquetadora, gracias por darle vida a esta historia con tus imágenes. Tu creatividad ha capturado la esencia de la novela mejor de lo que imaginé y has logrado plasmar visualmente lo que mis palabras intentaban transmitir. Ha sido un placer colaborar contigo en este proyecto.

Y, sobre todo, a ti, querida lectora, por elegir este libro. Sin tu apoyo, no podría seguir persiguiendo mis sueños. Gracias por dedicar tu tiempo a sumergirte en estas páginas, por dejarte llevar por la historia y por acompañar a los personajes en su viaje. Agradezco de corazón cada comentario, crítica y valoración en internet.

A todos los que, de una forma u otra, habéis sido parte de este proceso: gracias. Si esta historia te ha gustado, estaré inmensamente agradecida si me dejas una reseña en Amazon. ¡Muchas gracias por adelantado!

# SOBRE LA AUTORA



Rosanna nació en febrero de 1977 en L'Ametlla de Mar, donde vive junto a su familia. Trabaja como administrativa contable, un mundo bastante distinto al de las letras. En 2017 se inició en la escritura y, desde entonces, compagina su trabajo con su pasión por contar historias.

En abril de 2020 lanzó su primera novela, Enlazados, y dos años después nos trajo Nunca dijiste adiós, ambientada en su querido pueblo. Ahora, en 2024, vuelve con *¿Destino o casualidad?*, otra historia romántica que promete emocionar.

Rosanna, apasionada del género romántico, siempre encuentra tiempo en su ajetreado día para escribir sobre mujeres valientes que persiguen sus sueños y luchan por alcanzar la felicidad… ¡y, por supuesto, con una buena dosis de amor! Cuando no está escribiendo, está soñando con nuevas historias o dándole vueltas a proyectos muy interesantes que pronto verán la luz.

Puedes seguirla en:
Instagram. @rosanna.samarra
Web: https://rosannasamarra.com/